

168

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 2 junio - 9 junio 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Núm. 392

¡A LA FERIA!



EL MEJOR
SPECTACULO
PARA LA CIUDAD:
EL GANADO

MADRID,
CAMPO ABIERTO



ESPAÑA, VISTA A CABALLO

Una cabalgada de 700 kilómetros en el raid hípico Jerez-Madrid, por F. Costa-Torró, enviado especial (pág. 51)
Entrevista con el doctor Marques Goulart, vicepresidente del Brasil, por Luis Losada (pág. 9) * Zaragoza, torre de fá-
brica (pág. 13) * La verdad española en Marruecos, por Rodolfo Gil Benumeya (pág. 17) * El Museo Romántico estre-
na dos nuevas salas, por G. Crespi (pág. 21) * Pan y sueños de un español en Francia, por Carlos Tris Alvarez (pá-
gina 26) * Ateísmo y cristianismo, por fray León, obispo de Teruel (pág. 30) * Cita con el sol (pág. 32) * Ayer, hoy y
mañana, por Mario Amadeo (pág. 46) * Entrevista con el doctor Sánchez Cuenca, por F. Salcedo (pág. 56)

DARBO



La vida renace

Todo parece nuevo en Primavera, los árboles, las aves, la luz... Y, sin embargo, aunque revivido, todo es lo mismo del invierno. ¿Por qué no imitar a la naturaleza?. También nuestro organismo puede renovarse por medio del equilibrio fisiológico que proporciona la «Sal de Fruta» ENO, que contiene en forma concentrada y conveniente muchas de las propiedades de la fruta fresca y madura. Una cucharadita de ENO en medio vaso de agua al despertar, es suficiente para que nos sintamos otros.



ENO se vende en dos tamaños.

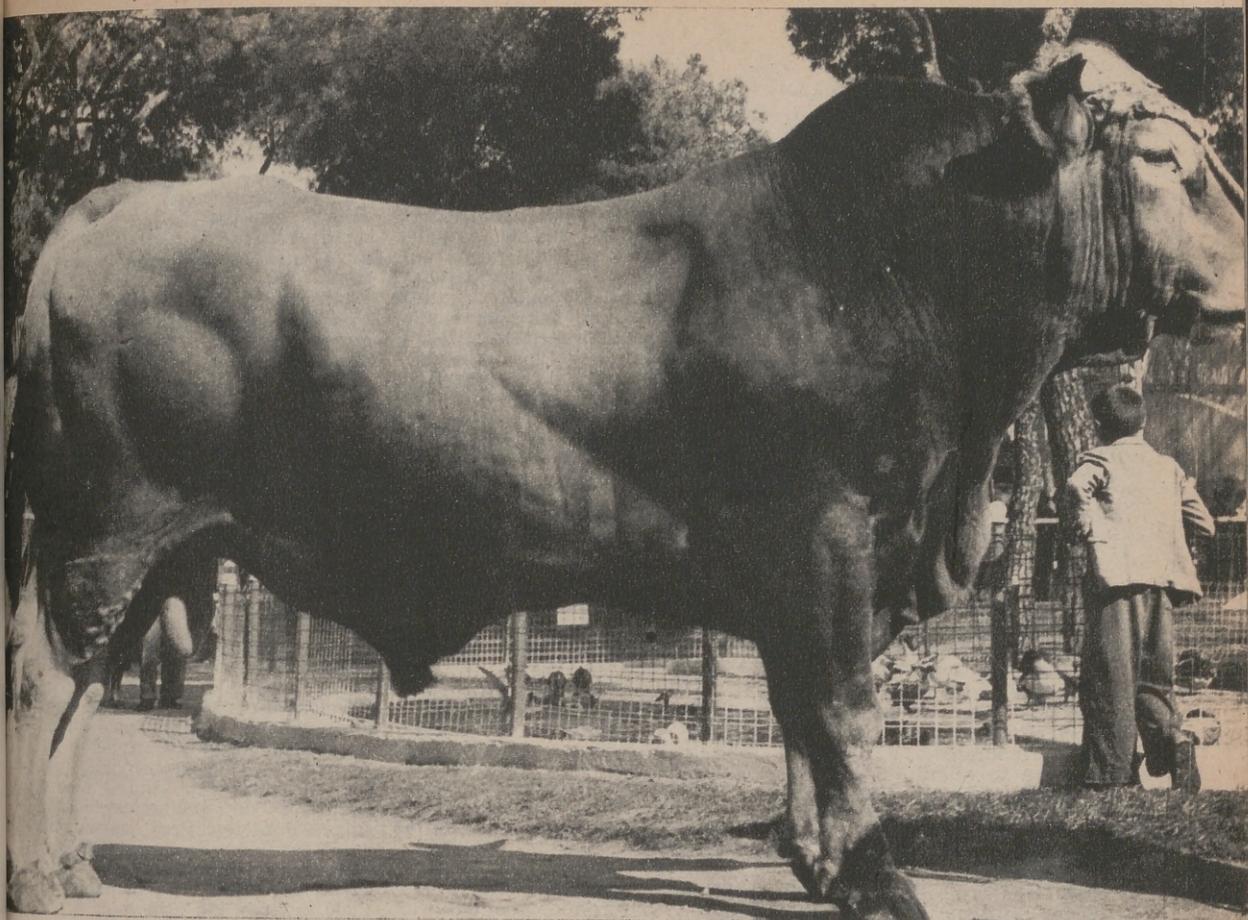
El grande resulta más económico.

Cerca de un siglo de consumo creciente en todo el mundo avala la excelencia de «Sal de Fruta» ENO, deliciosa bebida efervescente y refrescante, que depura la sangre y estimula las funciones orgánicas, adaptando el cuerpo a los cambios de temperatura. Contiene en forma concentrada y conveniente muchas de las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura.

«SAL DE FRUTA» ENO

REFRESCA Y ENTONA

Laboratorio: FEDERICO BONET. S.A. - Infantas, 31. - MADRID



¡A LA FERIA!

EL MEJOR ESPECTACULO PARA LA CIUDAD: EL GANADO

MADRID, CAMPO ABIERTO

La capital de España es en estos días capital del campo. Un Congreso de Zootecnia para la teoría, las exhibiciones pecuarias en la Feria Internacional y la concurrencia de ganaderos y agricultores que van a enterarse del «último grito» en las prácticas y teorías de la cría y el cultivo.

En un país esencialmente agrícola como el nuestro, esta gran prueba que es la Feria del Campo parece conmover toda la economía y hace que hasta los que viven más alejados de los temas campesinos y pecuarios se sientan ahora un poco tratantes.

Por eso es la plena actualidad este reportaje sobre los animales-tipo, con su tinta fuerte de racismo pecuario y su olor a corral y a majada.



Toro «Galán», raza asturiana

NADIE podrá decir: «Llegué, vi, terminé.» Ni un día, ni dos, ni... Ha de contar el tiempo por horas y el espacio por kilómetros, o quizá leguas, que por algo se halla en el campo. Y en la Feria del Campo hay que contar y medir más. ¿Cuánto se anda y se desanda de establo en establo, de cobertizo en cobertizo, de pabellón en pabellón?

Aire y sol, pinos y chopos, carretas y veredas, planicies y cuevas. He ahí el escenario natural. Todo al natural, porque só-

lo hay de artificial los pabellones representativos de las regiones y provincias, lugar de exhibición de los productos del campo. En las alturas, desde los altos torreones metálicos, resuena la «Voz de la Feria», que alterna la información con la música. Pero abajo, a ras del suelo verde, se oyen relinchos, y mugidos, y cacareos, y balidos, y gruñidos. Confundidos llegan a veces los sonidos metálicos de los discos con los de los cencerros y esquilas. Campo y ciudad.

Campo abierto, que se lleva en

sus ráfagas de aire el tufillo y olores de estos personajes de la Feria. Personajes que no están mudos ni quietos. Viven su vida. Comen, duermen, brincan y pelean sin que les atosigue el horizonte urbano, porque Madrid, el Madrid del Oeste, de altos y nuevos edificios, queda lejos, casi se pierde sobre la fronda espesa y verde que hace guardia a las dos orillas del Manzanares.

De todas partes han llegado: del nordeste catalán, del norte vasco-cantabronavarro, del noroeste astur galaico, de las meridionales marismas gaditanas, del sudeste murciano, del oeste extremeño y del centro manchego. De todos los puntos cardinales de la Península. Razas, tipos, colores, tamaños, rendimientos... Con estas calidades y méritos está aquí. Porque han venido para dos cosas: para simple exhibición y para competir con otros de la misma especie. Hay exposición y concurso. Después... «cada dueño hará de su capa un sayo». No faltan los tanteos mercantiles, los tratos y también las ventas. Han corrido de mano en mano las «señales» La Feria es feria.

LA ARISTOCRACIA DE LAS OVEJAS DE RAZA «KARAKUL»

No hay capricho en el espectáculo que tengo a la vista. Se trata de un concurso. El animal recién esquilado lleva una chapa. fué pesado en vivo, y su lana, esta lana que forma un pelotón informe y enfangado, será analizada en el laboratorio y luego se comprobará su rendimiento a claseo y lavado. En cada una de estas fases ha ido ganando puntos, con regocijo de su dueño. Al final, el Jurado dirá.

—Buen montón...

—Por término medio, el ganado que está desfilando, y se trata de la representación más característica y de mejor calidad de nuestra cabafia, sometida a selección y control por los centros laneros del Ministerio de Agricultura, viene dando una media de cinco kilos en los machos, tres en las hembras y dos en los corderos.

—¿Cuántas cabezas comparecen a concurso?

—Unas mil doscientas. De los cuarenta lotes matriculados, sólo se han presentado veinticuatro.

Si estos animales, que todavía

miran atónitos, han refido el campeonato de lana, otros han escapado peor: llevaron su rivalidad al terreno de la muerte por demostrar que habían acumulado más carne, cosa que satisface al hombre. Sus cuerpos hacen trágica competencia en los ganchos del matadero, pero el Jurado aun mantiene en reserva su palabra. Otros, y son los menos, disputan su categoría en cosas más alegres: producción de leche, preocupación máxima de los ganaderos manchegos, atentos siempre a su buen queso, de calidad indiscutible.

Prolongando el paseo por el mismo sector, encuentro lo siguiente: un lote de ovejas de cabeza y patas negras, pero lana blanca. Y leo en el cartelito: «Suffolk, de la Estación Pecuaria de Cuenca». Y observo: gran anchura en el dorso. Y contestan a mi pregunta:

—Es raza muy precoz; es decir, crece y engorda antes que otras razas. Vale para carne.

—Serán inmigrantes...

—En avión vinieron de Estados Unidos, en compañía de la vaca «Shorton».

—¿Y les va bien?

—Bien. A este grupito lo estamos conservando en su pureza racial para luego emplearlo en los cruces industriales.

Otro cartelito en departamento contiguo: Raza «karakul». Mirando y remirando, veo que sus cabezas son finas y negras, color que se mantiene algo en la lana, no muy larga. Pero de pronto encuentro algo extraño, movable como un rabo, aunque no es rabo, porque el rabo sobresale como un apéndice en esta especie de pe-to postrero y movable.

—El «rollo» — dice un mayoral situado a mi derecha.

—¿El «rollo»?

—Sí, señor — insiste un poco escamado —. Así lo llamamos en Castilla. No es más que un mazo

de grasa que nutre al animal en época de escasez, porque puede pasar sin comer hasta mes y medio.

—Ya.

Hay explicación: procede la raza «karakul» de las zonas esteparias del Cáucaso. Raza muy dura, que aguanta las temperaturas más extremas, pero no la humedad. Y, sin embargo, es muy precoz. Aquí, en España, hubo algunos antes de nuestra guerra y desaparecieron. De poco tiempo a esta parte es cuando se ha creado la Cabafia nacional, con sede en Valdepeñas, en donde distribuyen los sementales. Y ya se cuentan 18.000 en nuestros campos.

—¿Para carne?

—Para peletería.

En efecto: por servir a la peletería es raza de mala suerte. A los ocho días de su nacimiento dan muerte a los corderos, y a veces antes de nacer. Así puede garantizarse una buena piel, que, curtida, se subasta todos los años por octubre, poco más o menos, en el Sindicato Nacional de Ganadería. Entre 300 a 700 pesetas suelen pagar por la piel de un corderito «karakul», a pesar de su pequeñez. Tan pequeña, que para un abrigo de señora, de esos llamados de «astracán», hacen falta 36 pieles. Pero las señoras se encaprichan y puján... Tanto puján, que el pasado año alcanzaron algunas pieles el precio de 1.200 pesetas. No está mal.

5.400.000 CORDEROS COMEMOS EN ESPAÑA

—¡Buen carnero!

—«Merino» precoz.

Pregunto y me contestan refiriéndonos a un macho de dos volutas en sus poderosos cuernos, patas muy gruesas, mucha lana, pero corta y unas ancas casi en circunferencia. Fuerte, muy fuerte: cuatro hombres hubieron de reunirse para sacarlo de su redil, a fin de hacerle una foto en buen



Lechones criados en el regimiento de Artillería número 13, de Madrid



Dos magníficos ejemplares de cerdos raza «Large White»



De izquierda a derecha: Ganado cabrío raza blanca cacereña; un magnífico ejemplar de raza vacuna, y la amorosa estampa de una cabra murciana con su cría. Todos ellos se exhiben en la Feria del Campo de Madrid

sitio; pero, al enfadarse, de un brinco, se zafa arrastrando previamente a sus cuatro apresores, entre el griterío de las mujeres y un revuelo de pequeño «San Fermín».

De aquí la raza que dió esplendor a los rebaños de la Mesta: el merino, trashumante o estante. Entonces, trashumante en su mayoría. La de los grandes rebaños que por las polvorientas vías pecuarias iban de un lado a otro en busca de alimento, con menosprecio de los días y de las leguas. Porque esta es la desgracia de la especie ovina en España: depender del ambiente. A mal año de lluvias, muerte segura. Y así ocurre que algunos años pueden contarse 26 millones de cabezas, mientras que otros apenas se llega a los 13 millones. La culpa es del agua. Hoy, gracias a la política de regadíos, desaparece la trashumancia. Y se mantiene un número, más o menos fijo, de 19.500.000 cabezas, de las que el 55 por 100 son ovejas de vien-

tre; el 5 por 100, carneros reproductores, y el 40 por 100, corderos. A estos últimos ha de agradecerle mucho el plato español: el 40 por 100 antedicho significa 7.800.000 corderos, de los que 5.400.000 van al matadero y el resto se destina a la reposición.

Veo más cartelitos en distintos departamentos: lote de «talaveranas», de «aragonesas», de «manchegas»...

—¿Y esas, cuya lana casi arrastra por el suelo?

—Raza «churra». La confunde con la «iasa», pero no son lo mismo.

—De todos modos, las dos parecen representar buen negocio...

—No, señor; se cotiza más la fina y corta lana de la merina. Esta otra termina en los colchones.

CABRAS CON MÁS DE CUATRO LITROS DE LECHE

—¿Adónde irán?
Corren por una prominencia.

verde por el césped, unas cabritas negras, de pelo brillante casi metálico, patas muy finas, cara graciosa y orejas muy tiesas. El pastor se ve y se desea para reagruparlas y ponerlas en orden.

—Van a desfilan ante el Jurado por la pista de exhibiciones.

—Son graciosas.

—Desde luego. Pero también son de la raza más fina de España.

—Raza «murciana», que vive por todo el Levante. Tienen otro nombre: «maltesa española».

Las pierdo de vista y, mientras tanto, recuerdo que este simpático animal nos da la supremacía en Europa: andamos por los cinco millones de cabezas, cuya renta anual—carne, leche, tripas, pieles, despojos y estiércol—ha sido valorada en 4.154.000.000 de pesetas. La cabra da, por término medio, 600 litros de leche al año, cantidad que viene a ser diez o quince veces su peso. Una vaca de 500 kilos de peso da, por término medio, 3.200 litros, o sea



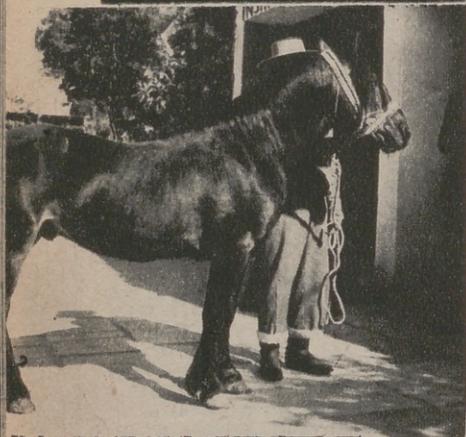
«Postinero» y «Poderoso», dos novillos de la raza «Santa Gertrudis», procedentes de «King Ranch»; a la derecha, una cabra que da más de cuatro litros de leche



Un magnífico carnero de la raza «Karakul»



Carnero de la raza «Suffolk», de la Estación Agropecuaria de Cuenca



Un «poney» de las cuadras del Instituto Nacional de Colonización



Manto de lana recién esquilada, de una oveja de raza «atalaverana»

cinco veces su peso. Pero la razón de su abundancia es otra: a la versatilidad climatológica de nuestro cielo y a la escasez de pastos de nuestro suelo viene bien la austeridad caprina.

Encuentro, al fin, un lote de raza «murciana» poco antes de su desfile por la pista de exhibiciones. Anda entre ellas su propietario, José Sánchez Alpocea, de Beniján (Murcia). Un hombre alto, enjuto, tocado de boina y vestido con blusa gris oscuro. Muy cerca tiene una cabra cuyas ubres tocan el suelo.

—¿Cuánto cree que podrá salir de ahí?

Queda un poco echado atrás, mientras aprieta la boca en gesto de hacer cálculos, postura y gesto que desaparecen con la aparición de movimientos giratorios de la mano derecha.

—Estas cabras vienen dando cuatro litros diarios. Pero ésa, de seguro que ahora mismo da más.

—Enhorabuena. ¿Y sin alimentación especial?

—Estas no toman como alimento especial más que medio kilo de habas.

Desfilaron, pero su objetivo está en las vasijas. Son ocho los expositores concurrentes al certamen de rendimiento de leche, convocado por primera vez en España con carácter nacional. Y, claro, al mismo tiempo se irá disputando el campeonato de ordeñadores.

En estos momentos nada se sabe: todo está en curso de realización o en fase de deliberaciones. Pertenece al sumario.

VACAS Y NOVILLAS DE SANTANDER

Con media vuelta que se dé en la parte baja del recinto ferial recorre uno con la vista un buen número de establos vacunos. Grandes pabellones blancos, limpios, de firme y buena construcción, con luz y aire en demasía. Y vaqueros con los más variados indumentos, desde el «mono» azul y la blusa oscura a una especie de uniforme gris. Y puestos de venta de leche, recién ordeñada y sin cocer, a una peseta el vaso. Heno, esquilas, mugidos y el no olvidable tufillo vacuno que impregna la ropa del visitante.

—El «Chato».

El «Chato» se llama un buen toro, de raza suiza, nacido en Liencres, provincia de Santander. No pasa de los cuatro años, pero bien le sobra cuerpo. Su dueño, un muchacho alto, coloradote y fornido, que representa a su padre, Faustino López San Miguel, lo mira con cierto mimo, cosa bien extraña cuando se trata de una mole tan grande.

—¿Cuánto pesará poco más o menos?—le pregunto, mientras leo en la tablilla la edad: cuatro años.

—¿Este?—repite en voz alta para dar tiempo a las pesquisas de su memoria—. Este no baja de los 1.100 kilos.

Me acerco, pero con cautela, para comparar alturas.

—No tenga miedo. ¿Quiere saber la altura?

Del bolsillo saca un papel y lentamente lee:

—Cruz de alzada: 1,55 metros; perímetro torácico: 2,14 metros. Buen ejemplar, descendiente de la cuadra de Jara, de Suances.

Sus padres: «Pelo I» y «Chata».

En este establo de Santander alternan suizas y holandesas bien onradas y relucientes a fuerza de limpieza y buena comida. Brillo tienen. Y hasta agradable a la vista resulta el juego de blanco y negro de las holandesas, que parecen estrema piel. Y surgen las palabras al torno de la cuestión: ¿suizas o holandesas? Todos los vaqueros coinciden:

—De 100 vacas, 80 holandesas rinden más. Se le calculan unos 24 litros diarios, mientras que las suizas sólo 18. Estas últimas sirven también para trabajo de carne.

—Entonces no hay duda.

—No, señor. En los pueblos no valen más las suizas: con sólo forraje dan en un ciclo tanto como las holandesas porque el rendimiento de éstas depende de la buena alimentación.

—Esa novilla—interviene Alfonso González—vive gracias al crédito biológico de la raza, de los padres. Todos, absolutamente todos, aconsejaban que la matase; pero teniendo en cuenta su genealogía, confiaba en que vendría a la Feria. Y aquí está.

«Serrana» es el nombre a que responde la novilla en el pueblecillo de Pechón, de la provincia de Santander. Un pueblo, distante 50 kilómetros de Torrelavega, situado entre el Nansa, el Deva y el mar. Un pueblo de cincuenta y seis vecinos y 50 establos.

—¿Poca agricultura?

—Muy parcelado el campo.

—¿Sin paro?

—Difícil encontrar chbrero, cuyos jornales se elevan a 35 pesetas diarias. No hay pobres.

—¿Y qué precio tiene la leche?

—Este año, buen precio: 270 pesetas litro. Pero es una excepción. Lo corriente: 170. La compran las fábricas S. A. M., Nestlé y Queserías Collantes.

Y pretendo salir. Pero le: «Monarch», hijo de «Gran Monarch» y «Estrella». Es decir, un producto por inseminación artificial de un toro norteamericano.

—¿Qué opinión tienen ustedes de la inseminación artificial?

—Que es muy beneficioso. Así se mejora la raza. Por 50 pesetas podemos hacernos de buenos ejemplares.

Para ello hay en los centros de inseminación buenos ejemplares. Uno que está a nuestro lado, el «Ken», traído de Suiza, es el mejor del plantel del centro de Torrelavega, integrado por doce.

LA AGILIDAD Y GRACIA DE LOS CABALLOS DE ESPAÑA

Querer recorrer todos los establos de la Feria es tarea de largo tiempo, que no hay disponible a nuestro propósito. No obstante, vamos adelante: pabellón de Asturias, pabellón de la Universidad Laboral de Gijón, de la Diputación de Guipúzcoa. Muchas vacas y muchos toros. Raza gallega rubia, de mucho hulto, lentos, pesados: carne y leche. Raza asturiana de la montaña—también se llama «Castana», de aptitud lechera y que sera, entre los que campea el toro «Galana», que, a modo de ban-

dolera, ostenta el trofeo conquistado en el concurs... Raza «Tudanca» de Santander, de color negro, vientre blanco, coque y largos y abiertos cuernos, cuyos grandes y recumbentes cencerros atruenan el espacio. Raza blanca cacereña, muy escasa en España. Y la raza retina del Guadalquivir, en la que uno de los lotes, de don Manuel Martínez Lora, del término de Hornachuelos (Córdoba, una de las ganaderías más antiguas de España, es muestra de una selección escrupulosa. Por eso ha sido diplomada por el Ministerio y obtenido premios en los concursos de Madrid, Sevilla y Córdoba.

—A éste no se lo lleva el viento—exclamó moviendo la cabeza para medir dimensiones.

Tengo a la vista, dentro del recinto de la Dirección General de Ganadería, un toro descomunal, de mirada cansina, casi inmóvil de continuo, color canela y pequeños cuernos. Algo impresionante. Su nombre: «Mifón». Su residencia habitual: La Coruña. Peso: 1.100 kilos.

—Unas 1.300 crías tiene en su haber este año.

—¿Nada más?

Un caballo blanco, que bien y valientemente asido por el belfo corretea, salta y brinca con elasticidad, como pelota de goma, que avanza con zancadas largas y rítmicas, como un gran atleta de «ballet», me atrae, me obliga a situarme entre el numeroso coro que mira extasiado entre los pinos.

—«Granero».

Granero es un caballo de raza española, propiedad de los Servicios Pecuarios de Portugal. Su dueño, José Infante da Cámara. Las consecuencias pronto se hacen visibles y audibles; algunos que pretenden ir al trato, a la compra. Pero no hay nada que hacer. Ni siquiera llegan a plantearse precios.

Sigue el caballo con sus alardes de agilidad y gracia, por obra de movimientos y línea, mientras voy curioseando por otras cuadras: Reguada Militar de Córdoba, con sus hermosos ejemplares de pura raza árabe; cuadra de Ibarra, con árabes puros; de la señora viuda de Therry, con ejemplares españoles; de Domecq... Caballos y caballos que relinchan, piafan, cocean mientras sus cuidadores, de uniforme militar o chaqueta corta con sombrero de ala ancha, les rizan las crines y colas. De todos colores: blancos, tordos y rojizos. Nosura y movimientos ante el Jurado calificador.

Y seguimos. Ahora, para alarje de nuevo. Un estridente concierto de rebuznos nos sirve de orientación, porque de no ser así, tal vez no hubiéramos dado con ellos, así por las buenas. Entramos, pues, en la «Masía», y allá, en el fondo, divisamos unos ocho garañones de orejas bien erguidas y mirada atenta.

—¿De dónde son?

—De Vich.

La de Vich es una comarca donde hay 3.000 yeguas bretonas y algunas percheronas. Una comarca de abundante producción de muleros, hasta el extremo de



Conejos «Chinchilla» y «Gigante blanco», de España. A la derecha, «Rosita», cerda de raza «Chata murciana», de 300 kilogramos y dos años de edad

que allí acuden recriadores de todas partes y se marcan los precios de toda España.

—A los ocho días de vida nos contratan las mulas, que nosotros hemos de cuidar para entregarlas al destete.

—¿A base de trato?

—No hay papel escrito, sino palabra. Y no hemos tenido que lamentar incidentes.

Leo: «Salau», primer premio el año pasado en Granollers. Un garañón redondo, macizo, color negro, oji-bocel-bragui blanco; es decir, que tiene blancos los ojos, el hocico y el vientre. Aunque ahora parece tranquilo, se distingue por su vivacidad.

—¿Su peso?

El dueño, don José Vilá, a quien acompaña el dueño de otros de la cuadra, don Martín Salváns Puch, no hace esperar su jubilosa respuesta:

—Cuatrocientos kilos.

Y añade por su cuenta:

—Y 1,53 de alzada, 1,70 de perímetro torácico y 22 centímetros de grueso de caña.

—¿Qué caracteriza a esta variedad de Vich?

—La calidad, longevidad... Du-

ran veinticinco años y llegan a prestar quince de servicio.

Están contentos estos criadores de garañones. El negocio va bien. Con la guerra quedó casi todo deshecho en España, pero ya marcha viento en popa, hasta el extremo de exportar a Israel, Argentina...; aunque por ahora se somete a control este comercio internacional.

—He oído decir que ése, el «Rabadá», ha sido tanteado por una Comisión venezolana.

Ríe retraído mientras mira cauteloso. Quiere y no quiere hablar, pero parece más fuerte el deseo de hablar.

—Dígamelo en confianza.

—Está apalabrado nada más.

—Ya es algo. ¿Se encapricharon?

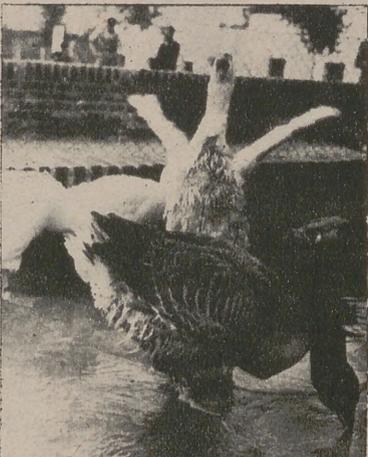
—Sí.

—Entonces... no hace falta que le diga.

Ríe sin soltar prenda. Hermetismo mercantil catalán. ¿Talaré su silencio? Me anima su cordialidad.

—Pero en ese «palabreo» algo habrá habido de tanteo pecuniario. ¿no?

Ríe y aprieta los labios.



Gansos de la Escuela Nacional de Avicultura. A la derecha, el Laboratorio de Análisis Lásero



Patos terrestres holandeses, en su líquido elemento



Gallinas «Rhode», en un corral de la Feria Internacional del Campo

—No quiero saber lo pedido por usted. Dígame lo que a su juicio vale.

Mirando en torno, riendo y entrecortando palabras, suelta, bajito:

—Este vale sesenta mil pesetas.

—Entendido.

TRESCIENTOS CINCUENTA KILOS, UN CERDO

Sobre una ladera que mira al Norte reposan los cerdos, en siete grandes pabellones blancos y limpios. Cada lote, una pocilga. Reposan, sí, y de vez en cuando gruñen levemente. La carne los aquieta. No hay que hacer mucho esfuerzo nasal para andar por los pasillos interiores, a cuyos lados se hallan las puertas metálicas pintadas de verde.

—¿Se llama?

—«Gilda III».

«Gilda III» es el nombre de una cerda de dimensiones poco comunes, de pelo ralo y blanquizco, que

deja entrever una piel sonrosada. Es de la raza «Larga White» y pertenece a la granja del regimiento de Artillería núm. 13, de guarnición en Getafe. Tres años tiene Gilda y ya cuenta con una prole de 58 cerditos habidos en seis partos.

—¿Pesa?

—Trescientos cincuenta kilos.

Buen peso para una madre tan fecunda. Esto precisamente—la fecundidad—, junto con el mucho magro y buenos jamones. Su Madre, «Gilda I», crió 25 en Su madre, Gilda I, crió 25 en dos partos: 13 y 12.

—¿Mucho pienso?

—Alrededor de tres kilos diarios: cebada, maíz, derivados del trigo mezclados.

—¿A cuántos partos suelen llegar?

—A siete. Y promedio de doce crías.

No lejos se encuentran la «Chely VII» y la «Chely IX». Otros dos buenos ejemplares. La primera pesó 219 kilos a los diez meses. Hoy tiene ya catorce meses.

—Es un ejemplar perfectamente logrado—comentan en un castellano muy difícil de pronunciar y de entender.

Las ventas, aunque están fuera de concurso, no dejan de hacerse presentes. El pasado año se vendió un lote de tres cochinas y un verraco de la granja Rafecas, de Tarragona, en 50.000 pesetas.

Inquieto por tal movimiento doy de cara con otro ejemplar que me llama la atención por su hocico contraído, casi en forma de cuchara, casi del mismo grosor, pelaje y color.

—Esa no es de raza «Larga White».

—¿No?

—Es raza «murciana».

—Ya.

—Esta raza es producto del cruce de «Bershire Medlewhite» con el cerdo indígena murciano.

—Apenas noto la diferencia.

—Es más pequeña: tiene el tocino veteado, la canal es más fina. Y una cosa muy importante: casi la mitad de su alimentación puede hacerse con alfalfa. Más barata, por tanto.

—¿Se llama?

—«Rosita», contesta sonriente don Juan Antonio López García.

su dueño, residente en Arboleja (Murcia).

—¿Pesa?

—Trescientos kilos.

Trescientos kilos a los dos años y ya cuenta en su registro de nacimientos con 26 crías en dos partos.

Bajo el sol, que no puede vencer el frescor de esta tarde de mayo, continuamos oteando. Aquí hay que proceder así: primero, otear, y luego echar los pies adelante. La FERIA tiene horizonte propio que no es corto ni cercano. Y el mundillo de los cerdos en este espacio de árboles, aire y sol no es pequeño: son 300 cerdos de distintas razas: razas «negra» y «retinta», del conjunto ibérico; raza «vitoriana» y «murciana», del conjunto mejorado español; raza «Large White», raza «colorada ibérica portuguesa». Cerdos y cerdos, de los que 64 están presentes para el concurso de rendimiento de carne. Cuando termine esta exposición, allá por el 6 del próximo mes de junio, ocuparán estos lugares los extranjeros—ingleses, suecos, portugueses y alemanes—, que ya vienen de camino.

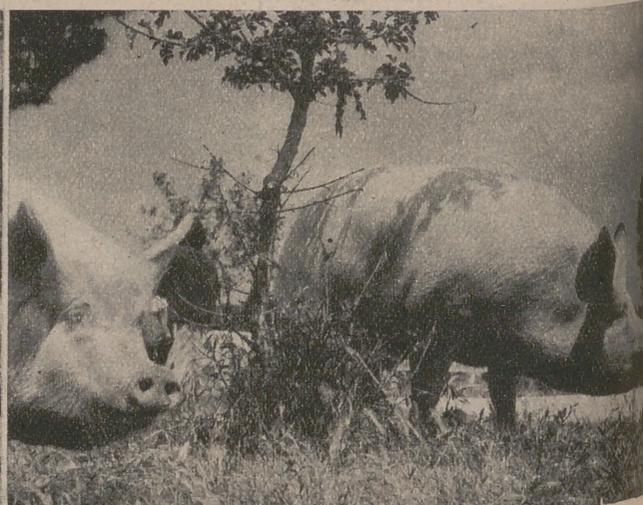
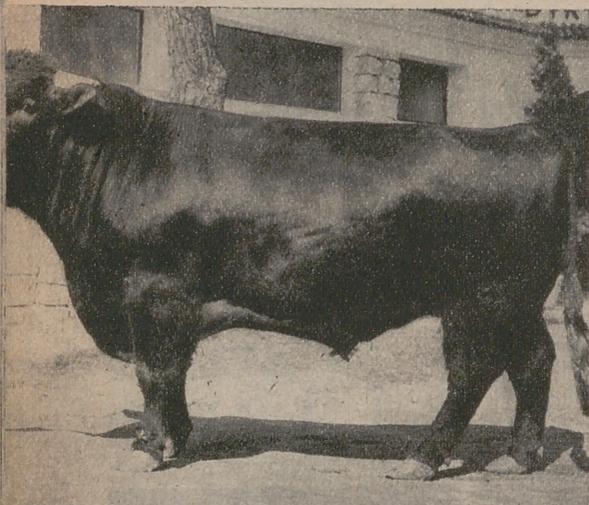
En fin, hay que terminar. Fuera quedan, aunque están en las cuartillas, otros de menor cuantía. Conejos grises, de un gris plata, de Chinchilla; conejos gigantes, blancos, españoles. Perros mastines. Un par de visones traídos de San Sebastián a los que han puesto de precio 10.000 pesetas cada uno. Los «poneys», cabalitos pequeños, pero briosos, que el Instituto Nacional de Colonización entrega a sus colonos junto con un par de vacas de trabajo, y una holandesa. Patos terrestres, deslizantes por los estanques. Gallinas a montones. Y gallos.

Un cuartel para gallinas. Un cuartel en paz transitoria, donde el que huye sabe que es pieza muerta segura. Algunos aparecen con la cresta restañada de heridas; otros, con los buches rajados y cicatrizados. Cantan y rugean con sus dedos las alas. Hay paz. Paz transitoria.

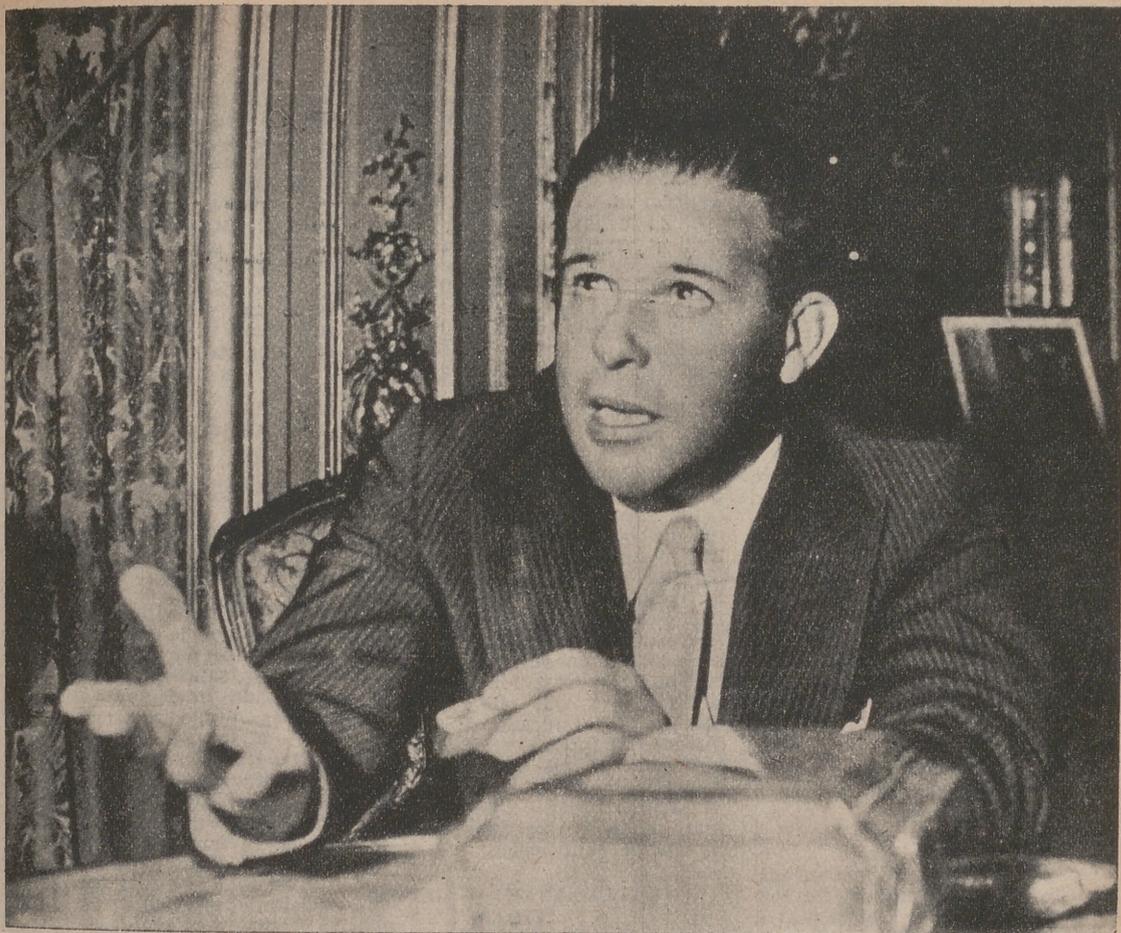
Con la mirada fija, en postura gallarda, de un buen «rhode», decidimos salir.

JIMENEZ SUTIL

(Fotografías de Cortina.)



Semental de la Dirección General de Ganadería; a la derecha, «Chely VII» y «Chely IX», cerdas de la raza «Large White», de la granja del regimiento de Artillería número 13



JOAO GOULART, VICEPRESIDENTE DEL BRASIL

UN POLITICO DINAMICO EN EQUILIBRIO ENTRE LOS PRINCIPIOS CLASICOS Y LAS NUEVAS FORMAS REFORMADORAS

EL QUINTO DE UNA DINASTIA (38 AÑOS), Y ES EL MEJOR

HA pasado unos breves días en Madrid el vicepresidente del Brasil, doctor Joao Belchior Marques Goulart. El viernes 25 llegó procedente de Lisboa. El martes ha dejado Madrid, partiendo con dirección a Italia. Hombre joven, recién llegado a la política, desarrolla una actividad extraordinaria. Hasta 1945, su existencia se mantuvo al margen de toda práctica política.

Río Grande do Sul es el Estado más meridional de Brasil: la tierra que forma la campiña gaucha. Una región de 282.000 kilómetros cuadrados con magníficos pastos naturales de alimento de inmensos rebaños de ganado. El país está en manos de latifundistas de abolengo arraigados en la tierra desde hace más de cien años: son los «fazendistas». Agricultores dedicados con toda el alma al cultivo de la tierra y a la crianza del ganado.

Allí, en aquella región, está

Sao Borja, un pueblo de tradición española y jesuítica. Ciudad como otras muchas de Río Grande do Sul. Gauchos de vida inquieta y astuta no refida con la nobleza. Sao Borja es la patria de Getulio Vargas, el gran Presidente. Y en el mismo pueblo llegó al mundo el actual vicepresidente de la República brasileña, doctor Joao Goulart.

Nace el día primero de marzo de 1918:

—Antes que yo habían nacido cuatro. Después todavía llegaron tres más. Y ya ve, pese a ser el quinto, soy el mejor.

Este joven político de ligero



El vicepresidente del Brasil, doctor José Belchior Marques Goulart, es entrevistado en los micrófonos españoles

parecido con el actor cinematográfico Dana Andrews, es hombre de humor. Habla con desparpajo, dialogando muy mano a mano en plan de camarada. A veces mira al suelo, pero rápido lanza una pregunta o una respuesta acompañada de una sonrisa.

PERTENECE A UNA FAMILIA DE TERRATENIENTES

Los Goulart son una antigua familia procedente de Francia. Ricos propietarios agrícolas, en sus haciendas cultivan trigo y otros cereales, siendo considerable la riqueza ganadera.

Cuando nace el doctor Goulart, Brasil inicia una nueva etapa en su desarrollo. Desde octubre de 1917, la nación está en guerra con Alemania, ha declarado la guerra a los Imperios Centrales, dando lugar a que la industria carioca alcance un gran poderío.

Son tiempos de poca altura política, pequeños cortos. La Presidencia de la República se puede decir que pasaba, por turno, del gobernador de Minas al de Sao Paulo, y viceversa. En 1918 concluye el mandato presidencial de Wenceslao Braz, iniciándose el de Rodríguez Alves, que, por segunda vez, llegaba a la suprema magistratura. No obstante, el Poder, debido a enfermedad del Presidente, fué asumido con carácter interino por Delfin Moreira. Poco después fallece Alves y se celebran elecciones. Resulta elegido Epitacio Pessoa.

Días con fuerte inquietud en la vida pública. Pero a los niños que lanzan la mirada por las praderas de Rio Grande no les produce desasosiego. Claro que en casa de los Goulart se habla a menudo de la actividad política, cada día de más alcance, realizada por Getulio Vargas. Joao era un niño muy moreno, inquieto, que únicamente se preocupaba de no encontrar descanso.

El 5 de julio de 1922 ocurre un hecho de gran interés en la moderna política brasileña, el levantamiento militar en Copacabana. Después de seco tiroteo con las fuerzas gubernamentales, los 18 supervivientes de la fortaleza salen a pecho descubierto contra las tropas atacantes. Son los «18 do Forte», glorificados como héroes populares, y cuyos ideales formaron bandera en la revolución de 1930.

Estas luchas políticas ligadas con las ideas dominantes entre los terratenientes de Rio Grande, partidarios de Getulio Vargas, eran pequeñas avanzadillas que se iban depositando en el cerebro de Joao Goulart.

LOS PRIMEROS ANOS

El señor vicepresidente, cuando charla de sus primeros años, lo hace con ligereza, casi sin querer darle importancia. Se pasea mirando al suelo, y con una mano en el bolsillo de la americana. Es de estatura normal. Viste traje azul con una ligera raya blanca.

—A los siete años comencé a estudiar la enseñanza primaria. Me atraía el estudio, pero yo era especialmente un niño activo, un hijo del campo.

Por aquellas fechas, el compatriota de Rio Grande, Getulio Vargas, se va aproximando a la cumbre de su carrera. En 1923 es elegido Presidente de la República Washington Luis, y el político de Sao Borja, Getulio —como le llamaban cariñosamente los brasilenos—, consigue la cartera de Hacienda. Poco tiempo permanece en el ministerio. Deja el cargo de la capital y pasa a Rio Grande do Sul como gobernador, donde desarrolla un vasto programa de acción política y social.

Joao, el hijo de los Goulart, ya ha cumplido los diez años. Una etapa de la vida se queda en la cuneta. Pronto llegará una fecha crítica en la historia del Brasil.

La situación económica del mundo está pasando por un momento crítico. La aparente prosperidad surgida de la posguerra ha concluido el 29 de octubre de 1929: «Viernes Negro» en la Bolsa de Nueva York. Nacen una serie de fenómenos que culminan con la desvalorización de la libra y del dólar. Todo ello no estuvo ausente a la mirada de Getulio Vargas. Abandona el partido republicano y crea, en Rio Grande, durante el mes de marzo de 1930, la Alianza Liberal, de la que forman parte los partidos políticos de mayor significación.

ESTUDIANTE Y DEPORTISTA

Manejos sucios impidieron que en las elecciones de 1930 triunfa se Vargas. Se ha dicho que una de las causas determinantes de la revolución del año 30 era el voto cerrado en que se hallaba la Presidencia del Brasil entre los tradicionales Sao Paulo y Minas Geraes. Los restantes Estados de la República aparecían incapacitados para que sus hombres lograsen llegar a presidentes. Esta fué una causa aparente. El movimiento de Vargas propugnaba una completa revolución social y económica a la que no era ajena la crisis mundial de 1929.

En 1930, Joao Goulart había cumplido los doce años y cursaba enseñanza secundaria. Recuerda con ligera añoranza, muy ligera, y no se deja dominar por ella. Su dinamismo constante le proyecta hacia el futuro.

—La vida del campo me tiraba con gran fuerza. El gaucho es extraordinario como tipo humano, una de mis grandes admiraciones. El campo y el deporte fueron mis ilusiones de los doce años. Era muy aficionado a jugar al fútbol, y siempre que podía practicaba la natación.

El 3 de octubre, desde su ciudad natal, el Presidente Vargas inicia la marcha sobre Rio Nardie, en Sao Borja, pudo sustraerse a la emoción del movimiento que comenzaba. En un niño de doce años, no quedaría al margen aquella escena trascendental para el futuro de Brasil.

—Tal vez ese cúmulo de recuerdos de mi infancia fueron motivos determinantes que más tarde me empujaron a la política—dice el doctor Goulart, en tanto lanza una mirada interrogatoria que se pierde sin respuesta.

ABOGADO A LOS VEINTIUN ANOS

La revuelta iniciada en el Sur encuentra rápidamente adhesiones por todo el país. El 24 de octubre la guarnición de Rio de Janeiro se pone al lado de Getulio, derroca al Presidente y constituye una Junta Provisional formada por los generales Tasso Fragoso, Mena Barreto y el almirante Isaías Morenha. A primeros de noviembre, la Junta, traspasa el Poder a Getulio Vargas, que es nombrado Presidente provisional del Brasil.

El señor Goulart vuelve a charlar de los años de su juventud.

—Poco después de 1930 comencé la carrera de Derecho, que concluí a los veintiún años. La Universidad, pese a las diversas vicisitudes ocurridas, no me lanzó al turbión político. Terminados los estudios dediqué mis esfuerzos a los negocios de las fazendas, viviendo alejado de todo lo que no fuese aquello.

Vargas, durante los siguientes años, realiza una política social de gran actividad. Surgen dificultades que se resuelven con acierto: sublevación de los cafeteros del Sur; alzamiento comunista de Carlos Luis Prestes. En 1934, dicta la prometida Constitución. Al siguiente año, nueva revuelta comunista; 1937 ve nacer otra Constitución que es derogada al poco tiempo. Y llega la segunda guerra mundial, que en agosto de 1942 conduce al pueblo brasileño a la guerra contra las potencias del Eje.

Concluye el conflicto en 1945 y Getulio Vargas, pese a haber dado en marzo una nueva Constitución, más democrática, se ve obligado a dejar el Poder.

EL POLITICO

A finales de octubre, Vargas, presionado por las fuerzas armadas que dirigía el general Eduardo Gomes, renuncia a la Presidencia de la República. Abandona Rio y se traslada a su finca de Rio Grande, situada en las inmediaciones de Sao Borja. Cuando se celebran las elecciones que anteriormente había prometido Getulio, sale triunfante su candidato, el general Dutra.

Precisamente ahora salta a la palestra política el doctor Joao Goulart. Vargas llega a Rio Grande do Sul y Goulart inicia su carrera de hombre público afiliándose al P. T. B. (Partido Trabalhista Brasileiro), del que es nombrado presidente de la Junta Municipal.

—Si, señor; el mismo año en que caía el Presidente Getulio Vargas, comenzaba yo mi vida de

No deje de leer
**LA ESTAFETA
LITERARIA**

político. Es posible que este hecho haya tenido una influencia importante.

Poco después, en 1946, es diputado provincial. Durante la estancia del Presidente dimisionario en su hacienda de Río Grande, Goulart colabora asiduamente con él. Se ha convertido en uno de los más leales seguidores de Getulio, al que siempre permanecerá fiel.

Durante la campaña que en 1950 condujo de nuevo a la Presidencia del Brasil a Getulio Vargas, Joao Goulart colaboró activamente en la lucha preelectoral con el ministro Salgado Filho.

—El partido llevaba un exacto programa social en defensa de la clase trabajadora, que se hallaba en lamentable estado. Yo, personalmente, he laborado desde siempre por elevar el nivel de vida de los más pobres.

Restablecido el Presidente, Goulart pasa a ocupar la Secretaría de Negocios del Interior y Justicia del Estado de Río Grande do Sul. Desde este puesto adquirieron un gran relieve las innatas cualidades de político y hombre de acción que plasma en realidad sus ideas.

—Había planteado un viejo problema penitenciario que rápidamente quedó resuelto. Con ello, una de las mayores trabas que encontraba la Administración en Río Grande desapareció para siempre.

La popularidad de Goulart, pese a que los vientos no son favorables a Getulio en su reaparición, aumenta cada día. En el mismo año 1951, el Partido Trabalhista Brasileiro le elige presidente del Directorio de Río Grande do Sul.

MINISTRO

La marcha de Joao Goulart continúa su ritmo creciente. En 1952, el P. T. B. le designa para la dirección nacional del partido. Se instala en Río de Janeiro y, apoyándose en su nuevo puesto, reorganiza los sindicatos y define el contenido ideológico del movimiento laboral brasileño. El número de sus partidarios continúa creciendo.

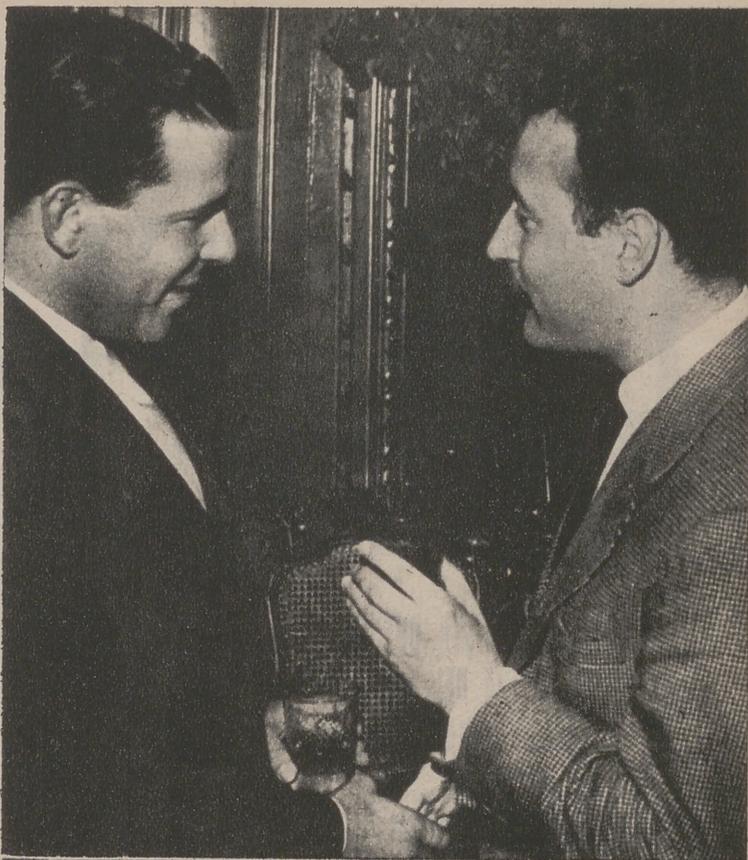
—Sí; pero también se me atacaba por los periódicos de la oposición. Unas veces decían que era comunista, y otras, que estaba en relación con elementos peronistas, Patrañas. El programa de mi partido está dentro de la concepción social de la Iglesia católica. En cuanto a mis supuestos contactos con el diputado argentino Brandi, se comprobó que la carta en que se basaba la acusación era obra de un falsificador.

El señor vicepresidente no pierde en ningún momento su tono optimista. Seguro de sí mismo, aclara los puntos más abstrusos de su historial político.

El año 1953 señala un hito más. Vargas le ofrece la cartera de Trabajo. El nuevo «gaucha» de Río Grande do Sul toma posesión del departamento ministerial.

—En aquel entonces, muy cercano todavía, yo era el ministro más joven del Gobierno: un «rapaz» de treinta y cinco años.

Su gestión desde el puesto que le ha encomendado el Presidente tiene una gran importancia en el terreno laboral y social. Durante



Un momento de la entrevista del doctor J. B. Marques Goulart con nuestro redactor

su paso por el ministerio se elabora la ley del Salario Mínimo, hoy en vigor, por la que se elevaba el salario de los trabajadores en un 100 por 100.

—Desde entonces no ha sufrido aumento alguno el salario del obrero. Y es un deber sagrado luchar por tal elevación, con el fin de que las clases humildes disfruten de un superior nivel de vida.

VICEPRESIDENTE

Poco dura el paso de Joao Goulart por el ministerio. Una corriente de hostilidad socava la actuación del Presidente, cuyo trágico desenlace es conocido. Los roles se suceden y la situación roza la anarquía.

Por fin, renace la calma. El Partido Trabalhista toma posiciones para la lucha electoral y apoya la candidatura formada por Juscelino Kubitschek y Joao Goulart, que resultó triunfante en octubre del pasado año. El vicepresidente de la República alcanzó una votación sin precedentes en la historia constitucional del Brasil.

Actualmente el partido que dirige Goulart presta su apoyo al Presidente Kubitschek bajo la condición del cumplimiento de un programa mínimo. Sus puntos fundamentales comprenden la elevación de salarios y facilitar la gestión del Presidente siempre que no se comprometan las reivindicaciones de la clase trabajadora.

La actuación política del doctor Goulart se plasma en un equilibrio dinámico entre los principios clásicos y las nuevas fuer-

zas reformadoras en el terreno de la justicia social.

Ha sido muy rápida la estancia en Madrid del joven vicepresidente. Hace escasamente un año que ha contraído matrimonio con doña María Teresa de Goulart, perteneciente, como su esposo, a una familia de ricos propietarios en Río Grande do Sul.

Durante la visita a España han tenido tiempo de asistir a una corrida de toros. Les ha resultado muy agradable. El señor Goulart, como buen campero, refleja en el brillo de la mirada la satisfacción que le produce el ambiente de la fiesta española.

Ha sido larga la conversación. Don Joao Goulart todavía ha de despachar diversos compromisos.

—Señor vicepresidente, una última pregunta: ¿Cómo ve las relaciones hispanobrasileñas?

—La coyuntura es inmejorable. El intercambio comercial ha alcanzado la cifra más elevada en la historia de nuestras relaciones. Otro punto que me interesa aclarar es el problema de la emigración. Tenemos el proyecto de dar un mayor incremento a la agricultura; por ello nos interesa «obremarera» contar con gente preparada y trabajadora, como suele ser el emigrante español. No creo tarde mucho tiempo en llegar la solución de este problema, para todos de gran importancia.

El doctor Goulart, ágil, optimista, ligero, es una figura política de extraordinario interés. Un político nato que ha sabido esperar su momento.

LUIS LOSADA

TEXTIL

**LA REVISTA QUE LA
INDUSTRIA DEL TEJIDO HA
CREADO PARA LA MUJER**

Un reportaje del Japón,
por Salvador Bans.

La Moda española en el
IV Salón de Alta Cos-
tura.

París dicta sus últimos
decretos sobre la Moda.
Cuentos de Carredano,
Angulo y Sánchez Pa-
lacios.

Teatro, por Antonio Abad
Ojuel.

Cine, Decoración, Arte,
Moda infantil.

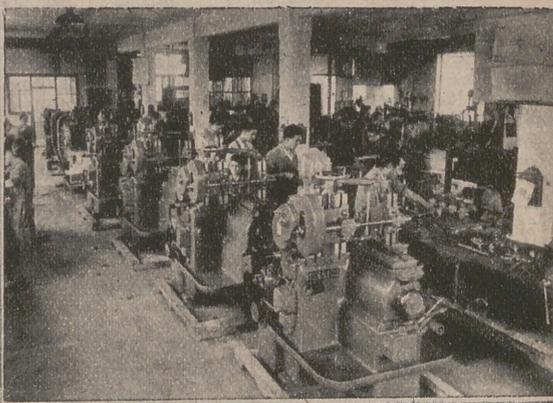
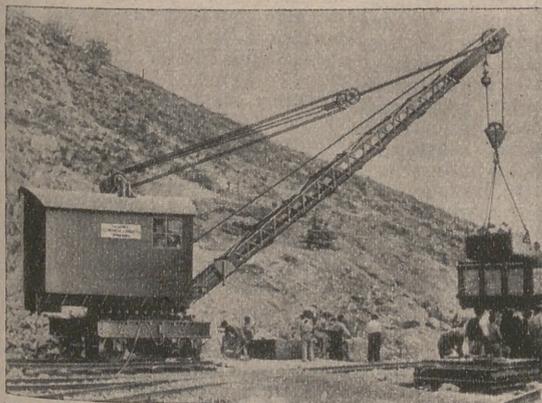


LA MAS REFINADA REVISTA PARA LAS DAMAS

ZARAGOZA, TORRE DE FABRICAS



**UNA CIUDAD INDUSTRIAL
CUATRO MILLONES DE A ORILLAS DEL EBRO
PESETAS, 60.000 OBREROS Y 300 FACTORIAS**



En la nueva Zaragoza industrial se alzarán mayores y más poderosas fábricas, que darán un poderoso impulso a la capital aragonesa.

CADA día, sobre la inmensa plaza de las catedrales de Zaragoza, autocares de todas las nacionalidades dejan los más diversos viajeros, que vienen a visitar el primer templo mariano de la cristiandad.

—Hoy ha venido la peregrinación francesa.

—Pues mañana llegarán los irlandeses—se oye decir.

Y la gente pasa sin detenerse siquiera, acostumbrada a la constante presencia de estos modernos peregrinos de «Leica» y trajes multicolor. Igualmente cada día peregrinos de cualquier punto de España invaden también la ciudad

Ya antes de percibir este tráfago el viajero observador que se haya dado una vuelta por las céntricas calles indefectiblemente pensará: «He aquí una ciudad muy visitada». Porque lo primero que da la medida del tráfico turístico de una ciudad son sus restaurantes. Y en Zaragoza se encuentran éstos por todas partes; a cada paso y en cada calle se pueden hallar, lujosos o sencillos otros, pero siempre en profusión. Hoteles y hospedajes de todas clases están abarrotados casi siempre. En tanto que en la Hospedería del Pilar se puede disfrutar de la cercanía de la basili-

ca: volteo sonoro de las próximas campanas y la gracia ingenua del ir y venir de los «infantes», que van desde el templo a la casa contigua, destinada a vivienda de esta infantil comunidad de cantores y servidores de la Virgen.

CIUDAD DE MULTIPLES FACETAS

Ciudad del «cierzo y del charco» se ha llamado donosamente muchas veces a Zaragoza, aludiendo a su pertinaz viento y al caudaloso padre Ebro que la baña. Pero a la capital de Aragón,



Vista aérea de los terrenos de La Cartuja, donde se levantará la ciudad industrial

además de ciudad mariana, se la podría denominar «la ciudad de las múltiples facetas; ciudad que divide su devoción con el trabajo y donde la historia y el progreso se entremezclan en curiosa amalgama. Calles de nombres heroicos, de la Reconquista, de Manuela Sancho, del Heroísmo. Calles típicas, como la del Arco del Deán. Calle de los Mártires, cercana al paseo de la Independencia, centro de la ciudad, con sus innumerables cines y cafeterías modernas de nombres exóticos. Anchas arterias y espaciosas plazas junto a los recovecos de lo que fue la judería y el barrio de los moriscos. Ciudad de Universidad y ahora de Colegios Mayores también, como el «Pedro Cerbuna», entre otros; ciudad de cine-club y de una gran inquietud intelectual junto al numeroso contingente obrero y las grandes metalurgías. Y erizándose sobre todo esto las esbeltas agujas del Pilar, el cimborrio neoclásico de La Seo, torres mudéjares y cientos de chimeneas de las fábricas.

En 1930 Zaragoza tenía 173.987 habitantes, contra 281.145 que tiene en la actualidad. Por tanto, fueron necesarios ensanches y ur-

banizaciones urgentes, llevados a cabo en estos últimos años. Surgieron barrios nuevos y modernos, y otros populares, como Camisera, Valdefierro y Oliver. En este último barrio, Sindicatos construyó en primera etapa 1.200 viviendas protegidas, y en segunda, 1.000. En tanto que en Puente Virrey el Ayuntamiento construyó 212 y otro grupo de 358 en el Arrabal, ritmo constructivo que prosigue actualmente. En las industrias el crecimiento también ha sido ascendente, pues en 1947 había en Zaragoza 2.500 industrias, y en el año 1955 alcanzan el número de 3.910. Las fábricas de Zaragoza se dividen en textiles, de alimentación—como las de galletas Artiach y muchas mas marcas—, de chocolates, arroceras, de embutidos, azucareras, de harinas, de productos lácteos, de conservas, de calzado, de vidrio; las químicas, como el acumulador Tudor, alcoholes, colas, gelatinas, productos celulósicos, industrias de caucho, industrias plásticas, fábricas de papel, y las industrias de maquinaria. Entre las que alcanzan un número de obreros superior a cincuenta están: Material Móvil y Construcciones, con

1.300 obreros; C. A. I. T. A. S. A., con 820; Maquinista y Fundiciones del Ebro, con 670; G. I. E. S. A., con 620; Talleres Mercier, con 350; Sociedad Española del Acumulador Tudor, con 860, y en una proporción igual los talleres Florencio Gómez, que construye grúas y maquinaria de Obras Públicas. Pero toda esta industria y las venideras rebasaban Zaragoza, se desbordaban y era preciso una solución.

LA REALIZACION DE UNA IDEA

El día 21 del pasado enero, a las once de la mañana, en uno de los salones del Gobierno Civil se reúnen varios hombres ilustres. Toda Zaragoza está pendiente de esta reunión. Por ella, la capital de Aragón va a marcar una trayectoria en la expansión industrial de las ciudades. Pero Zaragoza será la primera, puesto que se trata de llevar a cabo la idea de su Gobernador Civil e ingeniero agrónomo José Manuel Pardo de Santayana. Estos hombres han sido convocados para actuar de jurado calificador en la Junta Organizadora del concurso de la Zona de Expansion Industrial de Zaragoza.

En ese día y en esta hora, después de cinco meses de estudio de los proyectos presentados al concurso, el Jurado va a dar su fallo. Las deliberaciones han sido arduas, pues ingenieros y arquitectos de enorme valía se han presentado al mismo. La cuantía de los premios no era muy elevada: 50.000 pesetas al primer premio. Sin embargo, ingenieros y arquitectos se presentaron con todo entusiasmo, porque se trataba de algo nuevo y de capital importancia para el futuro desenvolvimiento de la industria nacional. Hubo también nobles empeños, como, por ejemplo, el de los peritos industriales señores Gimeno Alabáu y Esquerri. El concurso era sólo para ingenieros y arquitectos, pero los dos peritos no se resignaban y tesoneramente pidieron una y otra vez su admisión al concurso, hasta que se revocó excepcionalmente la cláusula para admitirlos. Con todos estos trámites los señores Esquerri y Gimeno tuvieron que hacer su estudio con menos tiempo del fijado y la nota angustiada y casi cómica del concurso la vivieron los jóvenes peritos, pudiendo al fin entregar una hora antes de expirar el plazo fijado su voluminoso trabajo, que pesaba cuatro kilos.

Por este y por otros incidentes vividos por cada concursante hay una enorme emoción en la sala en esta mañana del 21 de enero. Siete son los estudios presentados, que suscriben los siguientes arquitectos, ingenieros y peritos: Costa Gómez Hernández, Martínez Ubago, Pérez Páramo, Martín-Lamich, Frutos y Larrodera, Checa, Navarro, Samper y Rodríguez del Palacio, Herrero, Palos, Esquerri, Gimeno Alabáu y Zubizarreta. Hay un silencio tenso cuando el secretario lee la última deliberación del Jurado:

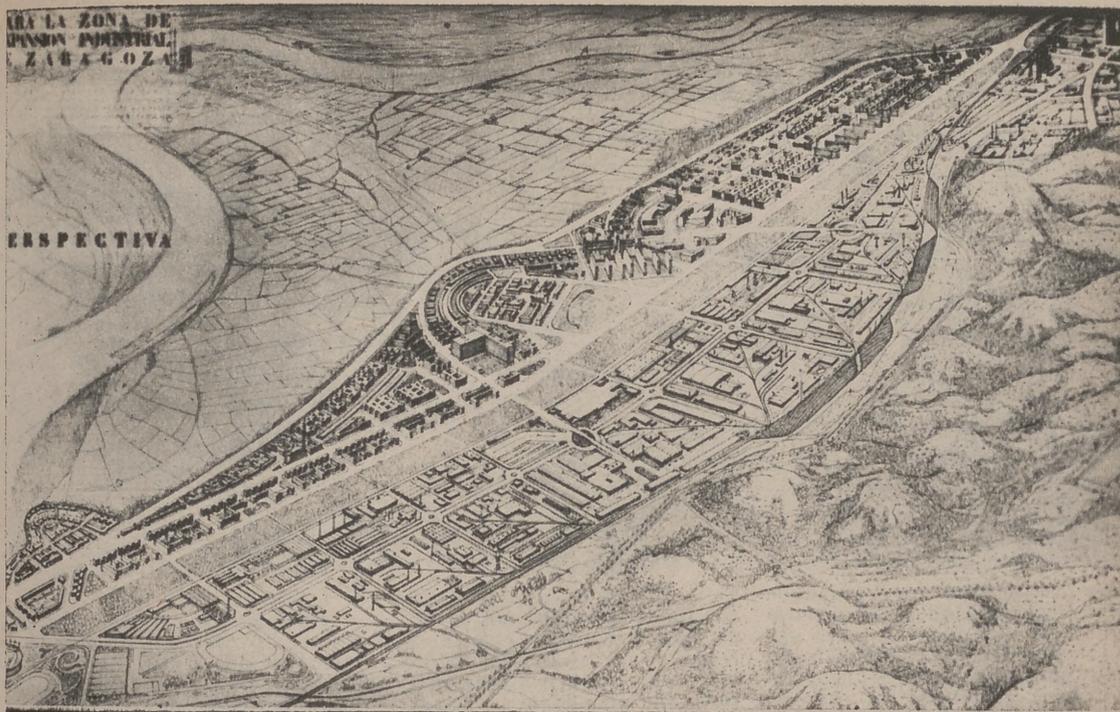
—Se otorga por unanimidad el primer premio al trabajo suscrito por los señores Gómez Hernán-



Junto a las fábricas se alzarán grandes grupos de viviendas, como este de Puente del Virrey, que consta de 212

LA ZONA DE
INDUSTRIAL
ZARAGOZA

RESPECTIVA



Plano de la nueva zona industrial, en el barrio de La Cartuja, al sureste del casco urbano, a catorce kilómetros de Zaragoza, en la margen derecha del Ebro, con inmejorables comunicaciones por ferrocarril y carretera

dez, Martínez-Lamich, Martínez Ubago, Estado Giracuta y Pérez Páramo.

La voz del secretario dice ahora:

—El segundo premio, dotado con 20.000 pesetas, se adjudica al trabajo presentado por el señor Costa Fernández. El tercero se concede al estudio presentado por los señores Frutos y Larrodéra. Cuarto premio, de 9.000 pesetas, para el trabajo de los señores Navarro Semper, Checa y Rodríguez del Palacio.

Pero el secretario vuelve a leer: —Este Jurado ha decidido conceder también tres accésits. Dos, de 5.000 pesetas cada uno, a los trabajos suscritos conjuntamente por los señores Ezquerria y Gimeno Alabáu y por los señores Herrero y Lanaja. El accésit de 2.000 pesetas se otorga al trabajo presentado por don Angel Zubizarreta.

Y la sesión se levanta. La reunión ha durado, exactamente, siete horas. En el momento en que los asistentes firman el acta son las seis en punto de la tarde.

Desde este punto y hora, ya no es una utopía la expansión fabril. Zaragoza va a tener una ciudad industrial, que será la primera de esta clase en España. Pardo de Santayana va a ver la idea cumplida. Su brazo derecho en la realización será un hombre entusiasta y experimentado, el ingeniero industrial don Juan Aroca García.

COMO SERA LA CIUDAD INDUSTRIAL

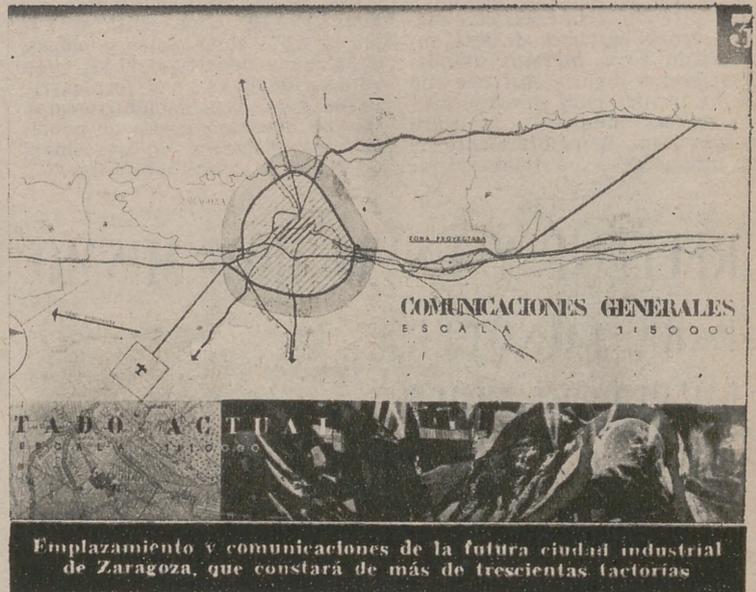
A seis kilómetros del centro de la ciudad y pasando el puente de la Media Legua, a unos catorce kilómetros en la margen derecha del Ebro, con inmejorables comunicaciones por ferrocarril y carre-

tera con Madrid, Barcelona, Castellón, Valencia y Bilbao, se levantará la ciudad industrial, que tendrá en principio una extensión de 700 hectáreas, susceptibles de ampliación según vayan solicitando permiso de instalación las fábricas. De momento se levantará una ciudad residencial capaz para 20.000 familias, con un total de 60.000 habitantes, y una zona de factorías en la que podrán ser ubicadas 300 industrias. También se levantará aquí el mayor silo de España para que las industrias de féculas y almidones tengan la materia prima cercana. El importe de la construcción de esta ciudad será de 4.000.000.000 de pesetas.

En la instalación prevista en el proyecto premiado con el pri-

mer premio se ha tenido en cuenta emplazar la ciudad en terrenos fuera de la vega que rodea la ciudad para no dañar las huertas. Y, por tanto, en la extensión yerma que rodea a la antigua Cartuja de la Concepción es donde se ha fijado la situación definitiva.

La zona de la ciudad industrial se dividirá en dos partes, una residencial y otra propiamente fabril. La zona residencial distará 400 metros de la otra zona. Con esta distancia se quiere librar al obrero en su residencia de las molestias inherentes que proporcionan las cercanías de las fábricas. Habrá también una zona agrícola para el consumo de productos hortícolas de los habitantes de la ciudad industrial, y asimismo una



Emplazamiento y comunicaciones de la futura ciudad industrial de Zaragoza, que constará de más de trescientas factorías



Frente a las torres del Pilar se alzarán, a catorce kilómetros, las torres de las fábricas más modernas y de técnica más avanzada

zona verde ante cada grupo de viviendas. Las industrias peligrosas, como explosivos, cohetes, gas y electricidad, se acoplarán en una zona más distante. También se podrá «enterrar» en caso de guerra las industrias más importantes, por lo que la ciudad dispondrá de refugios y subterráneos adecuados.

En la zona residencial se construirán cuatro iglesias, edificios administrativos, parques, piscinas, campos deportivos, bibliotecas y, en general, cuantas comodidades modernas se le pueden proporcionar a una gran población obrera.

DESENVOLVIMIENTO ECONOMICO

Ya han pedido su asentamiento en la futura ciudad industrias cuyo capital social asciende a 200 millones de pesetas. El plan de construcción tiene por base un ritmo de cuatro etapas, en cuatro años cada una. La Junta Organizadora acaba de constituir un Patronato que conservará la propiedad del suelo, sobre el que pondrá un censo; será dueño de todos los servicios industriales de fuerza motriz, tales como agua, gas, aire a presión, desagües, transportes, carboneras comunales y demás servicios de esta índole. Con estos ingresos atenderá en primer lugar a sostener una oficina técnica para llevar el control de las industrias, realizará ensayos para el mejoramiento de los productos y no tolerará que

se fabriquen en esta ciudad industrial otros artículos que los de marca de alta calidad, que acrediten con su bondad la fabricación de estas factorías y sean como un marchamo de garantía para los compradores. También, han quedado como propiedad del Patronato los demás proyectos premiados, de los que se tomarán, para añadir al proyecto del primer premio, cuantas iniciativas se crean necesarias. Sobre todo, del proyecto de don Esteban Costa se aplicará lo más adecuado y ventajoso.

Para iniciar las financiaciones de urbanización de la zona se invertirán 300 millones de pesetas. La industria que se pondrá en marcha rendirá un gran beneficio a la economía nacional, empleará gran número de obreros y servirá también para descongestionar a capitales tan cargadas de industrias como Madrid, Barcelona y Bilbao.

Las características de esta fabulosa ciudad industrial serán las siguientes:

Superficies.—Zona residencial, 34.02 hectáreas; zona industrial pesada, 70.28; zonas industrial ligera, 32.65; zona industrial peligrosa, 52.56; zona industrial comercial, 4.69; zona edificios públicos, 5.57; zona calles y plazas, 92.93; zona deportiva, 17.50; zona verde, 106.40; zona ferrocarril, 19.76; zona repoblación forestal, 168. La densidad media de población por hectárea bruta residencial será de 1.763 habitantes.

Construcción de edificios.—Superficie que ocuparán las instalaciones, 907,588 metros cuadrados; volumen de aire que ocupan las instalaciones, 10,282 metros cúbicos; hormigón en cimientos, metros cúbicos 45,380; hormigón armado, 127,100 metros cúbicos; fábricas, 573,400 metros cúbicos.

Como un detalle de la importancia de las obras basta saber que en los hospitales, escuelas, mercados y demás centros que también se instalará y la desviación de la carretera a Barcelona arroja un costo aproximado de 295 millones de pesetas, y en la construcción de ocho kilómetros de galerías subterráneas para la conducción de electricidad, agua, vertido, aire acondicionado frío y caliente, será de un valor de 225 millones.

En esta magna ciudad industrial, que será realización modelo del Estado español, la industria privada no será nunca dirigida técnicamente. Sólo se tratará de una economía dirigida, ya que la baratura de servicios, además de las reducciones fiscales y tarifarias especiales de transporte de que serán beneficiarias las factorías asentadas aquí, les permitirán un desenvolvimiento económico eficaz.

Aragón entero espera la puesta en marcha de esta gigantesca obra, que será eje del resurgimiento industrial de toda la comarca.

Blanca ESPINAR
(Enviado especial)

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

PARA CONOCER POESIA ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA
LITERARIA, QUE SOLO
CUESTA DIEZ PESETAS

Don
que vive en
provincia de , calle
....., núm.
desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS,
un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID



Grupo de niños musulmanes por la calle de Alcalá, en Madrid

ESPAÑA FUE EL ORIGEN DEL ESTADO MARROQUI

AHORA SE VUELVE A LO NATURAL DE LA GEOGRAFIA HUMANA

LA VERDAD ESPAÑOLA

EN MARRUECOS

Por Rodolfo GIL BENUMEYA

EN estos momentos de 1956 en que las relaciones de España con Marruecos están tomando formas nuevas y, al parecer, definitivas, acude al recuerdo otra fecha: la de 1880, año en el cual la vida de las dos naciones perdió sus rumbos comunes multi-seculares para meterse por los verticilos de lo internacional. Hasta entonces en España y Marruecos persistía el recuerdo de que durante toda la Edad Antigua y toda la Edad Media nuestros dos países del Estrecho habían formado parte de Estados comunes, que todos incluían elementos confundidos de cristianos y musulmanes. La unidad geográfica de destinos sólo se había interrumpido por lo casual de descubrirse América en el mismo momento de terminarse el reino-puente de Granada. Entre los siglos XVI y XVII españoles y marroquíes realizaron juntos la conquista del Sudán del Níger; gran empresa aventurera que pudo compararse con las de Hernán Cortés y Pizarro al otro lado del Atlántico. Luego hubo un doble apagamiento en Madrid y Fez, con la pausa quieta del siglo XVIII. Pero después de 1830, con la entrada en el norte de Africa de un factor nuevo y hasta entonces ajeno (es decir, el de la presencia francesa en Argelia), se inició como reflejo una precipitación de la decadencia marroquí, cuya primera etapa final fué la de la Conferencia de Madrid, donde representantes de doce Gobiernos firmaron el convenio del 3 de julio de 1880 para regular la situación de los protegidos extranjeros en el Imperio jerifiano.

Después vinieron las pugnas por los repartos de influencias en Marruecos de las grandes po-

tencias europeas, a la vez que las mismas potencias impulsaban el reparto general del Continente africano. En todo ello se prescindió de los intereses naturales, geográficos y permanentes de quienes siempre habían vivido a los lados del Estrecho; y después de muchas incidencias conocidas (que aquí no cabe recordar) se llegó a los tratados de 1912, en los cuales ni el Sultán Muley Abdelhafiz ni los gobernantes de Madrid tuvieron facultades de plena decisión. Los Protectorados francés y español, establecidos desde entonces, y que han durado hasta abril del corriente 1956, fueron frutos de una serie de compromisos y componendas, en los cuales el papel español resultaba evidentemente secundario.

LIBRE Y FECUNDA COOPERACION

En contraste con todo este pasado, los acuerdos que se firmaron en Madrid el 7 de abril han abierto un período en el cual España está actuando con libre decisión; es decir, no al margen, como pasaba en 1906 ó 1912 sino en el centro y tanto como otras potencias. Es un período en el cual tiende a hacerse un nuevo fundamento de las realizaciones hispanomarroquíes aque-

lla «libre y fecunda cooperación» a que el Sultán hizo referencia en la primera entrevista que concedió a un periodista español en 1953, y antes de su destierro. La declaración del reconocimiento de una independencia marroquí sin reservas, hecha en Madrid antes que en ninguna otra parte; el nombramiento en Rabat del embajador español como el



El ex Sultán de Marruecos Muley Hafid en la playa de Luarca, acompañado del doctor Belenguier



Frente a las torres del Pilar se alzarán, a catorce kilómetros, las torres de las fábricas más modernas y de técnica más avanzada

zona verde ante cada grupo de viviendas. Las industrias peligrosas, como explosivos, cohetes, gas y electricidad, se acoplarán en una zona más distante. También se podrá «enterrar» en caso de guerra las industrias más importantes, por lo que la ciudad dispondrá de refugios y subterráneos adecuados.

En la zona residencial se construirán cuatro iglesias, edificios administrativos, parques, piscinas, campos deportivos, bibliotecas y, en general, cuantas comodidades modernas se le pueden proporcionar a una gran población obrera.

DESENVOLVIMIENTO ECONOMICO

Ya han pedido su asentamiento en la futura ciudad industrias cuyo capital social asciende a 200 millones de pesetas. El plan de construcción tiene por base un ritmo de cuatro etapas, en cuatro años cada una. La Junta Organizadora acaba de constituir un Patronato que conservará la propiedad del suelo, sobre el que pondrá un censo; será dueño de todos los servicios industriales de fuerza motriz, tales como agua, gas, aire a presión, desagües, transportes, carboneras comunales y demás servicios de esta índole. Con estos ingresos atenderá en primer lugar a sostener una oficina técnica para llevar el control de las industrias, realizará ensayos para el mejoramiento de los productos y no tolerará que

se fabriquen en esta ciudad industrial otros artículos que los de marca de alta calidad, que acrediten con su bondad la fabricación de estas factorías y sean como un marchamo de garantía para los compradores. También, han quedado como propiedad del Patronato los demás proyectos premiados, de los que se tomarán, para añadir al proyecto del primer premio, cuantas iniciativas se crean necesarias. Sobre todo, del proyecto de don Esteban Costa se aplicará lo más adecuado y ventajoso.

Para iniciar las financiaciones de urbanización de la zona se invertirán 300 millones de pesetas. La industria que se pondrá en marcha rendirá un gran beneficio a la economía nacional, empleará gran número de obreros y servirá también para descongestionar a capitales tan cargadas de industrias como Madrid, Barcelona y Bilbao.

Las características de esta fabulosa ciudad industrial serán las siguientes:

Superficies. — Zona residencial, 34.02 hectáreas; zona industrial pesada, 70.28; zonas industrial ligera, 32.65; zona industrial peligrosa, 52.56; zona industrial comercial, 4.69; zona edificios públicos, 5.57; zona calles y plazas, 92.93; zona deportiva, 17.50; zona verde, 106.40; zona ferrocarril, 19.76; zona repoblación forestal, 168. La densidad media de población por hectárea bruta residencial será de 1.763 habitantes.

Construcción de edificios. — Superficie que ocuparán las instalaciones, 907,588 metros cuadrados; volumen de aire que ocupan las instalaciones, 10,282 metros cúbicos; hormigón en cimientos, metros cúbicos 45.380; hormigón armado, 127,100 metros cúbicos; fábricas, 573,400 metros cúbicos.

Como un detalle de la importancia de las obras baste saber que en los hospitales, escuelas, mercados y demás centros que también se instalará y la desviación de la carretera a Barcelona arroja un costo aproximado de 295 millones de pesetas, y en la construcción de ocho kilómetros de galerías subterráneas para la conducción de electricidad, agua, vertido, aire acondicionado frío y caliente, será de un valor de 225 millones.

En esta magna ciudad industrial, que será realización modelo del Estado español, la industria privada no será nunca dirigida técnicamente. Sólo se tratará de una economía dirigida, ya que la baratura de servicios, además de las reducciones fiscales y tarifas especiales de transporte de que serán beneficiarias las factorías asentadas aquí, les permitirán un desenvolvimiento económico eficaz.

Aragón entero espera la puesta en marcha de esta gigantesca obra, que será eje del resurgimiento industrial de toda la comarca.

Bianca ESPINAR
(Enviado especial)

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

PARA CONOCER POESIA ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA
LITERARIA, QUE SOLO
CUESTA DIEZ PESETAS

Don
que vive en
provincia de, calle
....., núm.
desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS,
un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID



Grupo de niños musulmanes por la calle de Alcalá, en Madrid

ESPAÑA FUE EL ORIGEN DEL ESTADO MARROQUI

AHORA SE VUELVE A LO NATURAL DE LA GEOGRAFIA HUMANA

LA VERDAD ESPAÑOLA

EN MARRUECOS

Por Rodolfo GIL BENUMEYA

EN estos momentos de 1956 en que las relaciones de España con Marruecos están tomando formas nuevas y, al parecer, definitivas, acude al recuerdo otra fecha: la de 1880, año en el cual la vida de las dos naciones perdió sus rumbos comunes multi-seculares para meterse por los vicisitudes de lo internacional. Hasta entonces en España y Marruecos persistía el recuerdo de que durante toda la Edad Antigua y toda la Edad Media nuestros dos países del Estrecho habían formado parte de Estados comunes, que todos incluían elementos confundidos de cristianos y musulmanes. La unidad geográfica de destinos sólo se había interrumpido por lo casual de descubrirse América en el mismo momento de terminarse el reino-puente de Granada. Entre los siglos XVI y XVII españoles y marroquíes realizaron juntos la conquista del Sudán del Níger; gran empresa aventurera que pudo compararse con las de Hernán Cortés y Pizarro al otro lado del Atlántico. Luego hubo un doble apagamiento en Madrid y Fez, con la pausa quieta del siglo XVIII. Pero después de 1830, con la entrada en el norte de África de un factor nuevo y hasta entonces ajeno (es decir, el de la presencia francesa en Argelia), se inició como reflejo una precipitación de la decadencia marroquí, cuya primera etapa final fué la de la Conferencia de Madrid, donde representantes de doce Gobiernos firmaron el convenio del 3 de julio de 1880 para regular la situación de los protegidos extranjeros en el Imperio jerifiano.

Después vinieron las pugnas por los repartos de influencias en Marruecos de las grandes po-

tencias europeas, a la vez que las mismas potencias impulsaban el reparto general del Continente africano. En todo ello se prescindió de los intereses naturales geográficos y permanentes de quienes siempre habían vivido a los lados del Estrecho; y después de muchas incidencias conocidas (que aquí no cabe recordar) se llegó a los tratados de 1912, en los cuales ni el Sultán Muley Abdelhafiz ni los gobernantes de Madrid tuvieron facultades de plena decisión. Los Protectorados francés y español, establecidos desde entonces, y que han durado hasta abril del corriente 1956, fueron frutos de una serie de compromisos y componendas, en los cuales el papel español resultaba evidentemente secundario.

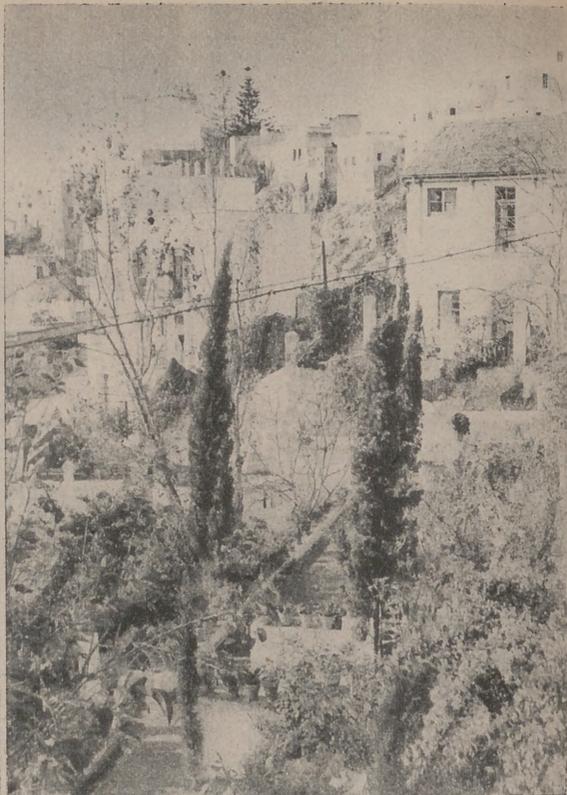
LIBRE Y FECUNDA COOPERACION

En contraste con todo este pasado, los acuerdos que se firmaron en Madrid el 7 de abril han abierto un período en el cual España está actuando con libre decisión; es decir, no al margen, como pasaba en 1906 ó 1912 sino en el centro y tanto como otras potencias. Es un período en el cual tiende a hacerse un nuevo fundamento de las realizaciones hispanomarroquíes aque-

lla «libre y fecunda cooperación» a que el Sultán hizo referencia en la primera entrevista que concedió a un periodista español en 1953, y antes de su destierro. La declaración del reconocimiento de una independencia marroquí sin reservas, hecha en Madrid antes que en ninguna otra parte; el nombramiento en Rabat del embajador español como el



El ex Sultán de Marruecos Muley Hafid en la playa de Luarca, acompañado del doctor Belenguier



A la izquierda: Jardín de la Escuela de Artes Indígenas, de Tetuán.— A la derecha: Un rincón del Generalife de Granada

primero acreditado ante el Gobierno sultaniano, y el hecho de que el primer núcleo antecedente del nuevo Ejército marroquí son las mehallas de la anterior zona de Protectorado español, son tres estímulos que facilitan volver a plantear la relación desde su natural punto de partida. Es decir, no atender tanto a las fechas y la letra de viejos textos como a la realidad permanente, que es la de la geografía física y humana.

España, con Portugal, por una parte, y Marruecos, hasta el Sahara, por otra parte, son como las dos mitades de una fruta partida. El pedazo del Norte resulta más ancho que el pedazo del Sur, pero ambos tienen montañas, mesetas, vegas y ríos, que muchas veces se corresponden. Así es, por ejemplo, muy curioso ver que en una y otra parte desde mesetas centrales bajan al Atlántico cinco ríos (que en Marruecos son Lucus, Sebú, Bu-Regreg, Un-er-rabía y Tensif; correspondientes, en cierto modo, con Miño, Duero, Tajo, Guadiana y Guadalquivir), aparte los que al otro lado del Atlas tienen relación con Argelia o el desierto. Resulta también muy curioso saber que el valle de Fex y Mequinez se formó a la vez del Córdoba y Sevilla, y que Rabat-Salé tiene mucho de Sevilla-Triana (hasta otra Giralda). Y no menos cierto es que en la España del Sur la cordillera Penibética, naciendo en el cabo de la Nao, cerca de Alicante, termina en el cabo Tres Forcas, cerca de Melilla, por lo cual Murcia, Granada y Málaga, Tánger, Tetuán y Xauen, se alzan sobre el mismo suelo físico regional. El Estrecho de Gibraltar, que se cruza en media hora, es sólo un

valle inundado en el centro del sistema montañoso andaluz que termina cerca de Fez. Y, en cambio, las mayores masas del Medio Atlas, que ocupa el centro de Marruecos, vuelven la espalda al resto de África del Norte, mientras las partes más pobladas del país marroquí dan al Océano y a Andalucía preferentemente.

Sobre ese fondo físico fundamental se montaron como una plataforma la Bética romana y visigoda, en las cuales el Norte marroquí fué unas veces parte de Sevilla y otras veces provincia española especial, con los nombres de Hispania Transfratana o Hispania Tingitana. Con el Islam, los Imperios del Califato cordobés, los almorávides, los almohades, etc., se apoyaron a la vez en los dos lados del Estrecho. Común fué también la cultura hispanoarábica, que se llamó «Al Andalus»; cultura catolicaislámica, cuyos últimos restos vivos se ven aún en Tetuán, Rabat y Fez. Por eso siempre que el Sultán ha tratado de España ha aludido a la larga historia común y la «misma civilización».

«CABILENOS DE CASTILLA»

Después de hablar del suelo y los antecedentes históricos es siempre casi obligado traer a la memoria lo referente a las relaciones raciales de los antiguos árabes y bereberes, o citar las emigraciones de tribus berberiscas a España Nueva y el trasplante a Marruecos de cristianos mozárabes para hacer ver la existencia de lazos familiares humanos. Pero siempre resultan más claros los ejemplos personales. Así

aquel de un jefe militar que revisando en el Rif tropas de Regulares preguntó a uno de los soldados que le pareció de cara más rifeña:

—¿Tú de qué cabila eres?

—De la tercera del primero, mi coronel—respondió el soldado con el más genuino acento castellano, pues el supuesto rifeño procedía de Zamora.

Lo cual era una prueba de los restos del más antiguo celtiberismo en el aspecto de reclutas de los dos lados.

Algunos años antes un cónsul general de España en Rabat decía:

—Cuando me anuncian la visita del señor Pérez el señor Moreno, el señor Carrasco, etc., siempre tengo que preguntar cuál de ellos es, si el marroquí o el español, pues aquí hay de los dos clases y el mismo origen.

Por mi parte, yo recuerdo entre otros muchos momentos de confusión y fusión el de una tarde, que en el «hall» de un gran hotel de Tetuán se sentaban a los extremos del salón dos grupos muy diferentes de aspectos. El primero, un poco en el lado de más penumbra, era de montañeses, hombres y mujeres de aire netamente cabileño, que en ellos resacaban gruesas chulabas pardas y en ellas las ajorcas y pañuelos multicolores. En el grupo del otro lado se veían uniformes de jefes y oficiales del Ejército español, señoras de paisano y damas o señorita vestidas a la moda como en Madrid. El primer grupo tomaba té y café en silencio. En el segundo se conversaba animadamente con el acento andaluz de Málaga o Melilla. Cualquiera casual no iniciado que por allí pasase hubiera considerado que el primer grupo

estaba compuesto de cabileños acomodados en excursión a la capital, y que el segundo era una de tantas reuniones de funcionarios militares y civiles llegados de la Península. Sin embargo, los primeros eran actores de Madrid, caracterizados para ir a firmar, y los segundos eran musulmanes de Melilla de nacionalidad española, y de cargos por lo tanto, españoles también.

Porque al lado del fondo más numeroso de marroquíes de antecedentes sólo marroquí-islámicos, y de los españoles peninsulares corrientes, como los de cualquier capital de provincia, todos quienes hemos vivido en lo que antes se llamaba Zona jilifiana hemos conocido muchas personas de matices fundidos e intermedios. Así el núcleo más denso de los hijos de las antiguas familias de Tetuán proceden de familias de emigrados andaluces, y se llaman Torres, Castillo, Aragón, Bazza, Salas, etcétera, etc. Junto a estos oriundos españoles con nacionalidad marroquí, los oriundos marroquíes con nacionalidad española que nacieron en Melilla, Ceuta, Algeciras, etc.

DESDE GUZMÁN EL BUENO HASTA LOS ALTOS COMISARIOS DE TETUÁN

Los nombres de figuras sueltas conocidas son, sin embargo, más característicos que los de las familias en general; y entre todos siempre hay que referirse a San Fernando y Guzmán el Bueno, San Fernando o Fernando III, porque envió a un sultán marroquí un contingente de varios miles de guerreros cristianos que fueron el mejor apoyo de su autoridad en Marrakech. Alfonso Pérez de Guzmán, el Bueno, porque en 1286 era el jefe de la guardia del Sultán, cargo que desde entonces hasta fin del siglo XIX desempeñaron españoles (unos cristianos y otros musulmanes) de los cuales fué uno de los últimos un hijo del poeta Bécquer. Españoles asimismo los miembros del Cuerpo de Artillería Imperial que acompañaba a los sultanes en sus viajes, y cuyos cañones, por ser emblema del Imperio, tenían derecho de asilo para los perseguidos o pleyteantes que a ellos se agarraban.

Hubo también españoles que llegaron a ser generales en jefe de todo el Ejército marroquí. Así el cristiano Gonzalo Sánchez de Troncoses en 1309 y el morisco cordobés Solimán del Pozo en 1578. Al terminar el siglo XIX y comenzar el XX, una de las consecuencias de la aceleración de la crisis marroquí fué la desaparición de los elementos españoles en la cabecera de las tropas sultanianas, tropas que en 1912 dejaron de actuar como unidades autónomas desde que las ocupaciones de las zonas de protectorados quedaron a cargo de fuerzas de los Ejércitos español y francés, respectivamente. Pero en 1917, y desde Tetuán, el entonces teniente coronel Castro Girona organizó las primeras fuerzas nuevamente marroquíes, o sea las Mehal-las, donde las

voces de mando se daban en árabe y los jefes u oficiales españoles figuraban como instructores. Esas fuerzas que han sido luego desarrolladas y cuidadas por los altos comisarios de España constituyen ahora el núcleo fundamental del Ejército marroquí, en formación, con lo cual se reanuda la tradición nunca perdida desde el siglo XIII.

MARRUECOS COMO RESTO DE UNA ESPAÑA ARCAICA

Lo que más explica la tendencia a la reproducción de fenómenos históricos a través de épocas muy diferentes y con diferentes etapas políticas es, sin duda, la prolongación geográfica en el Sur de la Península Ibérica que, apoyada en los Pirineos, abre la mayor parte de sus salidas hacia el Atlántico. Marruecos entero queda intercalado entre las cuarenta y ocho provincias peninsulares y las dos provincias canarias que, a su vez, prolongan el Atlas tierra adentro, como en sentido inverso, y en otro borde el Rif y Yebala prolongan las serranías malagueñas granadinas y murcianas. Marruecos no es, por tanto, en el orden natural un país exterior, sino un intercalado, lo mismo que Portugal. Además de que por detalles de paisajes y usos regionales Andalucía se continúa por Marruecos, como Galicia se continúa en lo lusitano.

Fuó sólo la antes recordada simultaneidad de la desaparición del pequeño Reino granadino, a la vez que los impulsos de los Diveros Reinos juntos en las Coronas de Castilla y Aragón se volvían hacia América para colonizarla precisamente desde puertos andaluces lo que atenuó el parecido medieval. Mientras Sevilla y Cádiz se hicieron grandes puertos oceánicos mundiales con nuevos aires tropicales e intercontinentales, Marruecos se replegó sobre sí mismo, descuidando sus accesos marítimos y concentrando sus instituciones dentro de recintos de murallas que no sólo se cerraban a los extranjeros, sino a los campesinos de alrededor. Por eso en Fez, la gris, y Marrakech, la sonrosada; en Rabat, la blanca; Tetuán, azulada; Salé y Azamur, calladas al borde del oleaje, y Xauen, olvidada entre montes abruptos, quedaron quietas las modas andaluzas del siglo XV, tanto en viviendas como en indumentarias y en las bodas, la música, los dulces, las artesanías... Fué así Marruecos hasta 1900 un museo viviente al aire libre, resto de una España arcaica meridional.

Bajando desde esa especie de patio urbano cruzado por autos que es en Tetuán la plaza de España, y siguiendo las calles que en el uso del lenguaje español se llaman del Comercio y Postas, hasta la Puerta de la Reina (es decir, Bab al Oqla), la Escuela de Artes Artesanas, que fué obra del inolvidable pintor granadino Mariano Bertuchi, es siempre no sólo una meta indispensable de

atracción turística local, sino uno de los puntos centrales de la comprensión del fondo del Marruecos ayer como prolongación de la España que tuvo amoros y cristianos. Allí, y en el museo de enfrente, las policromías, los bordados y los reflejos de cerámicas o metales continúan técnicas procedentes del tiempo en que se hicieron la Alhambra o el Alcázar del Rey Don Pedro. Y en el Conservatorio de Tetuán se oyen a veces conciertos musicales de las composiciones que estuvieron de moda en Sevilla o Castilla cuando vivía Don Alfonso el Sabio. Pero el valor estimulante que todos estos recuerdos viejos pueden tener en 1956 no es el contemplativo, sino el de la vinculación. Pues lo esencial no está en la conservación de los restos pintorescos, sino en la trayectoria seguida por esa misma conservación. No importa sus bellezas ni saber cómo durarán, tanto como la procedencia. Es decir, que todo comenzase a orillas del Guadalquivir o el Guadiana, del Segura o del Tajo. Y que hasta los mismos factores (hoy diferenciadores entre Madrid y Rabat) de la lengua árabe y la religión musulmana arraigasen en Marruecos no desde Arabia ni desde Siria o Mesopotamia, sino sobre todo desde el Imperio arábigoespañol cordobés.

España fué el origen del actual Estado marroquí, pues a través de los poderes intermedios de almorávides y almohades, las instituciones sultanianas iniciales trataron de prolongar las jilifales cordobesas. Luego el Estado de los Sultanes meriníes marroquíes, fue influido por usos del de Granada. Los Sultanes saadianos aprovecharon todo lo que allí llevaron los moriscos; y, por último, la dinastía actual (que es la de los filáis o alauitas) alcanzó su apogeo desde 1672 a 1727 con el Sultán Muley Ismail, y organizó el Estado con Muley Mohamed Ben Abdallah, contemporáneo de Carlos III. Muley Ismail que tuvo por secretario imperial al andaluz tetuani Abu Hafs Omar Lucas (descendiente de Omeyas cordobesas), y Muley Mohammed, cuya Corte fué organizada por el gran chambelán alicantino Francisco Segura. Sin olvidar que los



Los transportes aéreos españoles prestan un excelente servicio entre Marruecos y la Península



Obsérvese la semejanza de los jardines de la Alhambra de Granada y de la Madrasa Udayas, en Rabat

últimos ministros del Exterior sultano antes del Protectorado fueron Feddul Garnit (granadino) y el prohombre tetuani Mohammed Torres, de antecedentes familiares malagueños.

LOS AMIGOS DEL ISTIQLAL

Ahora el primer ministro de Asuntos Exteriores de la nueva Independencia es Sid Ahmed Balafredj o Balafrex, cuyo apellido es el español de Palafox pronunciado con fonética árabe. Figura más representativa del movimiento reformador marroquí en Tetuán es, desde hace tiempo, la de Sid Abdeljalag Torres, nieto del célebre Torres de otro tiempo. Y el presidente del partido del Istiqlal (partido que viene marcando la línea central de la política marroquí) es Sid Al-lal el Fasi, ya muy conocido del público español por ese carácter político reflejado en entrevistas de Prensa madrileña, pero menos conocido como famoso literato, cuya producción figuran ya en las antologías de la poesía árabe al lado de los clásicos andaluces más famosos. Pues Sid Al-lal el Fasi procede de una gran familia de Fez que tuvo en Huelva un tronque más antiguo.

Algunos de estos y otros jefes del Istiqlal, así como varios del que luego ha llegado a ser el partido P. D. I., y además, fuera de Marruecos, otros orientadores de movimientos modernizadores en Túnez o Argelia, y también yo mismo, procedemos, en cierto modo, de los grupos de estudiantes y ex estudiantes que, llegados desde el Norte de África y agrupándose por afinidades de evocaciones, andábamos por París y Ginebra entre 1929 y 1933. Lo característico de los marroquíes entre todos estos grupos fué el empeño de hacer un Marruecos completamente nuevo para reemplazar los restos ya anquilosados del medieval (aunque sin despreciar su valor de antecedente). Esto quiere decir que su rumbo inicial no era solamente político, sino educativo, depurador del lenguaje, incorporador de las mujeres a la vida cultural, creador de empresas económicas cooperativas, etc. Sólo ante dificultades encontradas en la zona de Rabat tomaron los jóvenes de contactos parisienses o ginebrinos el rumbo, sobre todo político. Pero sin descuidar el educativo esencial, del cual fueron luego los mayores impulsores los orientadores del Istiqlal. Con los cuales yo fui, entre 1934 y 1940, el primer colaborador no marroquí en sus empresas culturales, tanto en Tetuán y Madrid como en El Cairo.

Desde entonces, los contactos

personales me han servido para comprobar cómo el Istiqlal, que en sus orígenes nació sobre un fondo de jóvenes de las familias más cultas en las ciudades más tradicionales (siempre con antecedentes de origen, en mayor o menor proporción, hispanomusulmán), al extenderse, desde 1953, sobre cientos y cientos de miles de adeptos, diluye el factor de selección inicial, aumenta su eficacia de acción. Así se dice ahora que el Istiqlal puede ser la sal que dé un nuevo gusto al cordamento político general nuevo. Y aunque eso no pase de ser una frase como otra cualquiera, parece evidente que la línea de la continuidad del Estado sultano de siempre había de seguir más o menos directamente la rufa del Istiqlal.

Y no ha de olvidarse que en esa línea no se trató nunca tanto de apoderarse de las instituciones como de reemplazarlas con las técnicas nuevas. Sid Al-lal el Fasi comenzó como depurador de la enseñanza islámica en Fez; sus parientes Sid Kebir el Fasi y Sid Mohammed el Fasi (ex rector de la Universidad medieval de Fez y actual ministro de Educación) han impulsado la enseñanza oficial, mientras Sid Ahmed Balafrex hizo surgir las primeras escuelas libres de Rabat; y en Tetuán, los jefes istiqlalistas Sid Abdeljalag Torres, Sid Taieb Bernuna y otros fundaron el primer Instituto libre de enseñanza árabe moderna. Eso revela el empeño de que la evolución política siga agarrada a las raíces educativas. Raíces clavadas en el terreno de la cultura hispanoárabe. Sobre la cual, el Sultán Mohammed V ha hecho notar que fué «una misma civilización de España y Marruecos».

ENTRE LA POLITICA NACIONAL Y EL TURISMO ANDALÚZ

Las nuevas tendencias de la vida privada renovada y rejuvenecida vienen a corroborar los rumbos de la política que han hecho nacer la corriente más fuerte del nacionalismo marroquí en sectores de antecedentes andaluces. Esas tendencias se refieren a lo espontáneo de los ejemplos de la vida femenina de las señoras andaluzas cristianas para sus vecinas musulmanas de Melilla y Ceuta o Tetuán, Casablanca y Tánger, así como la extensión del acento gaditano o malagueño en el hablar español de los musulmanes, y sobre todo la corriente de turismo, veraneos, vacaciones y viajes de ampliación que des-

de hace años ha hecho de Ronda y Torremolinos, de Almería y Lanzarón; puntos usuales: del ir y venir marroquí. Y cuando, al pasar el Sultán Mohammed V por Granada y Sevilla, le aclamaban allí grupos numerosos de sus compatriotas, eso probaba lo natural del impulso que lleva a los marroquíes nuevos hacia los puntos de origen de siempre.

También Madrid ah sido punto de residencia espontánea de políticos y profesores musulmanes del país sultano en años de crisis, y no como extranjeros alejados, sino dentro de la vida de los institutos de investigación, las bibliotecas, el Ateneo y las peñas de café de la Gran Vía. Entre la política nacional de los istiqlalistas (que representan la prisa) y la de los del P. D. I. (que llevan un ritmo más frenado) no hubo nunca diferencias en el ritmo de atracción del turismo andaluz o el descanso madrileño. Que tienen alicientes de cosa propia para los marroquíes modernizadores, porque en España se encuentra a mitad de camino entre la tradición y la renovación, entre lo árabe y lo europeo.

Así, dando la vuelta a través de todo lo que se debe decir como verdad española en Marruecos se desemboca en aquella afirmación tantas veces repetida entre los «africanistas» de Ceuta y Tetuán, de que ni Europa termina dentro de España, ni África comienza en los Pirineos, ni Marruecos es Occidente sin dejar de ser distinto de los países de la Liga Árabe; que desde los Pirineos al Sahara existe un puente natural tan europeo como africano, aunque original ante lo uno y lo otro. Esto lo reconocen los mismos árabes prímooorientales de El Cairo o Damasco cuando confunden a viajeros españoles con residentes marroquíes. Y por eso conserva la costumbre de unir los nombres de España y Marruecos dentro de un mismo título general, el de «Maghreb», «Mogreb» o «Poniente». Costumbre que, a su vez plantea el segundo campo de las verdades españolas entre el Estrecho y el desierto. O sea el norteafricano, que se extiende entre el Atlántico y esa ciudad de Tripoli cuyos vecinos conmemoran sus fiestas con paños de colores rojo y gualda.

Y en el rumbo norteafricano no sólo obran los factores políticos, sino otros de adaptación de núcleos humanos numerosos, como el de los súbditos españoles, que hay por decenas y decenas de millares en el sur de Marruecos, Argelia y Túnez. O el de las posibilidades de aplicaciones de técnica y técnicos de España dentro de las nuevas naciones berberiscas. Y también los espirituales de convivencias católicoislámicas.

EL MUSEO ROMANTICO ESTRENA DOS NUEVAS SALAS

UNA MIRADA
AL PASADO
DENTRO DE UN
AMBIENTE
FIELMENTE
CONSERVADO



Colgado en la pared de la Sala de Pelouche, figura este curioso bajorrelieve

EN el número 13 de la calle de San Mateo las margaritas nacen en julio. En el mes de la Patrona del Mar las flores blancas y amarillas empizan a asomar sus caras trazando un círculo alrededor del estanque que hay en el jardín del Museo Romántico. Allí, junto al agua verde que envuelve a siete peces de lomo rojo, cada mes tiene su flor: pensamientos en mayo, hortensias, en junio... geranios en agosto. Luego el invierno lo mata todo, hasta otro año. El surtidor se hiela en curvas y el ángel que sostiene una cala se pone su vestido transparente y frío.

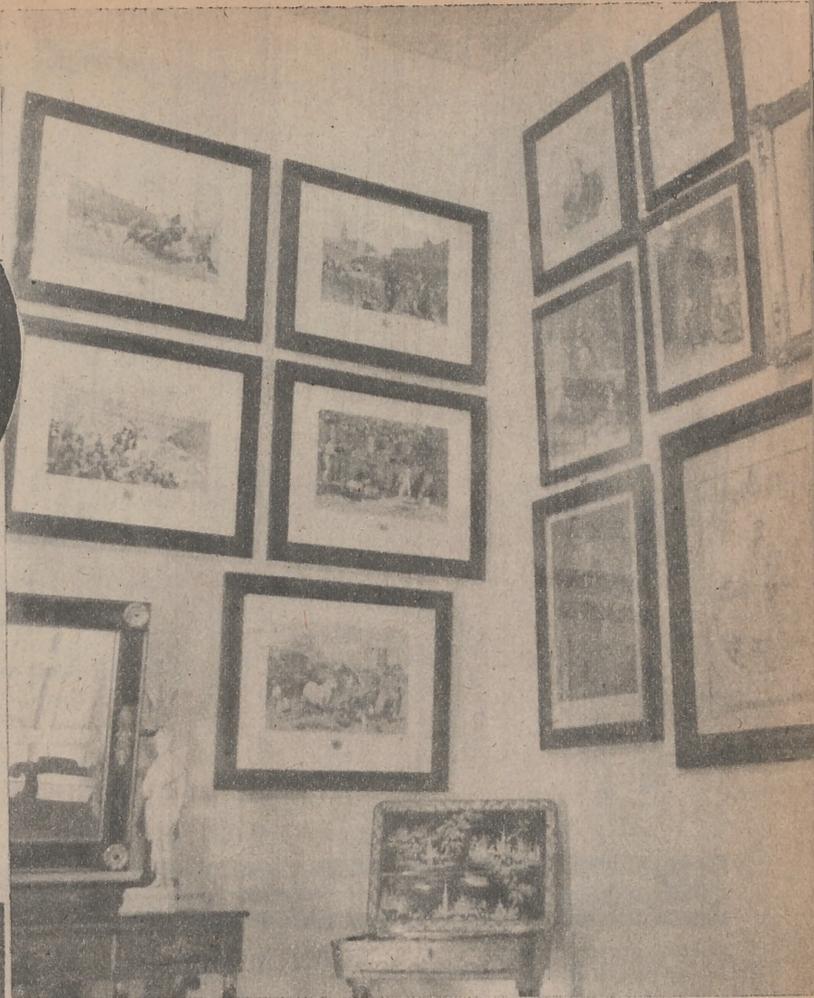
Pero en este mes de mayo de días calientes, de fiestas, de «sardos» y verbenas, de bullicio en la calle, en el viejo caserón construido en 1779 por el arquitecto don Manuel Martín Rodríguez, sobrino de Ventura Rodríguez hay como un pedazo de paz. Una paz densa fresca y solitaria, que se respira en cada sala, en los pasillos, en cada uno de los días patios. En las dos

nuevas salas que se han abierto a los visitantes esa paz desaparece. Las ventanas dan a la calle de Berencencia, que sirve de desahogo a la de Fuencarral, y a través de sus cristales, por las grietas que deja el balcón, entra el ruido de la ciudad. Además las salas son demasiado nuevas están sin terminar, y al entrar en ellas se siente la sensación de que el espíritu de lo viejo, de lo pasado, se ha detenido en sus umbrales.

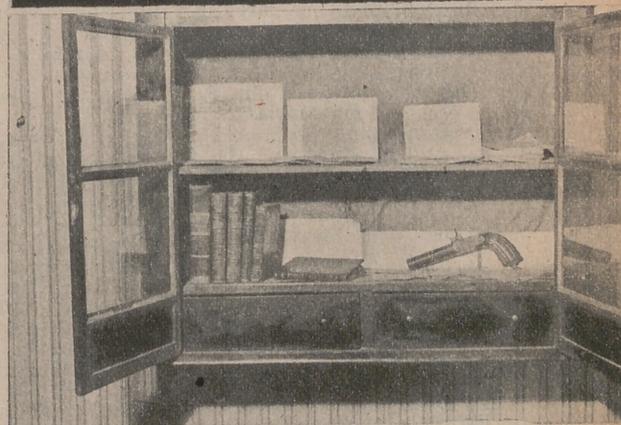
DOS SALAS NUEVAS DE UN TIEMPO VIEJO

—Después de la «Tauromaquia» de Goya, esta colección de grabados de temas taurinos es la más importante del mundo. Pero desconocida en España.

Mariano Rodríguez de Rivas me dice que son obra de Blanchard. Me da el nombre completo: Enrique Pedro León Faramundo Blanchard.



Grabados de toros, retratos, muebles, en un rincón del Museo Romántico

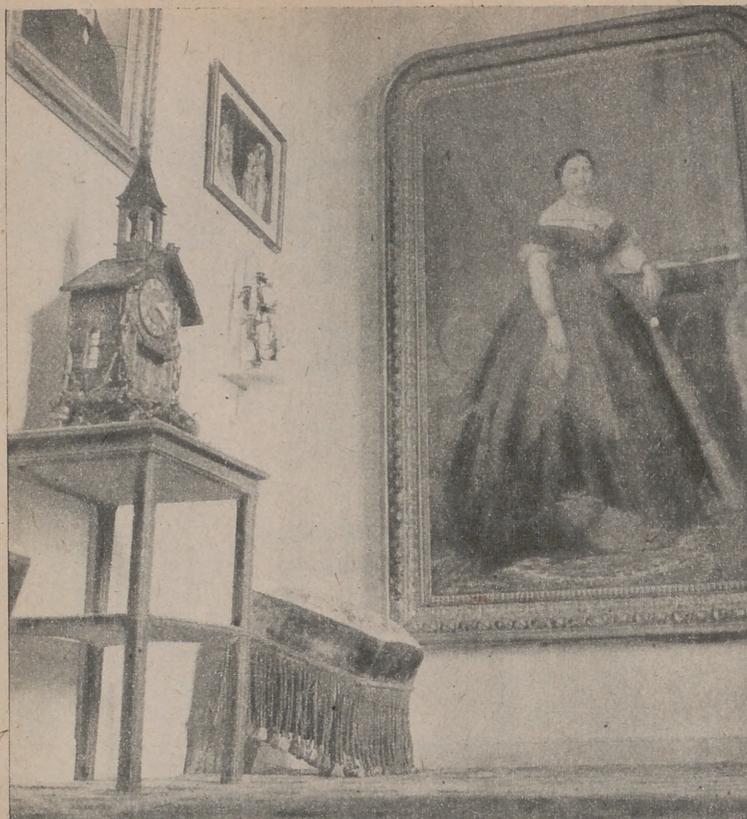


Autógrafos, libros de cuentas y la pistola de Larra

—Y ese otro, que parece haber sido hecho con mano temblona, es un retrato de Víctor Hugo. Mírelo bien.

Miro. Y veo que alguien, hace muchos años, escribió sobre un papel que ya amarillea la biografía del novelista francés. Palabras y más palabras de apretada escritura mohosa van dibujando trazo a trazo la cara, el pelo, el traje, del autor de «Los miserables».

Estamos en el Gabinete de Estampas, la primera de las dos salas que se han inaugurado el día 15. Mariano Rodríguez de Rivas, alto, delgado, habla despacio, se mueve despacio, aún no repuesto del todo de su reciente enfermedad. Se sabe «su» Museo desde el aldabón de la



Un rincón de una de las nuevas salas inauguradas en el Museo Romántico de Madrid

puerta ancha y clavetada hasta los bohardillones, allá arriba, pegados a las tejas. Paseamos desde el sofá al costurero filipino, desde la consola a la cómoda, entre los diecinueve lienzos que cuelgan de la pared. En ellos, figuras muertas de un mundo que ya pasó: dos litografías de rasgos caligráficos que representan a los reyes don Fernando VII y doña María Cristina; otra en colores de Isabel II. Frente a ellos, Napoleón III de Francia y Eugenia de Montijo. Un poco más allá otra vez la Emperatriz del canal de Suez y sus damas, obra de Winterhalter.

—Este retrato ecuestre de Prim lo compré en París por casi nada.

Es un grabado, obra de Regnault, autor del cuadro existente en el Louvre. Está dedicado, pero la dedicatoria aparece un poco confusa ya. En el grabado, el general Prim, joven, treinta años, montado en un caballo negro. Sobre un fondo revuelto, tormentoso, se destaca la cara del jinete, pálida, cansada, con algo de muerte y de guerra en la boca, en torno a los ojos. Es una pintura desagradable, ácida. A su lado contrasta otro retrato ecuestre del general, hecho por un ruso: Levy. Suave, delicado, en una eterna semipenumbra...

—El primer cuadro, el del francés Regnault, tiene su historia. Luego se la contaré.

Entramos en la otra sala. Detrás se quedan los duques Pedro y Mariano de Osuna, el conde de Toreno y San Carlos y San Fernando, clavados por el tiempo en las paredes.

Un automóvil pasa por la calle. Su bocina atraviesa los cris-

tales del balcón y se clava en el «pelouche». Bajo un retrato de Emilio Castelar, firmado y fechado por Nin y Tudó en 1891, un reloj estilo Selva Negra le marca el paso al tiempo. El reloj es como una armita, y cuando da las horas, un monje sale, y tirando de la cuerda voltea la campana. Entonces dan... las once. El reloj todavía marcha bien.

—Esta sala es muy distinta de la anterior. Es la más cercana a nuestro tiempo.

Dos retratos de don Basilio Chávarri y su esposa, doña Rita Romero, firmados por Angel María Cortellini. Dos litografías en bajorrelieve y muebles de la colección «Arte Moderno». Muebles modernos de aquella época. Las sillas no tienen respaldo y las patas de detrás son diez centímetros más largas que las de delante. El asiento queda inclinado y resultan incómodas. Con sus bordados espesos debieron ser algo así como el mueble abstracto de fin de siglo, pero ahora no se encontrarían en ninguna vivienda del poco romántico 1956. Del techo de la sala cuelga una bombilla del siglo XX. Aún no han traído la lámpara. Junto a la puerta, un cartel consuela a los desilusionados: «Sala en instalación».

—Poco a poco se irá rellenando. Lo último en entrar aquí han sido esos dos candelabros.

Frente a la entrada, en una pared, se muere una monja. Y la defunción la firma Amutio. Poner marco a ese cuadro fue un problema. Ningún color le iba bien. Después de muchos ensayos, se halló la solución: la «monja muerta» debía descansar

en un marco de terciopelo negro.

La monja se queda allí, blanca, negra y callada.

LA HISTORIA DE UN HOMBRE CON HISTORIA

De las salas recién estrenadas volvamos hacia la escalera y el zaguán. Reandar esos salones, esos pasillos es como dar un salto atrás en la historia del romanticismo buscando el origen y la razón de ser del museo. De cuadro en cuadro, de mueble en mueble, se va preguntando hasta llegar lo que debía ser el principio.

—¿Quién fundó este museo?

Estamos en el zaguán, fresco y oscuro. En el fondo, el jardín con su fuente en el centro. Ante la cancela, el busto del marqués de la Vega-Inclán, esculpido por Benlliure en 1931.

—El fue.

Un 29 de junio de 1858 nacía en Valladolid el que más tarde sería militar por tradición y artista por vocación y sentir Ochenta y cuatro años, seis meses y veintitrés días después moriría en Madrid, en el día de Reyes de 1942. Entre esas dos fechas, sus actividades tienen siempre una índole creadora. En ellas se trasluce su afán de protección a todo lo que su sentido artístico le avisaba que desaparecería. Quiso demostrar que España podía y debía conservar su tesoro artístico. Y se lanzó a la aventura de rescatar, rehacer, conservar y reconstruir todo cuanto tuviese algún valor. Tenía dinero y tenía amigos. Don Alfonso XIII era uno de ellos, lo mismo que el conde de Benalúa. Compró cuadros en España y fuera de ella, ordenó que se restaurasen y en 1906 creó la Casa del Greco. Era el primer paso. Tres años más tarde, expone las obras del pintor griego en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En 1910 abre al público la Casa del Greco. Ya nadie le toma por un loco.

O en todo caso un loco patriota. En el año 12 reconstruye la Sinagoga del Tránsito, de Toledo. Un año antes había creado la Comisión Regia del Turismo. Desde entonces hasta 1914 prepara una Exposición que lleva a Londres poco antes de que estalle la primera guerra mundial. Vuelve a España con su Exposición del Turismo y la da de lado de momento para rescatar e inaugurar en 1916 en Valladolid la Casa de Cervantes.

Después, ocho años de búsqueda, de un trabajo minucioso, comprobando, clasificando... En 1924 inaugura el Museo Romántico en el palacio de la calle de San Mateo. Dió las 86 pinturas que sirven de base a todo lo que hay ahora.

Y en la piedra, el marqués de Vega-Inclán tiene aspecto de persona serena, bien equilibrada, tras sus gafas. Rodríguez de Rivas dice que tiene cara de académico. Podía tenerla. En 1927 es elegido miembro de la de la Historia, y en 1940, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En ese mismo año comprende que la medida de su

vida se está llenando, y hace te-
tamento.

—Legó todo su patrimonio a fa-
vor de las Fundaciones que le-
varió.

Llaman a la puerta. Un hom-
bre y una mujer entran. Pagan
una peseta cada uno, compran
un catálogo, veinte pesetas, y
empiezan a subir la escalera.
Hablan, y las palabras quiebran
flotando tras ellos. Son hispano-
americanos. Suben despacio, de-
teniéndose en cada escalón gua
en mano.

—Vienen muchos y muy a me-
nudo. Lo primero que hacen es
preguntar dónde está la sala de
Larra.

CUANDO EL CANAL DE ISABEL II ERA EL ACUE- DUCTO EN LA SIERRA

En la vitrina se lee toda una
pequeña historia. Allí está su
doble personalidad: la de bur-
qués ordenado, cuentas de la casa,
pequeños recuerdos, y el del
hombre inadaptado a su tiempo
que acaba por suicidarse: la pis-
tola.

La habitación está empapeada
y sobre el papel a rayas, su
retrato, mirada fija, se ve acom-
pañado de los de Francisco Mar-
tínez de la Rosa, Eulogio Floren-
tino Sanz y Manuel Bretón de
los Herreros. Sobre un «recre-
ter», dos floreros, un reloj ilu-
minado (por dentro con una vi-
la), y distribuidos por el cuarto,
un velador de marquetería y seis
sillones completan el mobiliario.
No hay más. Todo ello sirve de
marco al recuerdo de Mariano
José de Larra.

Volvemos a recorrer el camino
que ya hicimos. Es un paseo sin
orden. Una pregunta, una frase,
nos llevan de una sala a otra,
saltando de idea a idea. El tiem-
po de fuera no cuenta. En el
tiempo de aquí dentro, en el
tiempo de los fantasmas, no hay
más medida que la de los re-
cuerdos. Recuerdos a veces un
poco pintorescos.

Atravesamos un pasillo de pun-
ta a punta. En el extremo, tras
una puerta enristalada, se halla
el cuarto de aseo que el Rey Don
Fernando VII se hizo instalar en
el Museo del Prado. La habitación,
con las mismas medidas que en el
Prado tenía, es amplia, sin ven-
tanas. Esta clase de habitaciones
no fueron tan privadas en otros
días como lo son ahora. En ellas
se despachaba y se recibía a los
altos dignatarios. Su carácter ín-
timo no estaba planteado con mi-
ramientos. Eran gabinetes cons-
truidos para una larga permanen-
cia en ellos, y en éste de Fernan-
do VII, el bronce y la caoba se
asocian en muebles y adornos.
Una jarra, una jofaina, un cepi-
llo, la caja de polvos para los dien-
tes, un esenciero y, en un estu-
che, cuatro vasos de cristal de
Bohemia.

A nadie se le ocurriría hoy en
día tener en su cuarto de baño
una vitrina colgante, broches, se-
llos, tarjeteros, pulseras de cabe-
llos trenzados... Y creo que tam-
poco un velador de plata, con su
servicio de refresco.

En las paredes hay cuadros.

Unos dibujos y una acuarela de
Ertz Henriete y un marco con la
muestra del mosaico «en el retrete
de S. M., del Real Museo».

—Mire, ahí tiene el origen del
canal de I aben 11.

Dos cuadros de Cabañero. En
uno, «El acueducto de la sierra
en 1859», y en otro, «El pontón
de la Oliva, 1859». Son las obras
iniciales del Canal de Isabel II.
Con él quedaría apagada la sed
de agua que Madrid sentía desde
hacia siglos.

—La Reina, esa Reina de los
Tristes Destinos, también tiene
su sala. Su saleta, mejor dicho.
Está a la entrada.

Retrocedemos. En la sala, del
siglo XVIII los hispanoamerica-
nos, muy juntos, contemplan un
retrato de la Reina María Luisa
atribuido a Goya. Después se des-
cubrió, hace ya tiempo, que no
era tal Goya. Pero tiene algo del
pintor baturro: los ojos ratoniles,
el ademán popular y real al mis-
mo tiempo... A su lado, Goya, en-
cerrado en un marco, obra de Co-
tanda.

—Cotanda era el tallista real.
Este marco es uno de los mas va-
liosos que tenemos en el Museo.

Nos habíamos olvidado de Isa-
bel II. En la Saleta de la Reina,
bajo el techo pintado por Juan
Gálvez, son el pabellón de un
quiosco oriental, odaliscas y sul-
tanes, la guerra de Crimea..., las
paredes están estucadas en verde.
Allí está la niña Reina, con muy
poco de niña.

—Los partidarios de Doña Isa-
bel tenían que tener una «Reina»
que oponer a Don Carlos. Por eso
la pintó Vicente López sin ternu-
ra infantil.

Como una mujer enana. Una
mezcla curiosa: mujer-niña-Reina,
que pretende serlo todo y no da
más sensación que de dolor. Nin-
gun niño, ni aun el más «jaimi-
to», ha tenido nunca esa expre-
sión de viejo marrullero. Hasta en
la pintura se mete la política.

La consola es de la época de

Fernando VII y también es de ese
estilo la sillería de caoba, con una
moldura dorada. De esos muebles
sobrios, rectos, habrían de salir las
curvas del estilo isabelino. Sobre
la consola, un barro representa a
la Reina Doña María Cristina y,
en sus rodillas, a su hija Doña
Isabel. Este barro se compró en la
subasta de los bienes de la Infan-
ta Isabel, hija de Isabel II. Dos
floreros decorados con los retra-
tos de las dos Reinas románticas.

EL CUADRO QUE NO GUSTO A LA DUQUESA DE PRIM

—Por aquí, ¿Le gustan los jue-
gos de niños?

Cuatro lienzos de José del Cas-
tillo, pintor madrileño del si-
glo XVIII. Niños raros en sus ves-
tidos, pero normales en sus jue-
gos: el chito, el peón, los bolos...
En el cuarto lienzo se convierten
en esos niños que todos hemos
despreciado íntimamente alguna
vez: los niños buenos que tocan
el arpa o el violín, pero sin ale-
gría, con la misma expresión de
alguien a quien le están sacando
una muela...

—Eran los niños de aquella
época.

Sí. Luego se suicidaban.

En una pared, sobre otro lien-
zo, España e Inglaterra se alían
contra Napoleón. Tres figuras; el
español y el inglés, nobles. El
francés parece el precursor de los
apaches de París. Pero el pintor
le puso un manojito de vitoras en
lugar de pelo. Sin embargo, el
Peñón de Gibraltar no aparece
por ninguna parte.

—¿Sabe usted dónde está la ca-
lle del Casino?

Me suena a Embajadores. Ma-
riano Rodríguez de Rivas asiente.

—El techo de esta sala procede
del Casino de la Reina. Era una
finca de recreo que la villa de
Madrid regaló a Isabel de Bra-
ganza. Estaba donde hoy está la
Facultad de Veterinaria. La calle
del Casino está detrás. Todavía



Cientos de pájaros acuden cada día a este
jardín del Museo Romántico



Una mesa y un quinqué, evocadores de la época



Un curioso cuadro hecho con pelo de una romántica señorita

tiene el nombre que se le dió entonces,

Quizá lo más notable de la sala sean el techo y la alfombra, arri-



Otro de los cuadros que figuran en las nuevas salas

ba y abajo. La alfombra tiene un doble interés. Conserva el dibujo y el color vivo a pesar de los años, y es una de las escasas muestras que quedan de la Fábrica de Tapices de Santa Bárbara, de Madrid.

Debajo de los asientos de la sillería filipina, trabajada con técnica semejante a la de los mantones de Manila, se lee todavía el nombre del constructor: «De la fábrica de Gregorio Mateo, Adornista, establecido en la calle de la Bola, número 6.» Compagina muy bien con el reloj de alabastro colocado encima de la chimenea de mármol, bajo una cornucopia de talla barroca. Sobre una mesita, dos fanales protegen las figuras de Clio y Urania, vaciadas en yeso...

Me quedo pensando cuánto tiempo habrá llevado al tallista la cornucopia. Y la sillería. Pienso que tenían mucho tiempo o les pagaban muy mal. También pienso que puedo estar equivocado. Entonces me acuerdo de la historia que prometió contarme el director del Museo, y se la recuerdo. —¡Ah, sí! Venga, tenemos que ir a la sala de Prim.

Atravesamos el salón de baile, la habitación más grande del antiguo palacio, de línea tranquila, con sus cinco balcones en el piso superior. En la fachada, el escudo del propietario de la casa en 1850, don Francisco de Paula Fernández de Córdoba, conde de la Puebla de Maestre.

—Mire, en este retrato, Prim tenía treinta años y acababa de ser hecho vizconde del Bruch. Eran los tiempos de 1844.

Prim, alegre, joven, combativo en la guerra y en la paz. Esquivel le retrató sobre un caballo blanco, como de porcelana. Un caballo falso, manso, gordo, bien alimentado.

—Cuando me hice cargo del Museo, esta sala estaba casi vacía. Tenía el retrato y la sillería, regalo de Juan Ramón Jiménez. Compré las cortinas, el piano, ese busto de mármol, fechado por Antonio Solá en Roma, en 1847, y ese otro de la duquesa de Prim. Ese lo compré en el Rastro.

Luego me cuenta la historia del cuadro aquel de Regnault que vimos en la primera de las dos salas recién inauguradas. Lo encargó la duquesa, entonces vizcondesa, y el pintor francés retrató a un Prim que oía a batallas, a sangre, a muerte. Sobre un caballo negro y fuego, el general parece la guerra misma. A la duquesa no le gustó el cuadro. Pagó a Regnault su estancia en Madrid, y en lugar de pagarle también el cuadro, se lo devolvió. Para ella el general no era así. Seguramente porque el artista había retratado algo más que un hombre. Regnault recogió su tela, la enrolló y se volvió a Francia. Hoy, el mejor cuadro de Prim existente en el mundo está

en el Museo del Louvre, y cuantos esfuerzos se han hecho para trasladarlo aquí han sido inútiles. Es natural. Francia no lo cede a ningún precio.

Ante el busto de la duquesa de Prim, Mariano Rodríguez de Rivas se detiene ceñudo.

—Para matarla...—dice... ¿Se da usted cuenta? También en arte nos tienen que pasar estas cosas.

Luego, quizá con la visión del cuadro de Regnault en lo hondo de su ser, sus pasos cansados toman otra dirección.

EL CANARIO QUE CAMBIO DE LUGAR

Al pasar ante la capilla veo un espacio vacío. Allí hubo un cuadro.

—Es el «San Gregorio Magno», de Goya. Lo hemos cedido para una Exposición que se celebra en Burdeos desde mayo a junio. Otros dos cuadros de José del Castillo también han ido allá. Cuando la Exposición, que se llama «De Tiepolo a Goya», termine, los volveremos a colgar en su sitio. Los echo de menos.

En la sala Real, los dos hispanoamericanos discuten bajo la mirada curiosa del conserje. Con el catálogo en la mano van de un lado a otro, dándose o quitándose la razón. La mujer disfruta con las equivocaciones del hombre. Junto al balcón abierto, cuelga una jaula dorada. Dentro, un canario pone algo de vida entre aquellas caras muertas. En el patio, entre las ramas del magnolio que ha crecido buscando el sol, los gorriones dan saltos pardos de hoja a hoja.

—Canta muy bien. El año pasado ganó el segundo puesto en un concurso de canto. Lo hemos puesto aquí para que esté cerca de los otros pájaros.

Le digo que lo pongan en otra parte, y me mira extrañado. Cuando le explico porqué deben colocarlo en otro lugar, coge la jaula y anda hacia la puerta. —No lo sabíamos. Creímos que le vendría bien oír a los gorriones.

Se marcha balanceando un poco la jaula. Por el balcón entra un rayo de sol oblicuo, que baña las piernas de un niño dormido, escultura de mármol firmada por Piquer, fecha, 1855. Fernando VII me mira dentro de un nazo enorme, en la pared del fondo. El Rey tiene de todo: espada, cetro, la liga de la Orden de la Jarretera, el collar de la Orden del Toisón de Oro, el manto de la misma Orden condecoraciones, terciopelos... Parece un muestrario.

—Foxá dice que está tan completo, que sólo le falta el cepillo de dientes.

El canario ha quedado en el salón de Baile. Allí estará bien. Aquí frente a nosotros, las cuatro mujeres del Rey-anuncio: María Antonia de Nápoles, Isabel de Braganza, retratada por Nicolás García; María Amalia de Sajonia; poesías, lágrimas y rezos, y María Cristina de Borbón.

Frente a ellas, la única hermana de Isabel II, la infanta Doña Luisa Fernanda, y su marido, el duque de Montpensier. Miniaturas, vitrinas, el piano (parecido al que se conserva en Aranjuez), regalo de la Emperatriz Eugenia a Isabel II; floreros, un joyero con

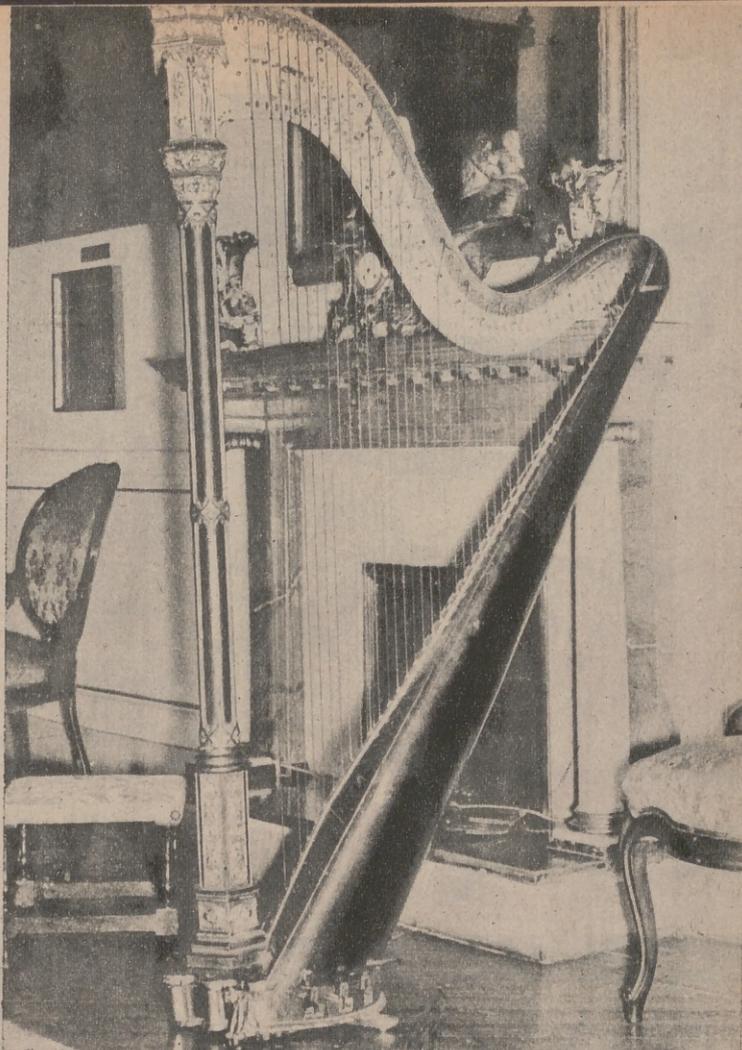
las armas de la Casa de Borbón...

Es tarde. La conversación, rápida y sostenida a ratos acalorada, de la pareja visitante, se oye ahora en la saleta de Madrid. Una habitación cuya instalación costó el señor Moreno Torres, conde de Santa María de Babío, Alcalde de Madrid durante algunos años. Son estampas del Madrid del Romanticismo. Escenas y edificios se ven retratados en los grabados, litografías, cerámicas y lienzos. Platos, bandejas, bordados, un marco con cuatro miniaturas hechas sobre plata. Todo aquí es Madrid. Otra consola, y sobre ella, un plano de Madrid con la lista alfabética de las calles y plazas que existían en aquel tiempo.

MADRID 1956

En la calle de San Mateo, en este otro Madrid de 1956, los autobuses riegan los adoquines con humo. En el cruce con la calle de Fuencarral, el guardia pita, y los coches pasan. A mi lado, dos jóvenes hablan de la bomba «H». Un hombre, con una cartera bajo el brazo, enciende un cigarrillo del siglo XX. El Museo Romántico, con sus patios, sus cuadros, sus porcelanas y sus recuerdos, ya es pasado. Un pedazo de pasado sobre el que se dirige de vez en cuando miradas de curiosidad y alguna que otra pregunta. Pero la gente pasa de largo. Algunos irán a retratarse en el fotomatón que hay a la vuelta de la esquina, sin caballos, sin cetros ni espadas. En una tasca, cuatro chicos juegan al fútbol y la radio cuenta: «...son los años, mi amor, son los años...»

Gonzalo CRESPI CARCAR
(Fotos Cortina)



Junto a la chimenea, el arpa de las veladas a la luz de las lámparas después del chocolate

SE PUBLICA TODOS LOS SABADOS

EL GRAN SEMANARIO ESPAÑOL DE LAS ARTES Y LAS LETRAS

Cada semana encontrará todas las novedades de la vida literaria y artística. Informes de editores, notas de librerías, Exposiciones, noticias del teatro, el cine, el circo. Discoteca, entrevistas reportajes. Correo Nacional, Valija del Exterior, etc., en LA ESTAFETA LITERARIA

Suscripciones: Un año, 100 pesetas; seis meses, 50 pesetas
Dirección y Administración: Montesquiza, 2, Madrid

2
PESETAS
CADA
SEMANA



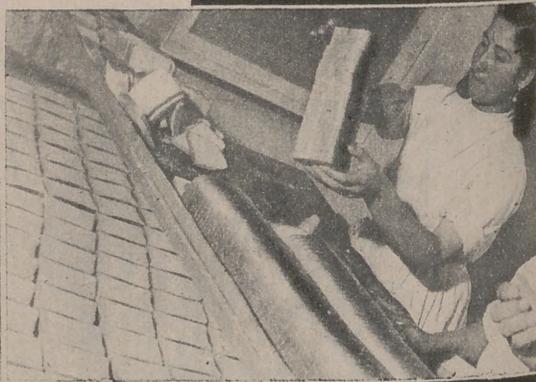
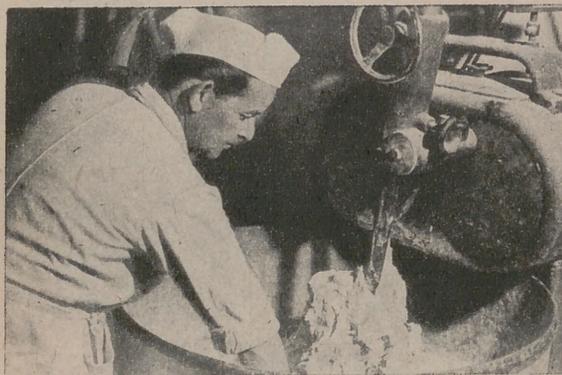
El técnico bromatólogo comprueba muestras de cada hornada

**EL FABRICANTE PASIEGO
QUE HIZO FAMOSA
EN TODO EL MUNDO
SU FIRMA COMERCIAL**



Don Francisco Gómez Cobo,
fundador de la industria

PAN Y SUEÑOS DE UN ESPAÑOL EN FRANCIA



Entre la primera operación y la última, todo un proceso de exactitud

ESTE sí que es un hombre ejemplar. Don Francisco Gómez Cobo, natural de la Vega del Pas, en Santander. Hombre humilde, de familia humilde, perdido, casi borrado entre la niebla perenne y húmeda de un valle del Norte, sin medios para lograr una formación sólida, isla de voluntad y de buen ánimo, su biografía es hoy, como su obra, multiforme, sinfónica. Mucho es lo que hizo. Creemos que España es lo que un español hace dentro de nuestra geografía o fuera de ella, y no hay duda que la tarea de este gran don Francisco, al margen del matiz anecdótico o específico que la califica, es tarea patriótica.

PRELIMINARES DEL PAN

¿Cuál es la vida de este individuo desde la fecha de su nacimiento en 1888 hasta la edad

cumplida de quince años? Vive al ritmo vegetal de su valle, aunque no se adapta por completo a él. Yo imagino qué pensamientos fabulosos arrancarían a su espíritu esquivas de aventura. Vedle, sentido al borde de cualquier camino, encaramado en aquel o en el otro peñasal. Tal vez, lejos, sonara la esquila lentísima de los enormes bueyes pasiegos. Lejos. He aquí un concepto desesperadamente inaccesible para un niño del Norte. Allí, el hondón del valle o el sucio algodón de la niebla suprimen la menor señal del «lejos». Pues bien. Esta imposibilidad de lejanía es para el norteño su mejor fortuna. Busca la lejanía en sus sueños y el ansia de peregrinar se le vuelve, como los sueños, incontenible.

Don Francisco ha cumplido quince años. El sueño y el músculo están dispuestos. ¿Qué hacer? Porque sin duda hay que hacer

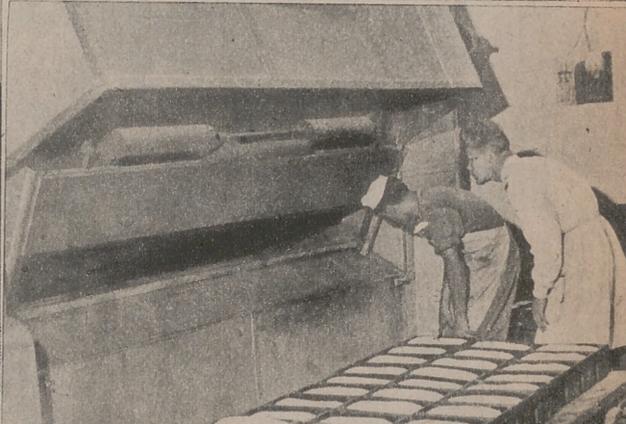
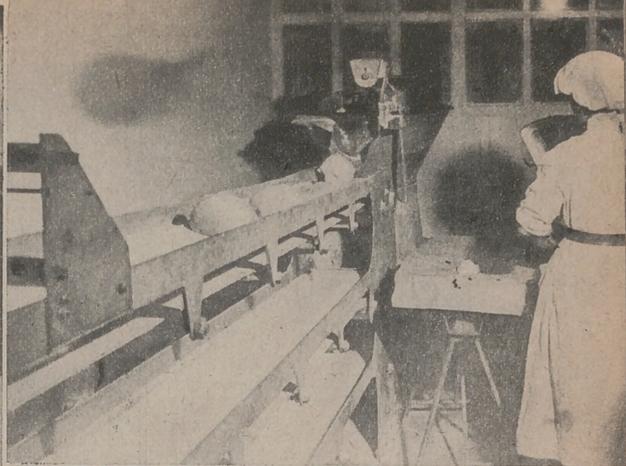
algo. Hay que vivir. ¿Y qué es vivir? Ahí se halla la clave de toda personalidad humana.

—Me voy. Irremisiblemente, me voy. Me voy a Francia.

Pudo haber dicho: «Me voy. Me voy a las Indias.» Y hubiera sido lo mismo. La cuestión es que se iba, que comenzaba la aventura, que los sueños habían llegado a la sazón. Nada más. Un adolescente se iba de su valle.

FRANCIA. PRIMEROS COMPASES

Francia, me parece a mí, es demasiado grande como para no atemorizar a un adolescente. Un hombre tiene la obligación, de vez en cuando, de sentir algún temor. Sobre todo, cuando inicia la laboranza de sus sueños. Francisco —vamos a llamarlo así, ya que aún es un niño— no va a conquistar Francia. En el fondo, ¿para qué quiere a Francia? Va a con-



Tres momentos en la fabricación del exquisito pan

quiltarse a sí mismo, y perdón por la redundancia. La redundancia es fuerza. Va a conquistar sus sueños, que no caben en el vallecico de Pas. Y, sin embargo, en el fondo, en el íntimo y caluroso fondo de sus sueños, alejará siempre, como una alondra herida, el breve, melancólico paso de la esquila, o el triste y largo mugido del buey que viene de beber. Yo creo que pasa así siempre, allá, en las Indias, o en Francia.

Los primeros compases los da un poco a la deriva. Trabaja aquí y allá. Ahorra. Tal vez, algún día, no puede comer. Luego se rehace. El trabajo continúa. Por fin, un día, ante la oportunidad esperada, casi presentida, compra una minúscula fábrica de obleas en el norte del país. Don Francisco —porque ya es don Francisco— se ha convertido en propietario.

Escribe urgente al vallecico. Ya hay algo que se pueda ver. Es algo suyo. Y llama junto a él a su hermano Fernando. Juntos comienzan la batalla. Es necesario tener en cuenta las dificultades que, en principio, se le presentan a un aprendiz de industrial en

cualquier país que no sea el suyo. En el aspecto primordial de la competencia, su producto será siempre más propicio a la desconfianza. Por otra parte, no posee raíces serias en la sociedad, en la tierra. Prácticamente, es un advenedizo, y, en último término, carece en absoluto de clavos ardiendo a que agarrarse. Por eso, aquella pequeña fábrica de obleas pasó por instantes de angustia, salvados a fuerza de pericia.

La fábrica parece mantenerse. Se impone dar paso a un nuevo proyecto. Exactamente al segundo. Don Francisco se asocia con una fábrica de belgas y otra de italianos. Las dos fábricas se hallan instaladas en Bélgica. De pronto, un día, don Francisco aparece dirigiendo las tres, desde la suya en Francia. Su capacidad de timonel fué reconocida. Bien. Estamos alrededor de los años 1911 y 1912. El negocio parece prosperar, extenderse. Con su hermano Fernando, codo con codo, como en un parapeto, se defiende a las mil maravillas, ensayando alguna vez incursiones, de las que trae presa apetecible.

Y llegamos a 1918. Se deshace

la Sociedad, y los belgas e italianos se van cada uno por su sitio. Inmediatamente surge, como de la nada, una de las virtudes capitales del hombre de negocios, que revelan instantáneamente al vencedor nato. Al que vencer, el hecho de vencer, le es connatural. La virtud es ésta: examinar la retaguardia. Con otro lenguaje: obligar a que todo dependa y gire en torno, hora a hora—asi, literalmente—, de la contabilidad. No se diga que esto es descubrir el Mediterráneo. Veremos más adelante hasta qué punto el olfato genial de este español en Francia se adelantó a las prácticas de contabilidad moderna, dentro de la estructura económica más sólida de todos los tiempos: la de los Estados Unidos de América.

CARACTERES DEL HOMBRE Y SU COMENTARIO

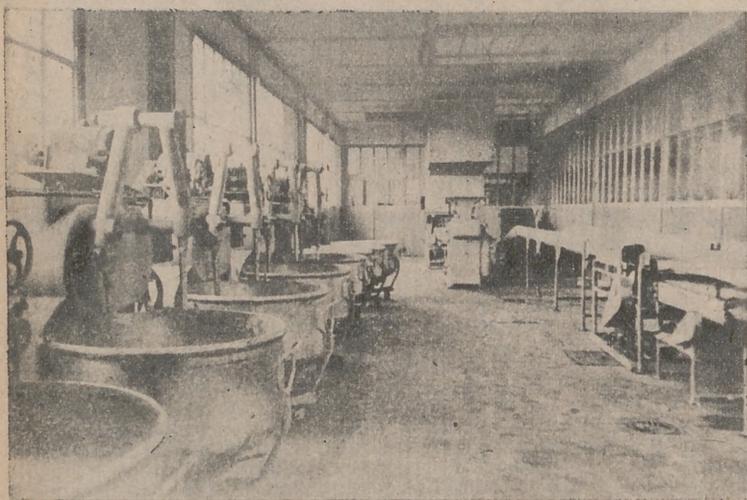
Sigamos. Una vez deshecha la Sociedad, antes de continuar la lucha con sus únicos medios, hace recuento de fuerzas. Total: negocio importaba entonces 700.000 francos. Como si dijésemos, el vallecico de Pas contaba



Elaborado el producto se envasa y expide al mercado



El señor Pajares y su esposa conversan con nuestro redactor.



Batería de amasadoras en la fábrica de Toulouse

ya con 700.000 francos. No estaba mal. Abandona un poco la brecha abierta en su clientela a fuerza de provocar sustos en sus competidores, y da paso a un nuevo proyecto. Exactamente, al tercero.

Paris atrae. Es inútil que nos cansemos. Paris atrae. Y allí, en Paris, compra otra fábrica, raíz industrial de su gran obra de hoy. Aquella primera fábrica parisina era también pequeña. Su extensión era de 1.200 metros cuadrados. Hoy, la gran obra de hoy, alcanza 10.000 metros cuadrados edificadas.

Apoyado su negocio en el norte y en el centro radical del país, sus golpes cobran efectividad. Su firma pasa y entra definitivamente en el juego mortal de la gran industria. Llega ahora un periodo de trabajo impropio, en el que su perfil de hombre voluntarioso cobra su más noble y efectiva expresión.

Desde que comienza su biografía hasta que acaba, su voluntad, siempre en punta, casi agresiva, no reconoce pausa ni tregua. Utilizando términos pugilísticos, don Francisco sería un pegador nato, un «duro», un hombre de batalla.

Lentamente, sus fábricas de galletas y obleas fueron espesándose, cobrando volumen, recorrián-

dose como un área vigorosa y próspera. Y también, en su íntima área parisina, fué reproduciendo su valle, el de los suaves olores. Allí se casó don Francisco con una pasiega. Y pasó el tiempo, y todos trabajan en Rue de la Pompe, 145, hogar de pasiegos.

Así, trabajando, llegó al año 39. Año peligroso. El Gobierno francés aconseja a los industriales la descentralización urgente, con objeto de evitar que un solo golpe acabe con todo de una vez. Buen consejo, en efecto. Don Francisco se apresura a cumplirlo. Y va hacia el Sur. Otros muchos no pudieron aguantar atmósfera distinta a la de Paris. Cayeron bastantes. Sin embargo, nuestro hombre se hallaba, tal vez, más fuerte que nunca. Y fué hacia Avignon. He aquí otro trozo de Francia conmovido por el fuerte pasiego. Avignon, a 100 kilómetros de Marsella, contempló y fué testigo y parte de la otra batalla del español. Fué precisamente aquí donde comenzó a palpar uno de sus más venturosos sueños. Y soñó, para el futuro, cubrir industrialmente todo el sur de Francia y erigirse en el primer comerciante de las colonias. Por entonces, era el tercer fabricante de galletas. Soñaba pa-

ra el futuro con una limpieza y una claridad impropias de los sueños. Y he aquí otra característica sustancial de este hombre. Don Francisco carece de la menor ilusión para el futuro. Lo ve como es. Naturalmente, quien ve de tal modo, lleva bastante adelantado.

CULMINACION: EL PAN

Lo que para la mayoría constituyó una catástrofe, para don Francisco fué todo lo contrario. Vió en su torno extinguirse negocios prósperos ya en el tiempo que aún andaba a pájaros en el inolvidable vallecico de Pas. Era el tiempo de la guerra. En este tiempo las dificultades se multiplicaban hasta el infinito. Los racionamientos, la escasez, cuando no la falta completa de material, convertían en un puro equilibrio el diario negocio, a punto siempre de transformarse en todo, en cualquier cosa, menos en un negocio.

La consecución de cupos durante la guerra era empresa ardua. La mayor parte de los fabricantes que lograban hacerse con una asignación a través del duro juego de la competencia, retrocedían hasta el lóbrego campo del «mercado negro», tras el señuelo de pingües ganancias. Ganancias posibles en un momento histórico totalmente anormal. Aparte de toda consideración ética, de continuo presente en el ánimo de don Francisco, había además otra razón por la cual evitó siempre el «mercado negro» y sus alrededores. Y tal razón era la anomalia del momento. ¿Y después? Vió claramente. Jamás se le presentaría una oportunidad como aquella. Era, por otra parte, fácil para quien, como él, estaba acostumbrado. Consistía simplemente en portarse decentemente. En ser un hombre honrado.

En efecto, libre de competidores, la clientela era suya. Así, los cupos obtenidos los distribuía entre sus clientes, asegurándolos para un futuro irremediable.

Y así ocurrió. Y la guerra, por medio de la conducta observada en ella, fué otro gran salto hacia adelante.

Llegamos ahora a un nuevo campo de acción. Toulouse. Allí compró—¿cuántos van ya?—un negocio de galletas de cierto tipo, galletas que los franceses llaman «en su aspecto industrial». Y, señores, atención: Allí creó la primera fábrica automática de biscotel. La primera en Europa. Señores, no hay sino decir: ¡Viva España y viva el biscotel! Año de gracia de 1950. Uno, la verdad, se emociona ante esto. Uno lleva ya bastante moviendo la pluma de un sitio para otro en busca del pan. Y he aquí, de pronto, que lo hallamos en la narración. Bendito sea Dios. Nunca faltan compensaciones. Además, se me ocurre decir que don Francisco sí que gana el pan con el sudor de su rostro. Así como el escritor es el único ser que suda verdaderamente tinta cuando trabaja, don Francisco lo que suda es pan. Y nada más que esto.

DISCURSO DEL PAN RADIANTE

Del año 1950 acá, la obra que logró alzar de la nada—o sí desde un sueño—ha culminado en frutos óptimos y radiantes. La vo-

luntad del pasiego continúa impulsando la labor. Ha conseguido hacer trabajar a sus fábricas veintidós horas seguidas, produciendo 300 kilos de pan a la hora. Hagan cuentas y verán lo formidable que es esto. Don Francisco, entre las harinas, el azúcar, materias grasas, huevos, etc., así, por las buenas, viene haciendo Patria desde que empezó a soñar en su valle al arrullo de las esquilas. Y, súbitamente, el largo sueño se le vuelve, como una dulce daga, hacia el valle. Hacia sí mismo, hacia el corazón de su sueño: España. ¡Dios mío!, ¿y España? Por tan inefable razón, en el año 1952 llegaron aquí dos de sus hijos. Con ambos, una de estas tardes, hemos hablado del entrañable pasiego, del gran patriarca infatigable. Su hija y el esposo de ésta, don Emeterio Pajares, fueron describiéndome apasionadamente—la única forma digna de describir algo—la siueta efusiva de don Francisco.

—Fijese—me dice el señor Pajares—. Un nombre sin preparación especial para los negocios, en posesión exclusivamente de estudios elementales, constituido en un extraordinario innovador industrial.

—Magnífica trayectoria la suya, ¿verdad?

—Un detalle. En 1914 se reunieron en la Bolsa de París 300 galiteros. Quedan media docena.

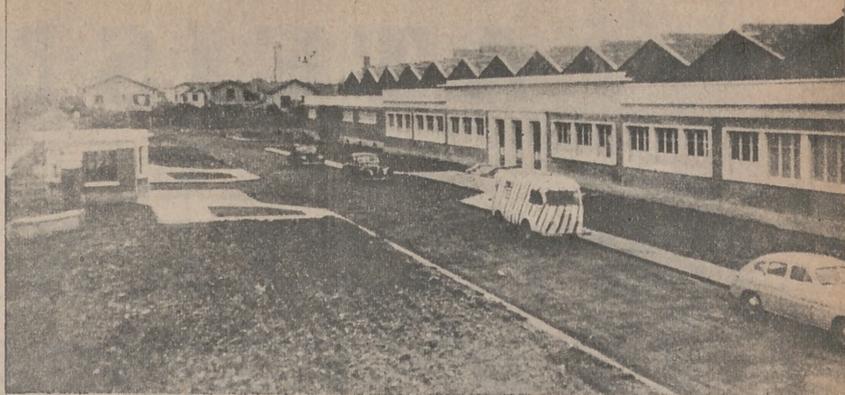
La descripción es elocuente.

—¿Cuál es la base de su triunfo profesional?

—El cálculo constante. He aquí, por ejemplo, uno de sus aspectos de mayor trascendencia. Se trata del problema de los envases. Usted sabe que los envases de las galletas son valiosos. Por tanto, no se ceden al comprador, sino que se les consignan con objeto de obligarles a una posterior devolución. Naturalmente, si un envase vale 100, se les consigna a un precio superior. Ahora bien; cuando un cliente devuelve una lata, un envase, hay que devolverle su dinero. Si la contabilidad no está al día, pueden presentarle envases de sus competidores, que paga. Al cabo del tiempo es muy posible que sobrevenga la quiebra. No sería la primera vez. Don Francisco aplica normas estrictas de modo riguroso, y su contabilidad está al minuto. Sus envases, perfectamente contabilizados, son siempre los suyos. No hay peligro de que pague los que no le pertenecen.

Así es nuestro protagonista de hoy. Consciente de lo que tiene entre manos. Su nave, con vientos propicios o adversos, no pierde fácilmente el rumbo. Establece, en principio, los presupuestos. Se cumplan o no, comprueba sus resultados permanentemente y dirige sus negocios por los resultados contables, régimen sorprendentemente beneficioso, que, al parecer, inventaron los norteamericanos, pero que un pasiego en Francia, en virtud sólo de un fabuloso instinto, practica desde hace bastantes años. Y así de bien le va.

Este es, sobre poco más o menos, el hombre. Para él y su pan, para su valle y su área de París, nuestra admiración. El hizo la obra, sosteniéndola con su propia vida, a pulso, en un gran juego en el que iban de puesta muchas cosas demasiado serias, y, entre ellas y sobre todo, un sueño. Insisto en esto porque, a mi mane-



Muelle de la fábrica de Toulouse

ra, intuyo que así es, y que don Francisco, allá en su Rue de la Pompe, me vá a dar la razón en cuanto lea estas líneas. Un sueño. Un sueño, al que jamás renunció. Ser uno de los mejores fabricantes de pan europeos es lo de menos. Ser poderoso, hombre importante, haber triunfado, no importa mucho, importando tanto. Es el sueño, el sueño, el que importa. Aquel sueño que se enredaba tozudamente en el leve tafido de las esquilas, y se deshacía, después, entre la niebla, para reaparecer más tarde, a lo mejor, en una misma gota de rocío.

Su sueño, don Francisco.

ULTIMAS PINCELADAS

El señor Pajares y su esposa continúan hablándome de su padre. Por un momento, voy yo a hablar de ellos. Antes dije que en el año 52 habían llegado a España. Llegaron, claro, a buscar aquí la tierra propicia a su industria. Tierra que es suya. El señor Pajares, dinámico y fuerte, joven, correcto, amable hasta el extremo de cederme una parte de su tiempo, dirige aquí el asunto del pan biscotel. Y lo del pan toast, que también es asunto de envergadura. He aquí que ambos aceptan mi conversación y mis preguntas.

Don Francisco es un hombre de contextura fuerte. Su capacidad de trabajo es grande.

—Y sobre todo—me dice el señor Pajares—, los problemas más complejos los reduce a ideas sencillas, a síntesis perfectas. Esta es su virtud sorprendente, espectacular. Además, su memoria es prodigiosa.

—¿Cuál es actualmente su horario?

—Se levanta muy temprano.

—¿A las nueve o así?

—A las seis y media está ya en la fábrica. Y esto es importante. No precisamente para ocuparse de los asuntos del día, sino para que sus obreros le vean e infundirles ánimo. Para que sepan que está con ellos incondicionalmente. Cada quince días hace el recorrido Paris-Toulouse-Avignon. Es incansable.

Poco más hablamos. A grandes rasgos, queda trazada la biografía de un español que ha llevado un nombre comercial a los mejores puestos de la fama y que ha creado todo un mundo de hombres y de fábricas que rige humanamente, con la humana sencillez del buen pasiego que no ha renunciado jamás a su valle.

Carlos Luis ALVAREZ

INGLES FRANCES ALEMAN

CON DISCOS
NORMALES O MICROSURCO
SIN DISCOS

Poliglophone

CCC

Nombre _____

señas _____

población _____

solicita información
GRATIS sobre la enseñanza de idiomas.

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA
CCC - S-156 - SAN SEBASTIAN

corte o copie este cupón

ATEISMO Y CRISTIANISMO

SAN Juan describe en su «Apocalipsis» la tremenda e irreconciliable

lucha entre el error y la verdad, el mal y el bien, el vicio y la virtud, a través de los siglos. No afirmaremos que el Vidente de Patmos, el relator de sus visiones, v. g., la de la meretriz, blasfema embriagada de la sangre de los santos y de los mártires de Cristo del capítulo XVII, contempló directamente la guerra sin cuartel del ateísmo actual contra el cristianismo, pero no dudamos en sostener que si en muchos tiempos de la Historia, de un modo especial en el que vivimos, el ateísmo encarnado en la gran meretriz, blasfema y embriagada lucha encarnizadamente contra el cristianismo.

Por Fr. León, Obispo de Teruel

pueden cosechar otra cosa que pavorosas tempestades y arrojado Dios

de la sociedad, de la vida de los pueblos, no está lejano el día de las justicias sociales, el día temiendo de las inexorables venganzas, el día temeroso de las represalias de Dios.

¡Deus non irridetur! «De Dios nadie se ríen, dice el Apóstol de las Gálatas. Y cuando alguno ha querido reírse de Dios, por encima de su locura ha retumbado inmensa, aterradora, la carcajada de Dios. Testimonio, la Historia, que nos cuenta las hecatombes de los pueblos que se mofaron de Dios.

También hoy los pueblos ateos se ríen de Dios, y a estas estúpidas risas de los hombres contesta Dios con un pacientísimo silencio. Pero si esos hombres y esos pueblos continúan mofándose sacrilegamente de Dios, llegará un día, sonará la hora de Dios; Dios saldrá de su silencio y se retirará de los hombres y de los pueblos ateos, y pavorosamente, tremendamente, retumbará vencedora la carcajada de Dios. Es verdad, muchos hombres y pueblos se ríen de Dios. Allí sólo se escuchan blasfemias y maldiciones, satánicas risas, carcajadas de infierno, furres antidivinos, que nos recuerdan la espantosa profecía apocalíptica del Vidente de Patmos (Apoc. 16; 8-9): «El cuarto ángel derramó su cáliz en el sol, y diósele fuerza para afligir a los hombres con ardor y con fuego; y los hombres, abrasándose con el calor excesivo, blasfemaron el nombre de Dios, que tiene en sus manos estas plagas, en vez de hacer penitencia para darle gloria.» ¡Ay de estos hombres y pueblos ateos si, insensatos, continúan mofándose del poder de Dios, persiguiendo a su Iglesia y escarneciendo a sus ministros!; sobre ellos resonará la aterradora carcajada de Dios; y la ruina, la desolación y la muerte, serán los inexorables ministros del Dios vengador por ellos escarnecido y mofado.

1.º EL ATEISMO

Ateísmo, como la palabra indica, es la negación de Dios. El materialismo, hoy encarnado en el comunismo, para llegar a la negación de cuanto no es materia, ha comenzado por suprimir a Dios, proclamando el ateísmo. La guerra a Dios es una guerra sin cuartel en el seno de los pueblos sometidos al comunismo, es una explosión de odios satánicos. En ellos se está verificando un profundo, un audaz trabajo de ateísmo en las escuelas, en los individuos, en las familias, en la sociedad. Dios es un estorbo para los pseudorreformadores que quieren reformarlo y reorganizarlo todo sin Dios y sin religión. El supremo esfuerzo de los líderes del comunismo va dirigido contra ese punto capital, contra la existencia de Dios. Se combate a Dios porque es Dios. No es el cristianismo sólo, es Dios lo que se quiere expulsar del mundo. Dios —dice el ateísmo— no es más que una ficción, una quimera, una hipótesis inútil que no explica nada, ni la formación del mundo, ni el origen de la humanidad; una hipótesis imposible, contradictoria y destruida por la ciencia. Dios está fuera de la ciencia; la idea de Dios no corresponde a nada existente. Dios no existe. ¡Fuera Dios!

Esta es la aspiración del comunismo, encarnación actual del ateísmo; esos son todos sus deseos; por eso lucha, por ese ideal batalla, a ese fin dirige todos sus esfuerzos, a desterrar a Dios del mundo, a expulsar a Dios de la Historia y de la conciencia. Eso es lo que quiere: el mundo sin Dios, el hombre sin Dios, las costumbres sin Dios, la sociedad sin Dios, todo sin Dios.

Así el positivismo moderno, suprimiendo a Dios, explica el mundo por el mundo mismo, la vida por la eternidad de la materia, sacando de la materia la vida vegetal, de la vegetal la animal y de la animal la racional y humana. Y no admitiendo diferencia esencial entre la bestia y el hombre, identifica al hombre con la bestia, hace del hombre un bruto sin más necesidades que las del bruto. Brutal sistema que rebaja al hombre al nivel de la bestia, y que niega a Dios para negar las comunicaciones del hombre con Dios.

Y ¿cuáles son las consecuencias del ateísmo? No pueden ser sino catastróficas, que indefectiblemente, tarde o pronto para los hombres, pero a su tiempo para Dios llegarán. Los pueblos ateos que se arrancan de los brazos de Dios, los pueblos donde los hombres arrojan a Dios de su alma, los pueblos que blasfeman de Dios y lo destierran de sus costumbres, esos pueblos no pueden hacer otra cosa sino correr a precipitarse en las gemonías de la Historia. ¿Qué vemos ya en esos pueblos que se han vuelto contra Dios? ¡Horrendo cuadro y doloroso espectáculo! Hallada la virtud, triunfante el vicio, coronada la impiedad, negada la religión, proclamada licita la satisfacción de los más bestiales apetitos, sólo vemos con espanto el espectro de la guerra, de la desolación, de la ruina y de la muerte. Y es que los que siembran vientos no

2.º EL CRISTIANISMO

Frente al ateísmo, que en sí es error y en sus consecuencias es mal y vicio, se yergue majestuosamente el cristianismo, que, fundado por Cristo, Dios y Hombre, es verdad, bien y virtud, que nos enseña, como dogma fundamental la existencia de Dios.

El cristianismo nos dice que el hombre tiende a Dios, se lanza a Dios y lleva en su alma la ambición de Dios; porque no puede satisfacer en las criaturas esa sed infinita de amor que le aqueja y que es el tormento de toda su vida. Las alas del corazón humano, como las de la mariposa, están siempre inquietas. ¿Qué es esto? ¿Por qué esa inquietud? ¿Por qué ese desasosiego del corazón humano? ¿Qué buscamos? ¡Ah!, es que buscamos a Dios. Seres del tiempo, despreciamos el tiempo; flores de un día, aspiramos a lo eterno; hijos del hombre, no nos contentamos con menos que Dios. Aspiramos a la inmensidad, ansiosos de no hallar fronteras que limiten nuestras inmensas ambiciones; y la inmensidad es Dios. Aspiramos a la verdad para llegar al esclarecimiento de todos los arcanos del universo; y la verdad es Dios. Aspiramos al amor, buscando caricias que apaguen los incendios en que se abrasa el alma; y el amor es Dios. Aspiramos a la omnipotencia para triunfar de todas las resistencias que se opongan a nuestra marcha conquistadora; y la omnipotencia es Dios. Que lo confiese el creyente o que lo niegue el ateo, ese es el hecho: el hombre tiende a lo infinito y toda su ambición es vivir en Dios.

Por eso fuera de Dios no vive, no reposa, no está tranquilo. Engañado, seducido por las criaturas, se aturdirá queriendo ahogar el grito de la

conciencia y las voces de la naturaleza con las músicas del placer; pero la conciencia y la naturaleza levantan más alto el grito y vocean más fuerte, sin darse punto de reposo, sin encontrar verdadero contentamiento en las criaturas. Es que realmente el hombre ha sido creado para Dios, para vivir en Dios. Por eso busca a Dios, y cuando, cansado de buscarle entre las criaturas, comprende que ha errado el camino, levanta los ojos al cielo y grita con el real salmista: «Mi alma está sedienta del Dios fuerte y vivo».

Los efectos del cristianismo son maravillosos, tanto en los individuales como en los pueblos. Por él el hombre posee a Dios, y el hombre poseído de Dios, en quien Dios habita, es tan grande y tan hermoso, que su hermosura y su grandeza sólo las exceden la grandeza y la hermosura de Dios. El cristiano es un hombre que en nada parece diferenciarse de los otros hombres que por su lado pasan, que con él conviven. Pero, no obstante, ¡cómo se levanta sobre ellos, el modo que se levanta el cedro sobre el humilde hisopo! Su alma se nos aparece rodeada de los esplendores de la faz de Dios y de la lumbre de sus ojos; hay en su pensamiento ideas más levantadas que en la mente de los más excelsos pensadores; hay en su corazón sentimientos más nobles y generosos que los que abrigaron en su pecho los más insignes bienhechores de la humanidad; y hay en todo él más fuerza, más valor y más coraje que el que ha hecho famosos a los más audaces héroes, que llenan con sus proezas las páginas de la Historia. Ese mundo luminoso suspendido en el espacio cual brillantes luminarias; ese ornato incomparable del universo engalanado con joyas inestimables, como esposa en el día de su boda; esas maravillas deslumbradoras de la creación material inanimada que pregonan a su manera las magnificencias que Dios ha derramado por todos los cielos, por todas las tierras y por todos los mares; todo eso que nos alumbraba a todos y que no lo podemos mirar sin vértigo del pensamiento y sin palmo del corazón. ¿Qué vale comparado con la hermosura y con la grandeza del hombre cristiano en quien habita Dios?

Así son también grandes y hermosos los pueblos informados por el cristianismo cuando en ellos vive Dios y los hombres marchan con Dios por los caminos del progreso, de la libertad y de la gloria; porque Dios es para los pueblos lo mismo que para los hombres: sol que ilumina, aliento que vivifica, remedio que consuela, alimento que sostiene, fuente inagotable de gloria, de prosperidad y de grandeza. Dios es impulso, fuerza, movimiento y vida, inspiración de todos los heroísmos, de todos los sacrificios y de todas las abnegaciones. Por eso los pueblos cristianos, en los que vive Dios, marchan con Él a la gloria. «¡Feliz el pueblo —dice el salmista— del cual es Dios su Señor!» El le protege y El le bendice.

Siempre, pero hoy más que nunca, la lucha es encarnizada entre el error y la verdad, entre el mal y el bien, entre el vicio y la virtud. El ateísmo materialista, encarnado en el comunismo, ha declarado guerra sin cuartel al espiritualismo, cuyo auténtico representante es el cristianismo.

Diríase que estamos presenciando las decisivas batallas descritas por San Juan en el capítulo 12 del «Apocalipsis» la del dragón descomunal, bermejo, con siete cabezas y diez cuernos, arrastrando con su cola la tercera parte de las estrellas del cielo, contra la prodigiosa Mujer, vestida de sol, con la luna a sus pies y las estrellas coronando su cabeza. Y la otra, del diablo y sus secuaces, que se rebelaron contra Dios, lidiando con Miguel y los ángeles buenos, al grito de ¿quién como Dios?

La victoria en aquellas luchas apocalípticas fue de la prodigiosa Mujer contra el dragón y Miguel contra el diablo. No hay que dudarlo; también en la guerra actual el cristianismo triunfará del ateísmo. A condición, sin embargo, de que los pueblos creyentes vivan íntegramente el cristianismo, como tantas veces ha repetido el Vicario de Jesucristo, Pío XII, especialmente en su constante campaña por un mundo mejor; a condición, como dijo la Santísima Virgen a los videntes de Fátima, de que los cristianos vivan las máximas del cristianismo, corrijan sus desarregladas costumbres, hagan penitencia, practiquen la piedad y recen el santo rosario; es decir, que sean genuinos cristianos.

MODA MASCULINA PARA ENTRETIMIENTO



Magníficos trajes cuidadosamente confeccionados en estambres, franelas, gabardinas, cheviots, Americanas de "sport" de modernísima línea, pantalones para combinar. Y todo lo de camisería y zapatería. Departamento de Caballeros, 2.ª planta.

Galerías Preciados



Tres generaciones disfrutaron de las fragancias de la Rosaleda en el parque del Retiro

capaz de dejar salir a mi hija con las muchachas. Me parece que le va a pasar algo. Es una cosa angustiosa ser así y tener este carácter, pero no lo puedo remediar. De esta forma, mi marido no puede salir conmigo nada más que una vez a la semana. Y eso porque me ha obligado a ello. Ese día sale la cocinera con la niña por la tarde. Con las doncellas jóvenes, ¡ni soñar! La cocinera, porque es más sentada y la quiere mucho. Así me quedo un poco más tranquila, pero, de todas maneras, estoy deseando volver. Lo que quiero de verdad es que tenga un año más. Primero irá al Colegio de Loreto, que las admiten muy pequeñas. Después pasará a mi Colegio, a la Asunción.

Y María Teresa recoge apresuradamente sus bártulos y su pequeña, porque su marido, que ha terminado ya sus quehaceres, viene en su coche a recogerlas.

Frente por frente está Rosario, sevillana, pero «recriá» en Huelva, como dice ella con su simpático gracejo. Tiene dos morenillos alborotadores que son «gatos», pues nacieron en la capital de España.

—¿Y cómo fué el venirse a Madrid?

—Pues, muy sencillo. Teníamos aquí un pariente y le dijimos que le buscara una colocación a mi marido. Se la buscó y está de acomodador en un cine. Y como la tierra de uno es donde se come, pues ya esto es como «Huelva» para nosotros. Los domingos y los días de fiesta sale bien de propinas. Cuando le dan el permiso nos vamos a la tierra, y para que los niños se bañen nos estamos unos días en casa de una conocida en Punta Umbría. Allí va mucha gente ahora a veranear, ¿sabe usted? El año pasado, con el Festival del Cine, no se podía echar ni la punta de un afiler. Ya no tenía la gente donde parar. Yo vi a gente que vino de Sevilla y tuvo que dormir una noche entre los puestos de los melones de la plaza. Una cosa graciosa de ver... Pero estos niños míos, ¿dónde se habrán metido?...

Y Rosario corre tras ellos has-

ta que consigue tenerlos bajo su vigilancia.

Estas mujeres jóvenes, guapas, porque no hay mejor hermosura que la maternidad, hablan mucho entre sí. Todas y cada una conocen, por lo que ellas mismas contaron, la vida de las demás. Y saben, por ejemplo, que aquella mujer, esposa de un empleado del Ayuntamiento, tendrá este próximo año que disponer de una parte del sueldo del mes para que el más pequeño, que ahora va a cumplir cinco años vaya al colegio; que José María, el hijo de aquella esposa de un ingeniero, ha conseguido plaza para octubre en el Colegio del Pilar, etcétera.

Entre palabra y palabra, la labor. Las manos siguen tejiendo ágiles, o cosiendo ropa, un vestido para la niña, o haciendo una camisita para el niño. Por la tarde, cuando va a llegar la noche, poco a poco, todas van recogiendo sus sillas, plegables y vuelven para casa. Antes, las mecanógrafas del I. N. I., que han terminado su jornada de trabajo, cruzan la plaza y se saludan con los corros de madres. Se ven todos los días y ya se conocen.

UN PEQUEÑO ESCUADRÓN A LOS SIETE AÑOS DE MATRIMONIO

En el Retiro, y bajo la sombra de sus arboledas compactas, es quizá el lugar madrileño donde más madres se reúnen. En ello influye no sólo la extensión del terreno, sino también la estratégica situación del Parque, enclavado en el centro de Madrid, con el Metro a la puerta, con tranvías que llegan a todos los barrios, con un Paseo de Coches donde pueden penetrar aquellos que son trasladados por tal medio de locomoción.

La vida, aquí, en términos generales, es la misma. La misma paz, la misma tranquilidad, las mismas carreras, el mismo aire de seguridad, como si ellas leyeran el futuro a través de la inocente mirada de sus hijos. Sin embargo, en el Retiro hay también sitios estratégicos y preferidos: el Parterre y todas las in-

mediaciones del Paseo de Coches. Luego, la glorieta del Maestro Vialla, a pesar de que estorba a los juegos de los niños el enorme quiosco de la música, y también es sitio muy concurrido la plaza de Guatemala. En esta plaza monta su brioso corcel de bronce el general Martínez Campos. El general debe estar molesto y sentirse incómodo con los aleteos y los zureos de las palomas, que han invadido su monumento.

Por estos corros de madres jóvenes del madrileño Parque del Retiro está María Victoria.

María Victoria, delgada, castaña y frágil, es de Melilla. Sentada delante del cochecito de su niño recién nacido, parece que debiera ser su primer hijo. Sin embargo, a pesar de parecer una muchacha, tiene ya seis pequeños. Una bandada, parejos todos, que aturde ahora pidiendo cosas a la madre. María Victoria es hija de militar y se casó también con un capitán.

—Mi marido era ya comandante cuando esa ley última del retiro. Ahora tiene negocio de automóviles. Está teniendo mucha suerte; pero hay ratos en los que siento nostalgia de su vida de militar.

Todas las madres prefieren sacar ellas mismas a sus hijos al Parque Al tenerlos más cerca de sí, parece que su presencia, la presencia de ellas, es humano conjuro contra cualquier oculto peligro que acecharlos pudiera. María Victoria sigue la norma.

—Siempre lo saco yo de paseo. Tengo dos criadas, pero no me fio de dejarlos salir solos con ellas. Prefiero traerlos yo, aunque me den mucha lata.

—Se habrá casado usted muy joven, ¿no?

—Pues no crea. A los veintidós años. Ahora, que han venido todos seguidos. Cada año uno. Y sólo son veintinueve los años que he cumplido.

Pero María Victoria está feliz con aquella sencilla escuadra zumbando a su alrededor como abejas jubilosas de una felicidad claramente sostenida.

Amistades hay que se hicieron en estas cotidianas reuniones del Retiro. Pero amistades hay también que, si antes existían, ahora se han reforzado más aun con el lazo de la amistad de los hijos que vinieron.

Manuela y Paz son dos toledanas mujeres de Puebla Nueva. Paz lleva el nombre de la Patrona del pueblo, Nuestra Señora de la Paz. Viven cerca la una de la otra. En la avenida de Menéndez y Pelayo. Los dos maridos son conductores de camiones. Todo fué cuestión de paisanaje. Ellos son también del mismo pueblo. Hicieron el servicio juntos, en Automovilismo, y aprendieron a conducir. «Pues mira—se dijeron—, ya tenemos un buen oficio para cuando se acaba la «mil». Nos vendremos a vivir a Madrid.» Y en Madrid, que es tierra de todos, encontraron trabajo. Y más adelante, toda con las novias. Paz y Manuela vinieron a la capital. Aquí tuvieron sus hijos. Paz, un niño que ya tiene siete años; José Manuel. Manuel, una niña, Araceli, y otro que viene de camino. Las casas, muy cercanas. Las escuelas, también. Al salir de la escuela dejan a los niños en la avenida ju-



En el Paseo del Prado, las jóvenes madres forman tertulia mientras vigilan a sus hijos

gando, y cuando los padres vienen a comer los suben a la casa. Pero por la tarde, al Retiro. Paz hace un gorro de «crochet» para el futuro crío de Manuela. Manuela cose unos pantalones de su marido. Los chiquillos meriendan pan con sobrasada.

—¿Les alcanza el jornal?

—Pues, sí. Claro, con cuidado. A los conductores les pagan bien y, además, todo es el arreglo. Cuando la mujer es ordenada... Y nosotras, no es por alabarnos, pero... Además, ellos no tienen vicios. Un vaso de vino alguna vez, por alternar.

Y las dos mujeres de pronto se levantan, porque Araceli y José Manuel se están dando de mamporros.

—Siempre pegándoos y nunca podéis pasaros el uno sin el otro... Paz y Manuela se estarán ahí cosiendo y teniendo cuidado de sus hijos hasta que anochezca y se vayan a hacer la cena. A María Victoria le ha venido ya a ayudar a dar la merienda a sus niños una de las criadas. Toman foie-gras, plátano y una gran b: tella de leche, que se reparte entre los cinco. El pequeñín duerme plácidamente en su coche.

El aire trae las notas de una melodía moderna de baile. En Pavillón, los mayores bailan y disfrutan también de la parte de esta confianza que les corresponde.

ESTUDIAR: PENSAMIENTO PRESENTE Y FUTURO

El paseo del Retiro que sale a la primera puerta de Menéndez y Pelayo tiene un nombre pintoresco: se llama «paseo del Contrabandista». Por aquí huelen las celindas tremendamente, en un olor característico a primavera. Y por aquí se encuentra una mujer excepcional. Tiene dos niñas, Solita y Mari Tere, de tres años y catorce meses, respectivamente. La madre anda a vueltas con los apuntes de Derecho Civil, mientras la pequeña dormita en el cochecito y la mayor juega. Además, esta mujer es jefe de negociado del Instituto Nacional de Estadística. Para todo le llega el tiempo.

—Para por la mañana he comprado a la muchacha una hornilla eléctrica. En una hora o menos se cuecen hasta las judías. Así togo es muy rápido y a ella le queda tiempo de hacer la casa y atender a las niñas. Yo, por la mañana, voy a la oficina. Y en el tranvía también me llevo los apuntes. Tengo directo el 71 hasta Ferraz, donde está Estadística; por el travecto voy estudiando. Por la tarde me vengo aquí, y a seguir estudiando. Mi marido también es abogado. Está en Montepíos. Yo estudiaba Derecho cuando soltera. Ahora decidí terminar. Y, desde luego, nunca quiero dejar mi oficina. La mujer debe de ayudar al hombre cuando haya necesidad para ello.

Todas las madres también piensan ya, desde casi el momento en que nacen los hijos, en el futuro de ellos. Y más todavía, estas madres de ahora, recién casadas, que saben lo que vale una carrera universitaria; que han trabajado para salir adelante cuanto ha sido necesario; que conocen las últimas técnicas de la ciencia, los últimos métodos, las últimas conquistas, son las que influirán en las muchachas del mañana, haciéndoles ver que los tiempos de la lección de piano, del considerar el matrimonio como única solución de la vida, hace mucho que pasaron; que en el futuro hay que trabajar, trabajar todos mucho para que no se pierda este esfuerzo que ellas y sus padres están haciendo porque los hijos se encuentren con una mejor nación en todos los terrenos: espiritual y material.

—¿Piensa usted que sus hijas estudien?

—¡Desde luego! Yo creo que la mujer debe de ser muy compafiñera del hombre. Hay más penetración cuando entre un matrimonio se puede hablar de todo por la cultura de la mujer. Estoy decidida a que mis hijas estudien. El otro día mismo fui a examinarme a la Universitaria. Como la Facultad de Derecho aún no está terminada, nos han acoplado en la Facultad de Farmacia y en la de Medicina. Yo pensaba con mucha ilusión que mis hijas el día de mañana vendrían a estudiar en unas aulas semejantes y en este ambiente de respeto y comprensión que hay para la mujer estudiante ya en España. Disfrutaba yo imaginándomelas con los libros bajo el brazo y por aquellas galerías. Ya la mujer ha cambiado mucho, sin dejar de ser muy femenina y muy mujer de su casa.

El sentido del ejercicio y del deporte ha arraigado profundamente con una sana orientación en la mujer de hoy.

También nos gusta hacer deporte. Yo misma voy una vez a la semana a jugar al tenis al Club Santiago. Mañana, precisamente, me toca, por la tarde, pista...

—Entonces mañana no saldrá con las niñas...

—¡Ya lo creo! Me las llevo, también. Las dejo cerca de la

Juegos en la arena, bajo la vigilancia amorosa de las abuelas





Las nuevas generaciones españolas se crían felices

pista, donde yo las vea. En el Club están muy seguras. Todos somos como familia.

Ha llegado la hora de la vuelta a casa. Está atardeciendo. En la bolsa del cochecito acomodamos los apuntes y los libros de Derecho. La madre estudiante se aleja. Esta es la vida de Encarnación, joven, animosa, que alterna los libros y el trabajo de su oficina con sus deberes de madre. Verdaderamente, hay mujeres extraordinarias en nuestros días.

NO IMPORTA VENIR DESDE LEJOS

Hay veces que las madres prefieren andar un poco más e ir a parques más abiertos; parques como el madrileño del Oeste, con la serranía al fondo.

Las mañanas aquí son limpias, traslúcidas. Los pinos saturan el aire con su fragancia. Y los pulmones parece que respiran mejor.

—Vivimos lejos, en la glorieta

de la Beata María Ana de Jesús, en unas casas nuevas que han hecho allí. Media hora de Metro, y con los dos es buena tirada; pero no me importa la molestia. A mí me gusta traerlos aquí porque el aire es muy puro.

Esta madre se llama María Dolores, es también muy joven y trae con ella un niño y una niña. A su lado está sentada la rubia Paula, de Jerez de los Caballeros y casada aquí con un abogado. Paula no está conforme con su nombre; pero dice que es tradicional en la familia.

Sobre nosotros hay la calma de un cielo sereno. Unas nubes bajas y algodonosas se alejan, empujadas por la ligera brisa. Hay una gran paz en todo. Las conversaciones se escalonan en los menudos sucesos. Los nombres de la tropilla infantil suenan sonoros: Loreto, Nati, Loluca, Paulina, Luis Fernando...

Con las nuevas edificaciones

van surgiendo otros núcleos de madres. En el ancho bulevar de Joaquín Costa, y al lado de la explanada del edificio del No-Do en Madrid, se suelen reunir las madres de los alrededores. Van también muchas de las que viven en las casas que en la glorieta de Ruiz de Alda ha levantado el Banco Español de Crédito para sus empleados. También vienen las de las calles adyacentes, pues el sitio es amplio y soleado. Le número 18 de la calle de Gabriel Lobo baja Piedad con sus tres niños. El último, de doce días y envuelto en una toquilla nivea, impecable. Piedad es trigueña, de dulces ojos y suaves maneras. Viste hábito de Jesús de Medinaceli. Es de Quintanar de la Orden y su marido trabaja como camarero en un bar de la calle de Narváez.

—Antes me bajaba la labor y costía, mientras los dos niños jugaban, pero ahora, con éste en brazos, no puedo hacer nada. Cuando haga mejor tiempo compraré un capacho de esos que se llevan y lo pondré en él mientras coso. Ahora todavía no me atrevo. Piedad muestra una sonrisa de mujer feliz.

Los nuevos grupos de viviendas que se van levantando por las ciudades, que sustituyen a las antiguas, que albergan, poco a poco, a las nuevas parejas que fundan hogar, proporcionan casa cómoda y moderna a estos matrimonios que no hace diez años que se casaron. Las madres que bajan al sol con sus hijos, que habitan en estas casas, en estos grandes grupos modernos, no pueden ocultar su satisfacción. Y Piedad es una de ellas.

—Pagamos sólo trescientas pesetas al mes. Tiene una azotea que es una bendición. Allí juegan éstos cuando vienen por las mañanas del colegio. Yo no quiero que jueguen solos en la calle. En verano disfrutan mucho de los baños en la azotea y se secan al sol. Yo les digo que es su playa. ¡Y tan contentos! Mi marido está encantado con la casa. También a él después del trabajo le sienta bien descansar en la azotea. Ahora dentro de un rato me voy a esperarle. Sale a esta hora del turno. Llegamos a Diego de León y me siento en un poyo que hay en la fábrica de maletas. Delante de la parada del 61. El viene derecho en ese tranvía desde Narváez. Luego, ya nos venimos para casa.

Estas son, poco más, poco menos, las costumbres, las preocupaciones, los afanes y las ilusiones de las madres jóvenes de España. de las madres que hace diez años iniciaron, con fundada esperanza, una vida y que han visto cómo, efectivamente, aquella esperanza sigue siendo una realidad. Sencillo es su diario transcurrir, al cuidado de los hijos que crecen confiados, bajo el doble signo de la protección materna y de la tranquilidad de su alrededor. Dos garantías insustituibles para el buen pulso de los hombres que lo serán mañana, pero que hoy, todavía, corretean por los parques, los jardines, los paseos, las alamedas y las avenidas españolas.

(Fotografías de Mora.)



Un grupo en la plaza de Salamanca



NO SE PUEDEN TENER VARIAS ENCICLOPEDIAS

La BASTA CON UNA: "NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA"

He aquí cinco razones que le convencerán:

1 "EL SABER NO OCUPA LUGAR, PERO OCUPA TIEMPO" (Unamuno).
Por ello, necesitamos medios de información que con rapidez y claridad satisfagan nuestras consultas en orden a la amplitud y exactitud de nuestros conocimientos. La "NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA" constituye la más completa fuente de nociones claras y precisas, y resulta de la máxima eficacia con la menor pérdida de tiempo posible.

2 A nuevos tiempos, concepciones nuevas.
Cada generación requiere instrumentos de saber adaptados a las peculiares exigencias de la época. La simplificación del estilo de vida y el dinamismo de nuestro tiempo imponen la eliminación de la retórica abusiva y de los pormenores inútiles.
La "NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA" cumple una función instrumental utilitaria, es accesible a todos y se caracteriza por su perfección, sencillez y manejabilidad.

3 Una obra manejable, de consulta rápida, pero... completa.
Usted desconfía, y con razón, de lo que supone pueda ser compendio o disminución de obras más amplias, sospechando que la brevedad se haya obtenido a costa de eliminaciones substanciales.

La "NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA" no es un sucedáneo, ni una síntesis por eliminación de contenidos más extensos. Posee el más alto nivel informativo y satisface las exigencias tanto del técnico y del estudioso como del profano.

4 No pierda su tiempo, pero tampoco pierda su dinero.
Hasta ahora, en esta clase de obras se ha venido pagando un sobreprecio innecesario por exceso de papel, impresión, grabados y encuadernación, que nada tenía que ver con la amplitud de la materia informativa.
La "NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA" condensa en cinco volúmenes, de un precio en consonancia con la reducción material de la obra, mayor cantidad de texto, artículos y grabados que otras enciclopedias más voluminosas, pero mucho menos manejables y de coste varias veces superior.

5 Un libro siempre al alcance de la mano, pero... resistente y duradero.
Usted tiene la penosa experiencia de cuán pronto se deteriora un libro con el uso frecuente. Tratándose de obras voluminosas y de consulta, aun es mayor la facilidad con que se sueltan sus tapas y la prontitud con que presentan huellas de lo que se llama mala vejez.
La "NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA" posee la más perfecta idoneidad al uso a que se destina: el manejo reiterado de los volúmenes que la componen. Para ello se han seleccionado con todo rigor los materiales de que consta y ha sido dotada de los últimos adelantos en el arte de la encuadernación, alcanzando así dichos volúmenes un grado de flexibilidad y resistencia inigualable.

EN 5 GRUESOS VOLUMENES

7.000 páginas de texto - 26.000 ilustraciones - 400.000 artículos - 2.000.000 de acepciones - 15.000.000 de palabras - 89.000.000 de letras.

11 mapas a todo color al tamaño de triple y doble página. - 57 láminas en color. - 44 láminas en negro al tamaño de página y doble página. - 400 grabados en negro a página entera. - Lista alfabética de 12.000 verbos españoles y paradigmas de su conjugación. - SUPLEMENTO al final de la obra con los acontecimientos de última hora.



SUYA POR SOLO
80 PESETAS
MENSUALES

GRATIS le enviaremos el hermoso FOLLETO a todo color, al remitirnos Vd. el cupón adjunto.

CUPON PARA FOLLETO GRATIS

EDITORIAL EXITO, S. A.
PASEO DE GRACIA, 24
BARCELONA

Si vase remitirme GRATIS y sin compromiso folleto ilustrado y detalles de las condiciones de compra de la NUEVA ENCICLOPEDIA SOPENA.

Nombre y apellidos
Profesión
Domicilio
Localidad

Provincia

EDITORIAL EXITO, S.A.
Paseo de Gracia, 24 - BARCELONA

FERIA NACIONAL DEL LIBRO
MADRID

Examine estas obras, sin compromiso, en nuestra CASETA n.º 24, situada en Paseo Recoletos (entre Cibeles y calle Prim)



CARTA AL SEÑOR GOBERNADOR

NOVELA

Por Pedro Mario HERRERO

Señor Gobernador de la provincia:
Muy señor mío:

Este su seguro servidor, Aniceto Peláez Caramillo, soltero, natural de Villapacífica, de edad ya va para los treinta y cuatro, de profesión labrador durante nueve meses del año, y los otros tres musista; hombre honrado en lo que cabe y Alcalde del susodicho pueblo de Villapacífica, se dirige a vuecencia por medio de la pluma para aclarar ciertos hechos acaecidos en el lugar de mi jurisdicción hace no demasiado tiempo y que, según afirman el Boticario y el señorito Ramón entre otros, han sido interpretados de una manera que a mí, la verdad, no me gusta un pelo, y como no soy hombre que me deje avasallar por malas lenguas ni me cuega el milagro ningún hijo de cristiano, cuiero, señor Gobernador, llevar por lo meros un paso al más adelantado y comunicarle sin pérdida de tiempo todo lo ocurrido en esta localidad.

No sé si la carta será demasiado larga o demasiado corta. A lo mejor, por más decir, la termino en un periquete, o a lo peor, por más decir también, me lleva sus buenos cuatro días, porque pensar en la escritura y entablillármeme la mano, lo mismo.

Lo que sí sé, señor Gobernador (y vuecencia me perdonará esta seguridad, ya que los tiempos son muy malos y nadie está seguro de nada, y no hay más que hojear los papeles y se ve que si guerra fría, que si guerra caliente, que si tal y cual), es que escribiré toda la verdad de pe a pa, ce por be, con pelos y señales, y tengo para mí que vuecencia llegará a creerme, porque en esta historia soy

el más perjudicado, el verdadero culpable, y a fuer de Alcalde y a fuer de caballero, que las dos cosas pesan lo suyo, no lo oculto y pongo bien a las claras la intervención que tuve en el asunto del que trato.

Ante todo, señor Gobernador, tengo el honor de comunicarle que presento mi irrevocable dimisión del cargo con carácter indefinido, o más bien vitalicio, ya que si después de muerto quieren hacerme los vecinos una estatua o cosa parecida, allá ellos, que yo ya no podré decir que nones o que sies.

Esto de presentar mi dimisión, dicho así, suera muy sencillo, pero quiero que conste que mis traductores me costó, porque mi padre, que tiene por su mayor orgullo mi vara de Alcaldía, al barruntar mi proyecto de dimitir puso el grito en el cielo, y aun no estoy seguro de si me deslomaré o no, que mi padre se gasta un genio de los de antes de la guerra.

Aclarado esto, pues, paso, sin demora, a comunicarle los hechos.

Bien. Al grano.

Ya sabe vuecencia que Villapacífica tiene, menos o más, unos 60 vecinos, todos ellos, la verdad siempre por delante, de buena casta, honrados, españoles cien por cien y trabajadores.

Este su seguro servidor, Aniceto Peláez Caramillo, es, en el pueblo, como de lo corriente. Ni muy alto, ni muy bajo. Eso sí, fuerte como un toro y persona de las que por donde pasa moja, porque no he de negar que el tintorro me tira un poco y tengo una bota ya curada hace sus buenos diez veranos y que le da un gustillo al vino que talmente impresiona. Algún día vuecencia la ha de estar si viene por aquí y si le place.

También a este su seguro servidor: le gustan un tantico las mujeres, que rara algo somos hombres y tenemos la entrefela caminando por lo blanco. Ahora bien, que quede esto claro, señor Gobernador,

dor. Creo que sé dónde pongo el ojo respecto a las faldas. Que a mí no me interesan las mozas delgadas como un hueso. La mujer nació para ser rolliza, para que le cuelgue la carne por los carrillos como muñones.

No sé si a vucencia le interesarán estas opiniones sobre mis arrimos, pero se las escribo para que me conozca y para todo lo que tengo que decirle más arriba o más abajo, según como se mire.

También juego al mus, señor Gobernador, y no me pesa, pues considero que este juego de pensar y de tirar para adelante da carácter, y aún más, que lo juzgo digno de Alcaldes por su naturaleza, bastante escogida, cosa que no se puede decir de la brisca, por un ejemplo, o del tute arrastrado, propios de arrieros y de personas sin cuidado de su categoría profesional. Y así piensan también el boticario y el señorito Ramón, y hasta el mismo señor cura, y con ellos formo la partida, y allí se arma la de San Quintín, porque el cura, que es mi compañero y que de lanzadete tiene lo suyo, arrima cada órdago que tumba.

Bueno, pues como le decía, señor Gobernador, antes de los sucesos que me han llevado a escribir esta carta, que mi trabajo me está costando, yo me pasaba los días jugando al mus, catando mi bota y catando también alguna que otra caricia de mi novia la Socorro, guapa moza de las de lucir en la romería del Corpus. Guapa moza, repito, pero con un afán de mandona y de métomenido que me revolvía las entrañas.

Figúrese vucencia, señor Gobernador, que comencé una mala tarde a darme la tabarra con la simpleza de que si no dejaba el mus iba a haber tronada.

—Mira, Aniceto, que va a haber tronada.

—Pero, Socorro...

—Nada. Que no aguanto.

—Pero, Soco...

—Lo dicho. El mus o yo.

—Pero...

—Escoge, Aniceto.

Yo la quería buenamente, y por ello se lo tomé así, con un aquel de ligereza, los primeros días. Para ser sincero, hasta me gustó. Era una manera de decirme que estaba por mis huesos, y eso le gusta a cualquier hombre.

Pero corrió un poco de tiempo. salió tres o cuatro veces el sol y el asunto comenzó a preocuparme.

—¿Cómo vienes tan tarde, Aniceto?

—Mujer... La partidilla de mus..., ya sabes.

—Pues vuelve mañana, que a lo mejor me encuentras.

Yo entiendo lo suficiente de mujeres para buscarle a la Socorro el punto flaco en un decir amén, y me puse al trabajo.

—Calla, rapaza, que quiero más no verte sino un día a la semana.

—Eso tú sabrás.

—Claro que lo sé. Cada vez que paso dos horas contigo me dejás atontao un par de meses.

—Tonterías.

—Tonterías no. Que ayer me llegó hecho una furia Teodoro y me sacó los colores diciendo que sólo pensaba en la Socorro y que tenía sin arreglar el camino del Abrevadero.

(No crea vucencia, señor Gobernador, que yo abandonaba mis obligaciones. Esto, claro, lo inventaba yo, porque con las mujeres hay que echarles salsa al asunto, vucencia me comprende.)

—¿Eso te dijo?

Yo puse cara de monje de clausura para terminar de impresionarla.

—Eso. Ya ves.

—Bueno. Pues vuelve mañana. A lo mejor me encuentras.

Y dió media vuelta y me cerró la puerta en las narices.

Ya preocupadillo, que no se puede andar jugando con el corazón, conté la misma noticia al cura, al boticario y al señorito Ramón.

El señorito Ramón, quién sabe si se lo dije ya, tiene sesenta mil pesetas en el Banco Hispano Americano y sesenta años en sus costillas, y suda a chorros para subir las cuestras porque sufre un asma que a nadie le desee.

Pues el señorito Ramón fué el que me dió la solución.

—Eres un poco zote, Aniceto.

—¡Hombre, señorito Ramón!...

—Nada, amigo, nada. Tú le dices a la Socorro mañana que se acabó el mus, pero que asuntos ur-

gentes del Ayuntamiento te retienen un par de horas de la tarde, y asunto zanjado.

La idea me pareció de perlas. Primero, porque así se terminaba mi problema, y segundo, porque eso de pasarme dos horas al día en el Ayuntamiento me daba cierto carácter, cosa que, se lo aseguro, señor Gobernador, no se me apartó de las mientes todo el tiempo que estuve al mando de Villapánica.

Y así se lo dije a la Socorro, con pupila, con diplomacia, e inventé (vucencia me comprenderá de seguro, las mujeres...) un informe que tenía que enviar a la capital antes de dos meses, en el que me era forzoso incluir el estado de la última piedra del pueblo.

Al principio, todo fué sobre ruedas y sin que ella sospechara ni la sobra de lo que realmente ocurría: pero una tarde, que hay tardes tan negras que parece que las trae el diablo entre los cuernos, la Socorro tuvo la desgracia de que su padre se quedara muerto, así, al pronto, igual que un pajarito, y como para mi mala ventura sucedió cuando yo estaba trabajando, fué a buscarme al Ayuntamiento y se encontró con el aire en mi despacho. Oliéndose la tostada, se acercó a la trastienda de la botica y me sorprendió con las manos en la masa, con el agravante que yo llevaba cuatro reyes y el señorito Ramón me había echado seis a la grande, y claro, a ella no le hice ni caso.

Allí, en la trastienda de la botica, éste su seguro servidor, Aniceto Peláez Caramillo, murió por primera vez.

Figúrese vucencia, señor Gobernador, si llegaría la sangre al río, que al caer las cinco de la tarde siguiente fué el entierro de su padre, por nombre en vida y en muerte Crispín, buen pagador de impuestos y buen respetador de la Ley, con unos mostachos así de grandes y... ¿puede creerlo, señor Gobernador?, a la hora de dar la mano a la familia por aquello del pésame, me retiré la Socorro su mano y no paró aquí la desventura, que, a la hora de acompañar al muerto al cementerio, a mí, como Alcalde, como máxima autoridad, me correspondía presidir el duelo y, sin embargo, lo que presidió fué la cola del entierro, a mor de unas palabras suyas que sonaron como truenos y que sólo por puro respeto al difunto no debieron salir de sus labios.

—Si este zafio de Alcalde preside el duelo, mi padre recibe sepultura el día del juicio. Lo juo por mi nombre de Socorro.

Puestas así las cosas creí prudente transigir, perder de mi derecho y no aplicar la ley a rajatabla, que de esto pensamiento tuve, pero para arrepentirme en un dos por tres, que hay que dar ejemplo cuando uno es algo. ¿No le parece, señor Gobernador?

El caso es que, desde aquella fecha hasta mucho más tarde que todo llegará, señor Gobernador, porque tengo lo que se llama orden, y aunque algunos que otra vez olvide un papelajo siempre termina por aparecer, desde aquella fecha, repito, la Socorro se me fue como agua en las manos y



me quedé sin novia, pero con mus, que esto, al fin y a la postre, no deja de ser un consuelo.

Y aquí comenzó todo, señor Gobernador. En este momento comenzó el jaleo que me ha llevado a presentar mi dimisión con carácter irrevocable y vitalicio.

El boticario, don Cosme por gracia y Pamparacuatro de apellido, echó su opinión sobre la Socorro, jugó al santo mocaro y con su cara de hombre de mala digestión, me dijo:

—Las mujeres son todas iguales, Aniceto. No valen ni un trago de vino. Alegra esa cara, hombre. Mirame a mí, rechoncho, con más salud que una mula y con cincuenta y tres inviernos. ¿Sabes a qué lo debo? Jamás me he preocupado por las mujeres. Y ya me ves.

Aunque yo tenía mis razones para pensar que en lo tocante al boticario pudiera haber un trastroque, y ser las mujeres las que nunca, jamás, amén, tuvieren preocupación por él, el caso es, señor Gobernador, que aquellas palabras me levantaron el ánimo y me apaciguaron el enorme penar que me llenaba de tristísima congoja.

—Mira, Aniceto. Aún hay más. La Socorro... ¿ves? Mandona, autoritaria, astutamente dominadora. ¿Qué era eso de prohibirte el mus?

—Hombre, don Cosme, ella me quería.

—Te quería, sí, pero... ¿cómo te quería? Para amargarte la vida. Me apuesto este cogote a que, de casarte con ella, a los dos años, barrías la casa y te salían callos de fregar el puchero.

—Pues no sé qué...

El señorito Ramón también rompió su lanza y echó su cuarto a espadas.

—La mujer, Aniceto, ya lo dijo un gran hombre de la Alemania, es un animal de entendimiento corto y pelo largo.

El señor cura no dijo ni pío. Quién sabe por qué se levantó y se marchó. El boticario, ya encantado, siguió metiendo tira y más tira.

—Si tuviera un par de machos el pueblo, fundáramos un Club de Solteros.

El señorito Ramón saltó con un fuego que no me parece bien que lo tengan los asmáticos.

—¡Eso es una idea estupenda, Cosme! ¡Soberbia Genial!

Yo, y vucencia me perdonará esta incultura pero uno, aunque letrado, no puede saberlo todo, no tenía ni la más remota idea de lo que podía significar un Club de Solteros, y como soy sincero y me precio de serlo, así lo dije, muy llanamente por cierto.

El boticario recogió la baraja y la crilló en la mesa.

—Mira, Aniceto. Eso es importación de las Américas del Norte. Cosa nueva, fácil. Un club de solteros es como un casino, pongamos, como una sociedad que sólo admite a los hombres solteros.

—¿Y si se casan después?—contesté perplejo.

—¿Cómo casarse después?—(créame, señor Gobernador, yo veía hasta espuma en la bo a del boticario). —¡Ni hablar de eso, amigo! Si se funda un Club de Solteros y pertenezco a él, no se casa ni mi padre.

—¡Hombre!...

—¡Ni mi señor padre, que gloria haya!

Yo estaba recocado, señor Gobernador, esto es clavo pasado. Muy recocado con la Socorro. Recozco que un Alcalde no debe lanzarse así, sin más, a formar parte de una asociación un tanto rara sin haber conseguido el permiso de los superiores, pero también, para mi descargo, hago constar que no existía ningún apartado que me lo prohibiera.

Y como, repito por tercera vez y valga que a la tercera va la vencida, estaba muy recocado con la Socorro, pensé que aquello de pertenecer a un club de solteros era la única salida airosa que me quedaba para no mermar mi carácter y autoridad y así escuché atentamente las razones del boticario, tiré por la calle del medio, lo pensé bastante menos de lo debido, que ahora lo veo, y decidí pertenecer al club.

Se suspendieron las partidas de mus. Al cura le dijimos que no estaba el horno para bollos y que el trabajo era el trabajo, y el mus, pues eso, el mus. El señor cura, señor Gobernador, lo pongo en su conocimiento por aquello de las recompensas, es muy listo y las pilló al vuelo y por ello no se creyó ni jota, pero hizo como que sí y se metió en la sacristía a rezar el breviario y hacer solitarios.

Mientras, nosotros tres, en absoluto secreto, elaboramos en dos semanas abundantes los estatutos por los que se regiría el nuevo Club. Todos pusimos algo de cosecha propia en la redacción, pero

quien se calzó las botas fué el boticario, que con su cara de hombre de mala digestión, exigió, esta es la palabra, un rigor por demás exagerado.

Y no tengo inconveniente en notificar a vucencia que cuando lea los Estatutos, cuya copia transcribo más adelante, y que le haré mañana, porque hoy ya tengo la cabeza como un cencerro, debe vucencia atribuir al señor Cosme Pamparacuatro los apartados más tenebrosos, más tremendos y terribles del documento en cuestión.

Y ahora, señor Gobernador, con su permiso me iré a las sábanas que ya rodaron las dos por los tejados y a la amanecida he de acercarme a la era por una carga de centeno.

Pero no me acostaré sin el regusto de aclararle que la cosecha es estupenda. Cuatro años así y la economía nacional pega un salto de canguro.

Buenas noches tenga vucencia, señor Gobernador.

Aquí me tiene otra vez agarrando la pluma como si tal fuera una pata de pollo y dispuesto a terminar hoy la carta Perdóneme, señor Gobernador, si le escribo con tinta roja, pero ayer se me terminó la negra y he tenido que echar mano de lo que hay. (De existencias para escribientes nuestro Ayuntamiento no anda muy sobrado.)

Creo que habíamos quedado en lo de la composición de las bases para nuestro Club de Solteros. Allá voy.

Ya terminado el documento, sin que ningún mal aire sospechara lo más mínimo, nos dispusimos a hacerlo público.

A todo esto, yo había sido nombrado Presidente del futuro club, cargo que acepté de corazón y de buena voluntad porque pasta tengo para todo como Alcalde que soy. Y eso de ser Presidente de algo le halaga a uno, para qué andar con rodeos.

Enten. Le puse al pregonero el papel en la mano y él, a golpe de cuerno, congregó al pueblo en la Plaza Mayor.

No crea vucencia, señor Gobernador, que no tenemos corneta, que corneta sí hay, y varias, pero el pregonero sigue anunciando con el cuerno por aquello de los turistas, que el día menos pensado nos visita el primero y la impresión castiza nunca se sale de los buenos modales.

Ya reunido el pueblo, el pregonero, que se llama Segismundo y tiene una voz como las que se oyen por la radio, leyó el documento que tengo el honor de copiar íntegro a vucencia.

Léalo, señor Gobernador.

«Yo, Aniceto Peláez Caramillo, Alcalde de Villapacífica, en virtud de la autoridad que me han conferido las Jerarquías superiores y que no viene al caso nombrarlas, hago saber:

1.º Puestos a considerar en frío el estado de las sociedades existentes en Villapacífica, este Ayuntamiento, asesorado por los señores don Cosme Pamparacuatro y don Ramón, más conocido por el señorito Ramón, hombres cuya sapiencia y conocimiento nadie puede poner en tela de juicio, ha notado la falta de una de las más importantes manifestaciones del progreso de los pueblos, como es una sociedad dedicada única y exclusivamente al recreo de los solteros, y por ello, este Ayuntamiento decide, desde hoy, fundar un Club de Solteros, Club que, para los futuros que ingresen, se regirá por los siguientes Estatutos:

Estatuto A.—Pueden pertenecer a este Club todos los solteros de la localidad, siendo la fecha tope los dieciocho años, ya que este Ayuntamiento ha creído de razón que antes de esta edad las mujeres se ven de otra manera.

Estatuto B.—En el momento de ingresar el nuevo socio en el Club, se le exigirá palabra de honor de no casarse nunca, por mucho que le pesen los huesos y por mucho que tarde en fallecer.

Estatuto C.—Queda terminantemente prohibido para los socios bailar con mujer que no sea su hermana o su madre, teniendo que pedir permiso a la Directiva del Club para bailar. En casos de fuerza mayor, con prima o sobrina que venga de visita al pueblo.

Estatuto D.—Prohibido bajo multa grave, cuya cuantía en moneda fijará la Directiva del Club, mirar a mujer alguna de la localidad, como no sea de refilón y como al pasar, permitiéndose esto sólo a la mañana y a la caída de la tarde, para dar los buenos días y las buenas noches, que la perfecta educación no está refilada con los componentes del Club.

Estatuto E.—Todo socio al que se le vea hablar con mujer de las llamadas casaderas, sin razón jus-

tificadísima, y de paso será expulsado del Club sin contemplaciones, a más de ponerle una multa que le dejará sin resuello.

Estatuto F.—Las mujeres casadas serán objeto de buen trato y grata cortesía, ya que las consideramos capaces de no molestarnos en la actualidad, pero si por un casual, que Dios no lo quiera y Dios lo remedie, una de estas mujeres enviudare, pasará sin tardanza a considerársela en el apartado G).

Estatuto G.—Las mujeres viudas serán consideradas como las más peligrosas y su trato como el más nocivo, dado que ya conocen a fondo las artimañas conducentes al matrimonio. Así, pues, queda de claro que las faltas con mujeres viudas tendrán todo el rigor de la Directiva no andándose ésta en ningún caso con paños calientes.

El presidente del Club de Solteros soy yo. Aniceto Peláez Caramillo, Alcalde de Villapacífica, y completan la Directiva el señorito Ramón, vocal de Educación, y don Cosme Pamparacuatro, vocal de Castigos.

Todos los vecinos que sientan aptitudes y se crean capaces de pertenecer al nuevo Club que pasesen por el Ayuntamiento a cualquier hora y que lo digan. Pregón dado en Villapacífica a las cuatro horas de la tarde del día 14 de marzo. Firmado: Aniceto Peláez Caramillo.»

Este, señor Gobernador, sin una letra de más ni de menos, fué el pregón que leyó Segismundo bajo los arcos de la Plaza Mayor, y que para mi daño consideré entonces como casi perfecto y digno de llevarlo adelante ya que nunca creí que las cosas vendrían mal dadas y mucho menos tan mal dadas como vinieron. Pero así es la vida. Uno hace algo creyendo que descubre las Américas y luego, por menor pena, tiene que presentar la dimisión como Alcalde.

No sé lo que vucencia opinará sobre el dicho pregón, pero sí le puedo decir lo que opinó el señor cura en aquel pasado. Le vi enfilar la trastienda de la botica que la Directiva en pleno del Club de los Solteros creyó prudente no dar la cara y esperar acontecimientos y me pareció que no llegaba precisamente a felicitarnos.

—Ya sospechaba que la suspensión de las partidas de mus ocultaba algún propósito. ¿Puedes explicarme, Aniceto, qué majadería es esa del pregón?

Me coloqué bien la corbata para contestar.

—Señor cura, los tiempos cambian.

—¿Qué tiempos ni qué narices!

—Señor cura, usted no puede comprender. En las Américas...

—¿Qué Américas ni qué niño muerto! En las Américas hay millones de habitantes y no vienen de un aire.

—Señor cura, usted dirá lo que quiera, pero...

—¿Qué señor cura ni qué zarandajas! Dios creó a los hombres para perpetuar la especie y el matrimonio es uno de los sacramentos más hermosos que existen. Y le recuerdo, señor Alcalde, las palabras claras del Evangelio: «Creced y multiplicaos».

Usted comprenderá, señor Gobernador, que aquello de que el cura me llamara señor Alcalde cuando me había tuteado siempre, me sentó mal. Pero que el señor cura me recordara el Evangelio me sentó como un tiro. Que uno es cristiano desde la pila del bautismo y uno se va a misa todos los domingos y días de fiesta, y uno, señor Gobernador, se sabe de memoria, y sobre todo siendo Alcalde, el Evangelio y los Antiguos Testamentos. Y que uno, señor Gobernador, es católico, apostólico y romano y que no vayamos a confundir. Bien está, y creo que vucencia será de mi opinión, que el señor cura le recuerde a uno cosas en el púlpito y en el confesionario, donde entre paréntesis, uno las pasa un poco apretadas por aquello de la memoria, pero de eso a...

—Señor cura. El Ayuntamiento ha creído oportuno crear un Club de Solteros, y ese Club seguirá adelante con la oposición del clero o con la aprobación del clero. Las fuerzas vivas son las fuerzas vivas. Permítame que se lo recuerde, señor cura. ¿No cree vucencia, señor Gobernador, que estuve verdaderamente entero en mi respuesta? Gracias anticipadas si así lo considera y siempre su seguro servidor. El deber es el deber.

Naturalmente, el cura se convirtió en nuestro enemigo. Pero del señor cura ya trataré más adelante.

Las mujeres, ya conoce usted a las mujeres, se-

ñor Gobernador, nos tomaron el pregón a chifla. Hubo sus corrillos aquella noche en la fuente vecinal y yo mismo, desde el balcón de mi casa que da a Poniente, escuche las carcajadas.

Sí, sí. Carcajadas.

Al otro día, a las tres de la tarde, se presentó en mi despacho Juanón, el hijo de la Petra, y me dijo que deseaba ser socio de nuestro Club. Le miré de soslayo, no muy convencido, porque sabía que cortejaba a la Ramona, moza si las hay y retonzona como ninguna.

—Pero Juanón, ¿tú no tienes novia?

—No.

—¿Y la Ramona?

—Ya me huele, señor Alcalde. No sabía cómo decirle los nones, pero con esto...

—Buena disculpa, ¿eh?

—A ver...

Emocionado, puede creerme vucencia, ya sabe que a veces uno se emociona como quien llueve, mandé a buscar al boticario y al señorito Ramón y allí mismo el rapaz prometió lo habido y por haber.

La mecha, señor Gobernador, estaba encendida. Hicimos correr la noticia porque la propaganda es la base del éxito y a la caída de la roche dos nuevos miembros ingresaban en nuestras filas.

Tras los actos de rigor salimos los seis por las calles del pueblo a mirar los ambientes y fuimos como de hierro para las faldas. Nada. El más absoluto desprecio. Ni caso, pero que ni caso, señor Gobernador.

La Ramona se quedó patitiesa cuando se acercó a saludar a Juanón.

—Juanón...

Juanón siguió de largo como si llamaran a otro.

—Juanón...

Juanón se puso a mirar al cielo, despistado.

—Pero, Juanón, ¿qué te pasa?

Juanón soltó un escupitajo, mientras el boticario dijo poniendo los ojos en un arriero que pasaba:

—Oye, Juanón... Tú eres del Club de los Solteros, ¿no?

Juanón soltó otro escupitajo.

—A mucha honra, señor boticario.

La Ramona se quedó de piedra.

Se había ganado la primera batalla, señor Gobernador. Y como las mujeres saben que un clavo saca a otro clavo, las conversaciones de los corrillos a la orilla de la fuente vecinal tenían otra cadencia.

—El Juanón dejó a la Ramona.

—Y estaban para casarse, como aquel que dice.

—El Juanón dejó a la Ramona.

—¡Figúrate!... ¡Y quién sabe cómo la habrá dejado!

—El Juanón dejó a la Ramona.

—La culpa es del Alcalde que está muerto por la Socorro y se dedica a inventar farfollas para picarle el amor propio a la Socorro.



Esta frase se me pegó al corazón con redondeles de fuego y me dió ánimos para seguir adelante, siempre en mi puesto de Presidente del Club de Solteros, dispuesto a dar ejemplo tras ejemplo.

Bien comprenderá vucencia que tanto el boticario como el señorito Ramón y como yo teníamos que jurar nuestros cargos. Y así lo hicimos tres días más tarde, la víspera de San José, en presencia de nueve miembros, que en aquellos tres días habían arrimado el ascua a nuestra sardina no menos de seis miembros más. Uno de ellos, el Juanjo, bragado y mujeriego hasta los tuétanos, resultó una adquisición medio decisiva. Este tal Juanjo, que es posible que vucencia le conozca, ya que hace la ruente de plata tan rapido y tan sabrosamente que andaban tras sus pasos seis rapazas del pueblo, tiene un cuello más largo que un día sin pan y una nuez que mismamente parece se le va a caer en cuanto respire, y como sabe darle a la sin hueso y tiene una cara de cemento armado, es conocido en todo el Concejo y más allá.

Con estas cosas, señor Gobernador, la existencia de nuestro Club comenzaba a airearse, precisamente por boca de mujeres, y así vimos una vez más que la iruta, para caer, sólo necesita estar madura, y al cabo de otra semana nuestro Club ascendía a la respetable cifra de veintitrés miembros.

Ya le dije a vucencia al comienzo de la carta que Villapacífica, tiene por aproximar unos sesenta vecinos, que hacen un total de ciento setenta habitantes de población fija, y en lo que respecta a la flotante, le comunico con gran sentimiento que hemos perdido este año el cincuenta por ciento, ya que, de los dos vagabundos que nos visitaban, hermanos, por cierto, uno murió este invierno pasado y ahora sólo nos queda Félix, que es cojo y toca la armónica por cierto, si no como los ángeles, bastante pasablemente.

Yo creo, señor Gobernador, con todos los respetos se lo digo, aunque no tenga nada que ver con el asunto que tratamos, que esto de la población flotante debía ser algo para considerar largamente y empujarlo hasta las Cortes, ya que pienso que no está demasiado bien que los Madriles tengan a lo mejor cien personas de población flotante y nosotros no tengamos más que una. Bien me sé que los Madriles no son Villapacífica; pero de todos modos... ¿Qué le parece a vucencia, señor Gobernador?

Pasando a nuestro asunto otra vez, y pudiéndole el perdón por esta desviación a salto de mata, le diré que los mozos en trance de casorio con que actualmente cuenta Villapacífica no se apartarán mucho de los sesenta, o aún menos, y puede vucencia pensar que, de seguir la marcha que llevaba nuestro Club, en otros quince días quedaban para vestir santos todas y cada una de las mozas de mi jurisdicción.

Fué por esto, y no por ninguna otra cosa por lo que el señor cura se decidió a tomar cartas en el asunto. ¡Y cómo las tomó! Ya le dije que, aparte de buen párroco y santo varón, jugaba al mus que se las pelaba, y el muy ladino desde el púlpito, en la misa mayor del domingo, echó todos los órdagos que le vinieron al meollo.

Yo siempre presido la misa en una silla que ponen en el pasillo central entre las filas de bancos, y, por consecuencia, metido de lleno en terreno enemigo (vucencia me comprenderá a buen seguro), y cuando al subir al púlpito el señor cura me dirigió una mirada al través, me dijo: Aniceto, aquí pringas hoy sebo de puro sudor.

El señor cura comenzó a hablar de la madre señor Gobernador. Que si la madre era lo más sublime que había en la tierra; que si la madre, cuando tenemos la tos ferina no duerme; que si la madre, cuando nos vamos a la «mili», ni come tan siquiera; que si la madre...

¿A qué negarlo, señor Gobernador? A mí me caían unos lagrimones como puños; los mujeres lloraban a moco tendido y la iglesia parecía un mar de lágrimas. Miré en torno mío y aquello semejaba una hecatombe de la que se salvaba solamente el boticario. Sí, señor, porque don Cosme Pamparacuatro tenía una sonrisilla de conejo salvaje que helaba. Y esto fué como una cataplasma que me calmó los pulsos al momento. Comprendí que como Presidente del Club de Solteros debía de dar ejemplo y demostrar que la madre me importaba un rábano, y así ensayé una sonrisa facilona y sarcástica. Tardó su tiempo en

salirme, pero me salió, ese es el caso. Y cuando me salió, desde el púlpito llegó la avalancha. El señor cura, que no tiene pelo de tonto, trató de parar al público arremetió como un loco contra nuestro Club. Y lo más terrible es que el señor cura llama al pan, pan, y al vino, vino, y ni como ni perezoso dijo que echaba toda la culpa a Presidente. El Alcalde del pueblo, que estaba sentado en medio del pasillo.

Y apunte, señor Gobernador, apunte, me señalaba con un dedo con tal fiereza que me daba la impresión de que me encañonaba con una espingarda. No quiero recordar aquello porque se me pone la carne de gallina y se me seca la boca. Me temblaban los pelos del cogote y me temblaba la columna vertebral como si tuviera hormiguillo. El señor cura seguía poniéndome a caer de un burro, y aunque me costaba un dominio tremendo aguantar, aguantaba. Pero fué el caso que, metido de lleno entre mujeres, éstas comenzaron a tirar andanadas por lo bajinis a este seguro servidor.

—¡Anda cobarde, contesta a eso!

—¡Ladrón, que me has robado al Felipe!

—¡Así te enterrarán dentro del vientre de una burra, bandido!

—¡Feo, más que feo!

—¡Qué más quisieras tú que la Socorro te hiciera degues, calzonzos!

¡Horrible señor Gobernador, horrible!

Porque vucencia conoce a las mujeres y comprenderá entre líneas que me decían cosas mucho peores y mucho más subidas, que por aquello de la educación y del buen hablar no puedo poner aquí. Yo pensaba, entre resuello y resuello, que el momento del desmayo estaba a la vuelta de los segundos, y que como tardase un poco el señor cura en terminar el sermón yo caía igual que un árbol viejo.

No fué así, por ventura mía, y resistí tres largos cuartos de hora; pero nada más terminar la misa tuve que meterme entre pecho y espalda un par de litrajes de tintorio para tener firme el pulso, ya que el Club de Solteros se reunía y yo había de discursar.

Fuí breve, conciso, y, a mis entendederas, estuve algo así como fenomenal.

«¡Socios del Club! Estamos en peligro. El clero en masa se opone a que alcancemos la meta. Aunque venga otra guerra, aunque nos atormenten cada domingo en la iglesia, hasta que el Papa no me escriba personalmente una carta declarando el Club fuera de la religión, seguiré empuñando el timón de vuestros destinos. ¡Guerra a las mujeres!»

Un rugido de veintitrés gargantas me contestó: —¡Guerra!

¡Fuí tan feliz, señor Gobernador, en aquel momento; tan feliz!...

Pero la guerra estaba declarada sin tapujos, cara a cara, y era preciso no perderse en sentimentalismos. La lucha es la lucha.

Y digo que la guerra estaba declarada sin tapujos porque poco después de terminar mi discurso entró por la ventana un cantazo que de haber topado con la cabeza de alguno lo deja en el sitio.

Creí oportuno, señor Gobernador, aprovechar aquel acto de terrorismo para hundir aún más al enemigo.

Me acerqué a la piedra y la señalé con dedo acusador. Grité:

—¡Mirad! Esta es la muestra. Luchamos contra salvajes con pelo largo que se pintan la boca con carmín para despistar. ¡Muerte a los fariseos y a la toponimia!

Esto de la toponimia, señor Gobernador, no sé lo que significa ni tampoco recuerdo dónde lo aprendí; pero lo dije en aquel momento por parecerme que nosaba solemne y apropiado.

Mis palabras levantaron los ánimos y acrecentaron los deseos de lucha, y todos y cada uno parecíamos medio alucinados, medio enturbiados por la rabia sorda y una felicidad que venía Dios sabe de dónde. Estábamos, en una palabra, en pie de guerra.

—¡Muera la toponimia!—repitió el boticario. Pero la toponimia de las mujeres.

Salimos del Ayuntamiento dispuestos a todo.

El cura charlaba con un grupo de rapazas y movía los brazos como aspas de molino. Más al fondo de la plaza, otro grupo de hombres casados cuchicheaba. Nos llamaron. Entramos todos en la ta-

berna y el Manolo, tras asegurar que estábamos invitados, tomó la palabra:

—Aniceto...

—¿Qué?

—Nosotros, los casados, queremos hablar contigo.

—Tú dirás...

El Manolo se echó un trago de medio minuto.

—Estamos de tu parte, Aniceto.

Se lo juro, señor Gobernador; se lo juro. Sentí agua en los ojos.

—¿De mi parte?—pregunté, y me salió un gallo «así de gordo».

—De tu parte, sí; cuenta con nosotros. Si hay que echar una mano, cuenta con nosotros.

Al boticario le dió un ataque. Se puso rojo; después, verde; luego, azul.

—¡Vivan los pantalones, por mi señor padre, que Gloria haya!—gritó.

Y tras echar esto fuera volvió a su color natural.

El Manolo tornó a la palabra:

—Yo, en particular, Aniceto, quiero hacer una consulta a la Directiva del Club.

—Eso—dije—, al señorito Ramón.

—Venga la consulta—dijo el señorito Ramón.

—Pues, verá usted... ¿Cómo anda eso de la influencia?

El señorito Ramón se puso bastante serio.

—El Club tiene una influencia sobrada en determinadas esferas.

Al Manolo se le alegraron los ojos.

—Vale. El caso es que yo... yo... yo quiero divorciarme, señorito Ramón. Y puestas así las cosas pensé que... por un si acaso, ustedes...

El señorito Ramón llevó la mano a la barbilla.

—Todo se andará, joven; todo se andará. Déjalo en nuestras manos. En el momento actual, las relaciones con Roma están un poco tirantes; pero no tardaremos en conseguir un Concordato o cosa similar. Déjalo en nuestras manos.

Al Manolo se le salían los ojos de la cara.

—¿Hay, pues, esperanza?

—¡Cómo esperanza!... Date por divorciado.

Aquí fué Judas, señor Gobernador. Y digo que aquí fué Judas por decir algo que suene a fuerte, porque la escena que siguió tiene su tranquillo.

—¿Este y el señor Ramón, el de la tía Eustaquia todo mezclado?

—Yo también quiero divorciarme.

—¿Lo que son las cosas, señor Gobernador!...

—¿Y yo!...

—¿Lo que son los hombres, señor Gobernador!...

—¿Y yo!...

—¿Y yo!...

—¿Y yo!...

—¿Lo que son las mujeres, señor Gobernador!...

—Eso! Sobre todo, ¿lo que son las mujeres, señor Gobernador!...

Vucencia comprenderá que después de las palabras del señorito Ramón hubo de dar esperanzas a todos, aunque, claro estaba, el asunto requería tiempo, tacto y diplomacia.

A la tarde, otros diez socios nuevos ingresaron. Y a la noche, hubo que suspender el baile por falta de hombres, o, más concretamente, según frase del señorito Ramón, por agudísima crisis pantalonera.

Las mozas casaderas, emperifolladas y demás, esperaron inútilmente que llegara el galán, y se acostaron al caer la noche, con bilis en los ojos y tremendos pensamientos en los tuétanos.

Yo tuve una acometida de sueño de lo más dulce. Los hombres estaban de mi parte. Los casados, esperando la buena nueva de reanudación de nuestras relaciones con Roma, y los solteros, con castreos de libertad en los andares. Yo estaba contento, señor Gobernador. Que es muy mucho grante de eso de ser Presidente de una Asociación que hace a los hombres libres como las golondrinas. Pensaba con regusto y con un poco de emoción en el momento en que encontrara cara a cara a la Somorra, que aún no le había echado el ojo encima, y ensayaba con la almohada el gesto que iba a poner, la mirada que iba a dejar resbalar, el desprecio imponente que me colgaría por los labios. A lo mejor, al pasar ella me daba por escupir. Esto me parecía un poco fuerte; pero aquella noche no tenía por seguro el dominarme y el no hacerlo. No crea vucencia señor Gobernador, que no tengo mis puntos de educación, que sí los tengo; pero recuerde, y van cuatro, que yo estaba pero que muy recocado.



Me dormí, pues, feliz.

Nor sé por qué, ni creo que haya cristiano viejo que lo sepa; pero siempre que uno es feliz, a poco se mete la barriga en mal año o se pone el pie entre fango y cae uno en una desesperación tremenda.

Lo mismo me pasó a mí, señor Gobernador.

Porque al día siguiente comenzó una cosa que se las trae...

Va vucencia a reirse; ya lo veo, o, mejor, lo imagino. Esto de reirse es cosa de risa. Uno dice: «¡Bah; eso serán tonterías! ¡Bah; esto a mí no me importa un ardite! ¡Bah; ni preocuparme!»

Eso fué lo que yo dije cuando al día siguiente me llegaron nada menos que siete anónimos amenazadores. Me llegaron casi todos juntos, con pequeños momentos de desnivel, y fijándome en la letra llegué a la conclusión que seis eran de seis mujeres distintas, y uno, de hombre. Los anónimos de las mujeres no los transcribo, señor Gobernador, entre otras razones, porque se me pone la cara roja de vergüenza; pero sí le copio el que traía letra de hombre, que, tras mucho pensar y comparar, la Directiva llegó a la conclusión que era obra del sacristán, a todas luces obligado por el señor cura.

Rezaba así:

«A todo cerdo le llega su San Martín».

Mi opinión sobre este anónimo, señor Gobernador, no pasaba más allá de un insulto; insulto, sí; pero insulto ponderado y suave, comparado con el contenido de los otros seis. Mas el boticario estiró la pupila y llegó lejos; llegó, para ser exactos, a dónde el señor cura quería llegar.

—Amigos: Al cura le flaquea el cacumen. El cura se hace viejo...

—¿Pues...?

—Está claro. El cura insinúa que nuestro Presidente terminará pasando por la sacristía en plan de arreglar los papeles del matrimonio.

Perdóneme, señor Gobernador; ya sé que no es correcto en un Alcalde reírse del clero, y por eso reconozco ahora que aquel espantoso ataque de risa que me sacudió el cuerpo no estuvo muy en consonancia con mi carácter de autoridad. Y, sin embargo, ¡qué quiere vucencia!, no pude contenerme y amarrar el trapo de la risa. Y no fui yo sólo el que me reí, que también el boticario y el señorito Ramón se reían tan fuerte y tan hondo que les marchaba una pierna para cada lado, talmente como si se espanzuraran.

Decidimos intervenir en el asunto y le contestamos al cura en los siguientes términos: «Señor cura: El cerdo está gordo y sabe bien, porque no lo cuida ni cura ni mujer».

También ponderado, señor Gobernador, y también con un poquillo de eso que llaman filosofía, para que el señor cura pensase antes de ver claro.

Y ya que vamos avanzando en la carta y en los hechos que sucedieron en Villapacífica, señor Gobernador, me llega la hora de relatarle uno de los sucesos más terribles y tremebundos. Y empleo estos adjetivos porque no tengo noticias de otros más contundentes; que de ser así, ya estaban puestos en el papel.

Va a reírse, señor Gobernador; va a reírse al principio; pero al rato se pondrá serio y maldecirá, como yo, a la humana gente.

Despertó la mañana del otro día con vientecillo fuerte y amenazando lluvia el cielo y con nubarrones de a kilómetro.

Por lo sabido, que no por visto, a la noche no había dormido ninguna casada. Los maridos, con una borrachera cada uno, y no con dos porque es de todo punto imposible, al llegar a casa pusieron el asunto sobre la boca y les comunicaron a las mujeres que en menos que canta un grillo se fueran despidiendo de la vida regalada, porque habían decidido divorciarse, cosa que nosotros, el Club de los Solteros, les arreglaría en un quitame allá esas pajas.

A la mañana, el señor cura tenía en el «confesionario» una fila de mujeres que asustaba.

Y aquí está el asunto, señor Gobernador; fíjese vucencia bien en la picardía del sexo débil que cada una iba a contar en secreto lo que le había dicho el marido; pero no se atrevía a decirlo claramente en público.

El cura, según noticias, estaba pasmado. A lo mejor se preguntaba si el calendario le había jugado una trastada y estaba en puertas la Semana Santa.

No sé lo que pasaría ni lo que diría. Sólo sé, señor Gobernador, que a la tarde, a las cuatro, hubo un Retiro Espiritual para todas las mujeres del pueblo, y nada más que para las mujeres.

Y fué al terminar aquel Retiro cuando llegó lo tenebroso.

Lo tenebroso es, ni menos ni más, que fui víctima de un atentado.

¡De un atentado, señor Gobernador; fíjese vucencia en lo que le digo...!

Un atentado tan vil, tan criminal, tan..., no sé cómo llamarlo, que aún ahora, recordándolo, se me llena la frente de sudor y me tiembla la mano peligrosamente.

Mi balcón, señor Gobernador; el balcón de mi habitación está a ras de tierra, y como soy un hombre sano y de costumbres higienicas, siempre

duermo con él abierto de par en par, por mucho que nieve, sople viento o sople cierzo.

Y aprovechándose de esta costumbre, por demás aconsejada por doctores y también por el boticario, una mano criminal introdujo durante mi sueño una serpiente en mi habitación para que me arrease cuantos más «mordiscos», mejor. ¡Menos mal que duermo con un ojo abierto y el otro de canto y escuché un ruido como de arrastrarse y encendí el carburo a paso de galope!...

Créame, señor Gobernador; cuando la vi casi me muero de un patatús.

Me llegaron los pelos al techo y se me quebraron los pulsos y tuve así como un desmayo que me paralizaba. Comencé a rezar el Señor mío Jesucristo muy lento y muy atragantado, y esto me dió las fuerzas necesarias para, tras un salto, coger mi garrote e incrustárselo en la cabeza a la serpiente. Desde luego, la dejé en el sitio; pero no pude dormir en toda la santa noche, pensando que las desgracias nunca vienen solas y que las mujeres sin mirada de hombres—que ya llevábamos nuestros buenos días de la fundación del Club y ni una sola multa había sido necesaria—son capaces de los más siniestros y criminales proyectos y el imaginar lo que me pudiera venir en días sucesivos se me iba el respiro y no parecía tornar nunca.

Y mis sospechas se confirmaron, señor Gobernador. Escúcheme vucencia atentamente y dígame luego si es cosa de risa, esto de los atentados.

Pienso que preferible resulta ser siempre un don nadie y vivir en que y gracia de Dios, que no ser presidente de cualquier cosa, aunque sea de un Club de Solteros, y estar expuesto a volar el otro barrio en un decir «Jesús» y de forma inesperada. Y puestos a considerar las cosas, vucencia me comprenderá, espero.

Al pasar por los soportales de la plaza Mayor, camino del Ayuntamiento, me tiraron un tiesto, que me pasó rozando la oreja izquierda y que explotó a mis pies como una bomba de mano.

Ya en el despacho, como me apretara la sed y pidiera agua, la Manuela, la sirvienta, que se había quedado sin su Narciso, y que le quería bien, pese a tener los ojos extraviados, me trajo un vaso, sí; pero lleno de lejía, y el primer sorbo me lo tragué entero, señor Gobernador. La despedí, cierto; pero después de comer me entraron unos retortijones que creí de Dios llegada mi última hora.

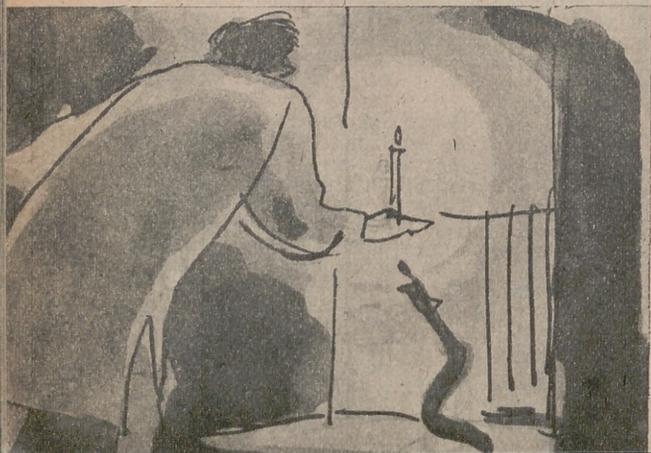
Y por si fuera poco la mano de la mujer, también la mano del hombre vino a atormentarme los sesos, pues Fermín, el dueño del baile, hombre de armas tomar y de fuerzas sobradas para tumbar a un toro, me esperó a la noche en una callejuela y luego de decirme que era un perro sarnoso y que le había hundido el negocio del baile, me tiró un viaje y me puso un ojo hecho una pena. Y no me puso más porque piernas tengo y en buen estado. Pero no pude dejar de oír su amenaza de que como no acabara aquello en breve, estaría encantado de meterme un cargador en la barriga. Y no se le puede tomar a broma, que pistola tiene, pues cuando joven fué carabiniere.

Así, señor Gobernador, vucencia comprenderá que vivía con el ánimo sobresaltada y con aviso y que llegué a tener verdadero pánico, más que por la muerte, que no soy cobarde y no lo temo, sino como cualquiera, por aquello de morir de repente y sin confesión, y como en esta fecha tenía algún pecadillo de monta y no podía ir a confesar dadas las relaciones con el señor cura, el pánico subía de tono y era ya terror lo que sentía.

Supongo, señor Gobernador, que cada uno de los pertenecientes al Club tendría también su atentado particular, obra de su correspondiente novia abandonada, pero esto era de menor cuantía comparado con lo mío, ya que yo era el blanco de todas las furias, que esto no lo duda nadie.

Yo pensaba todo esto, hundido en el sillón de mi despacho, precisamente el día 5 de abril, y me miraba las carnes, que sé me iban sin darme cuenta, debido a la lucha que mantenía en mi interior, pues mientras los atentados arreciaban más me atosigaba el boticario, a resistir y a dar ejemplo.

Ya ve vucencia lo que es el mundo, señor Gobernador. Hablé del cinco de abril. Bueno, señor Gobernador, bueno. Todo lo que me había pasado, con ser mucho y sobrado para acabar con los nervios del hombre más bragado, queda reducido



a ceniza al mirarlo por el lado de lo que ese día comenzó a suceder.

Porque el cinco de abril, estando yo sólo en el despacho, entró... ¿Se imagina quién entró, señor Gobernador?

No. Que no se lo imagina.

Entró la Socorro.

¡La Socorro, señor Gobernador!

—Vengo por lo del testamento de mi padre —dijo de sopetón.

Procuré dominarme y comencé a recordar el gesto, la mirada y el desprecio que requería la situación. No me salió nada.

—Síntese un momento—dije para ganar tiempo.

—Estoy bien como estoy.

—Usted sabrá.

Revolví entre los papeles, buscando los que le interesaban a ella, pero no aparecían. Se lo dije.

—¡Vaya un Alcalde!

Me sentí herido, señor Gobernador. Muy herido. A mí las cuestiones del Ayuntamiento no me las toca nadie.

Me volví y la miré.

—¡Usted es una desca...!

Me corté en seco. Me corté en seco. ¡Maldita sea mi sombra! Me corté en seco, señor Gobernador. Vucencia me comprenderá.

Porque aquella cara que yo siempre había visto rolliza y con el color subido, estaba chupada, macilenta y pálida, si hay palidez en este mundo. Porque aquellos ojos retozones, en otro tiempo alegría y espejo de los míos estaban tan hundidos que pensé que cada ojo era un túnel.

—Pero... ¿qué te pasa, Socorro? ¿Estás enferma?

Ella bajó el mirar.

—No.

—¿Cómo que no? Si te cuelga la piel, Socorro. En la falda cayeron dos gotas, y me retumbaron en el pecho como cañonazos.

—Pero... Socorro... Tú... Tú... Tú necesitas un médico.

Ella comenzó a llorar y yo comencé a acercarme a ella con pasos suaves.

—Socorro...

Me salió la palabra como a empujones y con un tono que yo mismo desconocía. Ella alzó los ojos.

—Aniceto...

Ya lo sé, señor Gobernador, ya lo sé, pero... ¿qué quiere vucencia que le haga? Cuando me di cuenta estaba estrujándola.

—Yo te quiero, Aniceto, yo te quiero.

—Rapaza...

Ella me quería, y yo, pasmado, descubrí que estaba como una cabra por ella.

Y aquí comenzó lo trágico.

He pasado ocho días en plero infierno, porque ya va para una semana de esta escena que le acabo de referir. Y desde hace una semana no he vuelto a verla, sencillamente, porque no puedo, y porque la Socorro, que también tiene alcances, así me lo aconsejó.

Pero ya no puedo resistir más, señor Gobernador. Me es imposible. Yo termino con esta situación mañana mismo, que decidido lo tengo.

Y por ello le escribo esta carta y le presento mi dimisión irrevocable. Y porque tengo miedo a lo que pueda suceder, quiero llevar por lo menos un paso al más adelantado y ponerle en guardia, ya que mañana pienso hacer público mi deseo de casarme inmediatamente con la Socorro.

De aquí toda esta larga historia, señor Gobernador.

No tengo ni la más remota idea de la reacción del pueblo.

Puede que los componentes del Club de Solteros decidan lincharme en la plaza pública y me cuelguen del castaño ese que parece todos los inviernos que va a caer pero que nunca se cae. Puede



que al cura le dé un ataque de risa y, entonces, a mí se me ciegan los ojos de rabia y cometa una barbaridad. Puede que las mujeres de Villapacífica me tiren al río o me llenen de flores, todo es posible, señor Gobernador.

A quien más miedo le tengo es al boticario hombre al que se le rasca el pecho con un dedo y salen chispas. Pero de esto no se preocupe. Hablaré antes con Fermín, el dueño del baile, que de joven fué carabinero, y espero que lo tendrá a raya, aunque tenga que empuñar la pistola.

Lo que ciertamente le aseguro, señor Gobernador, es que habrá un jaleo de aupa, y que por una parte o por otra, algo explotará, y, sino, al tiempo.

Por todas estas razones, señor Gobernador, le escribo esta carta.

No vaya a ser que el jaleo sea tan sonado que lo publiquen los papeles, y vucencia piense que soy un Alcalde que no cumple con su deber.

Que carácter no me falta. Y que fui honrado toda mi vida.

Sin más, señor Gobernador, se despide de vucencia, éste su seguro servidor, hoy, que de mañana no me atrevo a responder, quién sabe si no estaré dando ortigas, y estrecho su mano con todo respeto y la más cumplida sumisión.

Firmado: Aniceto Peláez Caramillo, ex Alcalde de Villapacífica.

P. D.—Convenía enviar dos parejas de civiles. Puede que haya algún muerto.

EL LIBRO QUE ES MENESTER LEER

AYER, HOY, MAÑANA

Por Mario AMADEO

LA vida política argentina ha adquirido en los últimos meses un ritmo excesivamente desconcertante para que ningún observador consciente e imparcial se atreva a emitir un juicio definitivo sobre el carácter histórico de los acontecimientos que allí se están produciendo. Mientras tanto, la principal tarea de aquellos que se interesen por esta cuestión debe limitarse a acumular el mayor número de datos fidedignos que le permitan un mejor conocimiento de la auténtica situación. En este sentido el libro de Mario Amadeo constituye un interesante testimonio, por ser su autor principalísima figura que ha intervenido de una manera activa en todos los sucesos que han originado el cambio de régimen en la Argentina.

La personalidad de Mario Amadeo presenta, además, características que le conceden un singular perfil. Procedente del nacionalismo argentino, Amadeo, que fué ministro de Asuntos Exteriores en el Gobierno de Lonnardi, cree en los motivos que originaron el peronismo, estimando que no se puede gobernar ahora haciendo borrón y cuenta nueva y volviendo a moldes anticuados y descalificados.

Amadeo (Mario). «Ayer, hoy, mañana». Editorial Gure. Buenos Aires, 1956.

POCOS Gobiernos han tenido mayor oportunidad de engrandecer a este país como la que poseía el general Perón al subir al poder el 4 de junio de 1946. La agitación política que había conmovido a la ciudadanía durante el año anterior se había aquietado, y la gran mayoría de la población anhelaba sinceramente la concordia y la paz. Se había sorteado, mediante un proceso electoral que hasta los mismos adversarios reconocieron correcto, la amenaza de la guerra civil. Las finanzas nacionales presentaban el cuadro más brillante que hubiera registrado desde 1928... Eramos dueños de grandes saldos acreedores contra Estados Unidos y Gran Bretaña y de un fuerte encaje de oro depositado en el Banco Central. Con un país cansado de luchas estériles, con una posición internacional favorecida por la división de los recientes vencedores, el estado de la república, en el momento en que el nuevo Presidente llegaba a la Casa Rosada, se semejaba al que vio surgir la estrella de Roca o al que existía en el momento de triunfar, por primera vez, Hipólito Yrigoyen.

PERON, VISTO POR UN ENEMIGO POLITICO

No es el caso determinar aquí cómo y por qué esas expectativas quedaron frustradas y de qué manera un país que se prestaba a afianzar su jerarquía vió, al cabo de muy pocos años, la población dividida contra sí misma, destruidas sin reemplazo sus instituciones, en quiebra su economía y—lo que es peor—malograda y desvirtuada la revolu-

MARIO AMADEO

AYER HOY MAÑANA

EDICIONES GURE
Buenos Aires

ción nacional y popular cuyo triunfo debió haber asegurado quien había tomado sus banderas. La revolución de septiembre de 1955 no ha sido un acto de sorpresa ni una mera asonada militar ni el golpe de una minoría audaz. Ha sido una reacción profunda del alma nacional y así debe ser reconocida. Quien no quiera aceptar, por amor propio, esa verdad tiene asegurada su derrota.

Conoció a Perón un mes después de haber triunfado el movimiento del 4 de junio. La impresión que causaba Perón a quien por primera vez lo aborrecía era en extremo favorable. Su poder de seducción casi magnético, el clima de cordialidad y de confianza que sabía establecer con el interlocutor, su dialéctica vigorosa, su palabra fácil, su actitud mental exenta de prejuicios, su rapidez para captar lo que se le decía, engendraba la convicción de haberse tropezado con un auténtico dirigente.

Me agradó todo cuanto dijo y, de modo especial, me agradó que—al revés de algunos colegas suyos—escuchara con atención. De esa primera entrevista salí con la esperanza de que se abrirían favorables perspectivas a una revolución cuyo incierto signo nos había a muchos, hasta ese momento, desconcertado. Una sola cosa me turbó, a si se lo dije al amigo que me lo presentó, a la salida, mientras comentábamos el encuentro. Fué el tono áspero de su voz y la expresión torva de su mirada cuando, refiriéndose a un ministro que no era de su gusto, dijo: «A fulano el día menos pensado lo vamos a tirar de un sexto piso.» Pero fué esa una nota fugaz, diluida en la favorable impresión del conjunto.

En las semanas subsiguientes me vi muchas veces con quien yo calificaba en mi fuero interno como «el hombre de la revolución». Las ideas que preocupaban a Perón eran, por una parte, constituir una gran fuerza política y, por la otra, atraerlos a los sectores obreros. Juzgué a éste último proyecto como una cárdida utopía, pues confieso que en ese momento no podía concebir que un coronel sin experiencia de la vida civil pudiera constituirse en «leader» de las masas proletarias. En cambio, me atrajo su plan de crear una fuerza política que asumiera y continuara en el tiempo los «postulados» del 4 de junio.

Sin embargo, el alejamiento no tardó en producirse por voluntad concurrente de ambas partes. Y así fué. Pocas semanas después de iniciadas las conversaciones y sin que mediara resolución expresa, éstas se interrumpieron. Hacia noviembre de 1943 fui imprevistamente trasladado a la Embajada de Chile—hasta entonces ocupaba el cargo de director de asuntos políticos del Ministerio de Relaciones Exteriores—, acaso porque ya se perfilaba un cambio en nuestra política internacional para el cual en el puesto que yo ocupaba iba a resultar molesto. Antes de partir para mi lugar de destino quise despedirme de Perón, al cual no veía desde hacía bastante tiempo. Lo encontré en el antiguo Departamento de Trabajo, en momentos que salía a la calle. Me saludó cordialmente y me invitó a subir con él a su automóvil hasta el Ministerio de Hacienda. Fué esa la última vez que hablé con el futuro amo del país hasta que doce años más tarde lo acompañé, para garantizar su vida, al avión que había de conducirlo al destierro.

COMIENZA LA CONSPIRACION

Quiero dejar establecido que en el curso de esos doce años no tuve hacia Perón ninguna actitud que implicara solidaridad con su persona o con su obra. Ni él hizo ningún gesto de acercamiento ni yo di ningún paso para disminuir la distancia que nos separaba. La casi totalidad de mis amigos políticos obró de la misma manera. Por eso es inexacta la versión que nos ha presentado como «peronistas» tráfugas de última hora.

Las pocas esperanzas que podían abrigarse de que Perón se colocara por encima de sí mismo y rectificara su conducta, se vieron muy pronto defraudadas. Las personas sinceras que en algunos momentos creyeron en él, se fueron poco a poco alejando de su lado.

A mediados de 1951 había llegado a mi conocimiento la existencia de un movimiento militar que se gestaba bajo la jefatura del general Lonardi y de que ese movimiento congregaba a la gran mayoría del Ejército y a la totalidad de la Marina y la Aviación. Sabía también que muy pocos civiles tenían cabida en esa conspiración y aunque mantenía, desde tiempo atrás, excelente amistad con los doctores Vidal Achaval, hermanos políticos del jefe nombrado, no me pareció discreto indagarlos sobre el tema.

El fracaso de la llamada revolución Menéndez en septiembre de aquel año dió pretexto al Gobierno para lanzarse abiertamente por el camino de la dictadura mediante la abolición de las pocas libertades que aun subsistían. A partir de ese momento toda posibilidad de reconstituir la legalidad bajo el régimen peronista quedó anulado. La última esperanza de reacción se concentraba en las fuerzas armadas que—aunque diezmadas por sucesivas depuraciones y debilitadas por el soborno de algunos jefes—mantenían intacta su estructura fundamental.

En abril de 1953 estalló el escándalo provocado por la muerte de Juan Duarte, al que Perón quiso cubrir con el episodio de las bombas de la plaza de Mayo. La represión tomó caracteres aún más violentos que en circunstancias anteriores y se instauró una especie de «terror» al que contribuía poderosamente el fundado rumor sobre aplicación de horribles torturas a los detenidos.

En aquel momento mantenía yo todavía cordiales relaciones con el ministro del Ejército, general Lucero, de quien había sido colega cuando era agregado militar en la Embajada. Hondamente preocupado por el cariz que tomaban los acontecimientos, me decidí a escribirle como amigo, a la vez que como miembro del Gobierno, para formularle un supremo llamado de atención sobre la tormenta que se acercaba.

Mi carta al general Lucero tubo una difusión que yo no había buscado, pues al prestarla a un amigo para que la leyera, éste la copió y la hizo circular. Con notable celeridad el documento comenzó a correr y al cabo de algunas semanas tenía estado público.

A fines de marzo de 1954 tuve que hacer un viaje a Mendoza y en conversaciones que mantuve allí saqué la convicción de que la actitud del Gobierno conduciría en breve plazo a una grave crisis respecto de la cual correspondía prepararse. Para ello resultaba necesario establecer contactos personales entre las figuras representativas de los diferentes sectores de opinión.

Quiero dejar aclarado, si ello fuera necesario, que en estos diálogos, si el mismo que en todos los que mantuve con posterioridad, no se albergó en mi ánimo la idea de renunciar a mis convicciones políticas para plegarme a posiciones que siempre he combatido. Las cosas se planteaban, pues, en un terreno superior a la política: en el ser o no ser de una nación. Había que buscar por todos los medios el encuentro de los hombres de recta intención y diferir nuestras discrepancias—por hondas que fueran—para el momento en que el dilema preliminar quedara resuelto. Así debieron entenderlo también mis interlocutores, pues a ninguno de ellos, de los muchos que traté, o poner reparos fundados en los antecedentes ideológicos que se me atribuían, es decir, en mi supuesto «nazismo».

El día 5 de febrero del pasado año me disponía a partir al campo cuando fui llamado con urgencia por mi joven amigo Jaime Mejía. Pocos minutos después me informaba que estaba comprometido en un movimiento revolucionario y que deseaba de mí—en caso de estar yo de acuerdo con el mismo—una colaboración de importancia.

De inmediato le contesté que no necesitaba pensarlo dos veces para prestar mi asentimiento, pero que necesitaba, eso sí, saber con certeza si se trataba de una iniciativa seria. Entrando rápidamente en materia se me manifestó que la conspiración abarcaba sectores importantes de las fuerzas armadas, pero que hacía falta la presencia de un general en actividad con mando de tropa. Me expresé que se había pensado en el general Bengoa. Añadieron que habían juzgado que yo era la persona más indicada para entrevistarle y requerir su concurso.

Acepté sin vacilar la delicada misión. Recibido con todo afecto por el general Bengoa, al que conocía desde que era capitán, resolví tomar el «toro por las astas» y abordar sin preámbulos el tema que me llevaba. El general Bengoa contestó que comprendía la preocupación patriótica que inspiraba a los promotores del movimiento y que se encontraba plenamente identificado con sus ideales y aspiraciones. «Ahora bien—continuó diciendo—, para que un movimiento militar tenga las máximas posibilidades de éxito es necesario contar con el apoyo de un número decisivo de elementos y no dar por sentado el arrastre que una acción de este tipo podría provocar en los indecisos.»

Algunos meses más tarde, en la tarde del 19 de septiembre, se anunciaba la petición de capitulación solicitada a los revolucionarios por los jefes de la guarnición de Buenos Aires. El pueblo se volcó a la calle, y yo, por primera vez en tres meses, salí de mi refugio y me uní a él, en plena luz y cara descubierta. Caminé por toda la calle liria, y en la plaza de San Martín me uní con licio, y en la plaza de San Martín me uní con fervor emocionado a la muchedumbre, que cantaba el himno junto a la estatua del Libertador. Había concluido una época de la historia argentina.

MINISTRO Y PRISIONERO POLITICO

Al triunfar la revolución nadie sabía con certeza la orientación y composición que caracterizarían al nuevo Gobierno. En las conversaciones que mantuvimos antes del 16 de junio yo no estaba en actitud de plantear cuestiones previas sobre la orientación política de la revolución porque me parecía que lo esencial era acabar con la política de Perón.

Triunfante la revolución, el pueblo de Buenos Aires se aprestó a recibir al jefe vencedor. Todos recordarán la tarde inolvidable del 23 de septiembre, en que el general Lonardi habló al pueblo de Buenos Aires desde los balcones de la casa del Gobierno. Las horas siguientes al juramento del nuevo Jefe de Estado fueron de expectativa por la integración del Gobierno. Por lo que a mí respecta no había recibido ningún indicio que me hiciera adivinar mi incorporación al elenco gubernativo.

Algunos días después el general Lonardi me recibió con esa cordial llaneza que constituye uno de los rasgos inherentes a su personalidad. En pocas palabras me expresó sus propósitos y me ofreció la cartera de Relaciones Exteriores. A las seis de la tarde ese mismo día presté juramento, y una hora después me encontraba entre los muros que, por propia determinación, había abandonado diez años atrás. Había asumido la más alta responsabilidad de mi vida y tenía plena conciencia de esa responsabilidad.

Al llegar al ministerio me encontré con un arduo y grave problema planteado: el asilo de Perón. Como es público y notorio, el ex Presidente se había refugiado, en la mañana del martes 20 de septiembre, en la Embajada del Paraguay. Acompañado por el embajador de la vecina República se había, luego, dirigido a la cañonera «Paraguay», que se encontraba en la rada, a la espera de tomar puerto para ser sometida a reparaciones. Había intensa curiosidad por conocer la actitud que adoptaría el Gobierno, y no faltaban voces, dentro y fuera de él, que ropugnaban el desconocimiento del asilo y aun—en el caso de algunos exaltados—el apoderarse del refugiado mediante un acto de fuerza.

No me costó trabajo adoptar, en la materia, un criterio firme y definitivo. Encontré, por cierto, el más amplio respaldo en el general Lonardi, instintivamente inclinado siempre a las soluciones

razonables y sensatas. Los detalles del embarque de Perón en el avión que le condujo al exilio han sido vastamente difundidos, y no creo necesario volver a referirlos en toda su minucia. Cambié muy pocas frases con el asilado, y ellas referidas al embarque; era, en verdad, un encuentro de dos enemigos después de la batalla. De todas las impresiones de este día ninguna fué para mí más fuerte que la vista de las torpederas y cañoneras argentinas, poderosamente artilladas, que rodeaban a la pequeña cañonera paraguaya, a la que podrían haber fácilmente aniquilado y ante la cual se detenían en homenaje al Derecho.

Cuando regresaba en una motora, uno de los marineros me señaló de bulto en el río y me dijo: «Aquél es el «Washington». Allí están los presos militares peronistas» No hubiera imaginado en ese momento que, exactamente dos meses después, yo también estaría encerrado con llave en un camarote de ese barco en calidad de prisionero.

No habían pasado quince días desde que el Gobierno revolucionario estaba en funciones cuando comenzaron a lanzarse violentos ataques contra determinados funcionarios. Tampoco me vi yo libre de estas agresiones. Estos ataques no se fundaban en la actividad desarrollada por tales funcionarios, sino que se referían a sus antecedentes ideológicos.

La violenta oposición que provocó en los partidos políticos el mensaje presidencial del 12 de noviembre—mensaje que la opinión independiente recibió con emocionado entusiasmo—señaló claramente esa tensión de las líneas y provocó, mucho más que el episodio ministerial, la crisis del Gobierno.

Yo estuve al lado del Presidente Lonardi en todos los momentos aclagos. En la noche de aquel domingo regresé al ministerio y retiré todos mis papeles. Como el Presidente no había renunciado yo tampoco renuncié. Pero al día siguiente por la mañana aparecía en los diarios el nombramiento de sucesor. Mi ministerio había durado exactamente cuarenta y nueve días.

Alejado del Poder por obra de acontecimientos que se habían desarrollado en niveles más altos que el mío, me propuse sustraerme transitoriamente a la actividad política y dedicar mi tiempo a los asuntos particulares. Tan alejado me sentía de todo propósito perturbador que había planeado viajar al campo por quince días. Ahora bien, el 4 de diciembre, a la noche, dos días antes de mi partida, volví a mi casa después de haber comido en casa de un amigo. En el momento en que me acercaba a la puerta cerrada y sacaba del bolsillo la llave para abrirla, una persona se me acercó y me manifestó en voz baja que debía acompañarla. Advertí entonces, con asombro, que estaba detenido. Lo que no me había ocurrido durante los diez años de Gobierno peronista ni durante los ocho meses de labor revolucionaria ocurría por orden de un Gobierno que venía a restablecer la libertad y cuyo triunfo de algún modo yo había contribuido. Mi detención en el «Washington» duró diez días.

LA LIQUIDACION DEL PERONISMO

Por mi parte no puedo aceptar que el fenómeno

peronista sea exclusivamente un signo de inferioridad o un rebrote de primitivismo o, menos todavía, la adopción postiza de una ideología extraña a nuestra idiosincrasia. Considero que el hecho es muy complejo y muy importante, y que incluye elementos positivos y negativos que resulta indispensable discriminar.

Considero, en primer lugar, que en el peronismo han confluído, para malograrse, dos transformaciones (algunos dirán dos revoluciones) de origen y signo diverso: una transformación ideológica y política, y una renovación social. Ambas estaban latentes en el país el 4 de junio de 1943, y la salida del Ejército puede que haya apresurado el proceso, pero no la provocó. El país estaba viviendo dentro de estructuras politosociales desprestigiadas y envejecidas, y pugnaba por liberarse de ellas. La revolución de junio—puramente militar, como fué en su origen—resultó la ocasión propicia que le permitió operar la mudanza. Como estaba en crisis—ideas, instituciones, partidos y hombres—todo cayó.

¿Cuál es, pues, el sentido y alcance de esas transformaciones que Perón tomó para sí y plantó como banderas de movimiento que lo llevó al Poder? De la transformación ideológica y política baste decirnos que el país ya no admitía como vigentes las doctrinas y las formas institucionales dentro de las cuales se venía moviendo a partir de la organización nacional. Cuando un pueblo se aleja de la vida pública es, o bien porque se encuentra en el último estado de decadencia, o bien por estar en vísperas de un cambio fundamental. Creo que nosotros nos hallábamos en el segundo y no en el primero de los casos.

El país estaba también en apatencia de una gran revolución social. Por lo que hace a esa materia hay que admitir que la Argentina era, al producirse el movimiento de 1943 uno de los países más atrasados de América. El problema social argentino no era, tanto el de un proletariado miserable y famélico como el de un proletariado «ausente». Los partidos marxistas intentaron movilizar antes que Perón estas fuerzas; pero no lo consiguieron, sino de un modo muy parcial y fragmentario. Así, pues, hasta 1945 el proletariado argentino no pudo, queriéndolo, sentirse solidario con el destino nacional.

La grande y tal vez única genialidad de Perón consistía en advertir la existencia latente de la transformación ideológica y la renovación social que postulaban las condiciones históricas del país al finalizar el primer tercio de siglo. Perón supo ponerse a su cabeza, utilizando los resortes estatales que le había conferido la revolución de junio y los que luego pudo arrebatar a sus camaradas de armas. Si logró hacerlo es, sin duda, porque poseía algunas de las dotes que signan a un conductor. Hablaba en un lenguaje claro, preciso y contundente, hecho para el simplismo de la multitud, y sabía decir, en ese lenguaje, exactamente lo que la masa quería que se le dijera.

La liquidación del peronismo, pues, el problema capital del momento argentino, porque no es un circunstancial problema político, sino que es un grave problema nacional. Si se recoge lo que tras de ese movimiento hubo de auténtica voluntad de renovación, y si desechamos los métodos torpes y

Está a la venta el número 52 de

POESIA ESPAÑOLA

(REVISTA MENSUAL)

Colaboran:

Jesús Acacio, Manuel Alcántara, Juan Besa, Ricardo Blasco, Pedro Caba, Eladio Cabañero, Stella Corvalán, José Carlos Gallardo, Francisco Garfias, Salvador Giner, Ramón González Alegre, José María Herrero, Concha Lagos, Leopoldo de Luis, Salustiano Maso, Lope Mateo, Arcadio Pardo y José María Souvirón.

PRECIO DEL EJEMPLAR:

10 pesetas

Dirección y Administración: Pinar, 5. Madrid

lesivos, podremos, con la ayuda del tiempo, resolverlo. Pero si, en cambio, repudiamos los aspectos positivos de ese gran movimiento de masas, y, en cambio, conservamos sus métodos, la cuestión seguirá planteada y envenenará, quién sabe por cuánto tiempo, la vida pública argentina. Nuestro pueblo no es extremista. Pero si no le damos otra salida, si pretendemos encasillarlo en marcos anquilosados, se lanzará en su orfandad, a la primera fuerza que le prometa odio o venganza. Habremos creado entonces el problema del comunismo.

MIRADA AL PORVENIR: LAS FUERZAS POLITICAS DEL FUTURO

El problema del retorno a la normalidad institucional no se agota mientras no se le enfoque desde uno de sus más importantes aspectos: el del momento en que ese retorno habrá de producirse. Hablemos con franqueza: lo que ocurre es que en ciertos partidos políticos electoralmente minoritarios, pero ocasionalmente investidos de influencia, no tienen el menor interés en que se llame a elecciones. Han lanzado por la borda su programa y sus doctrinas, y ahora se aferran, con uñas y dientes, a un Poder que jamás les será conferido por el veredicto de las urnas.

Resulta apenas comprensible que habiendo tenido ya el país dos experiencias concluyentes sobre la impopularidad intrínseca de las prolongadas interinidades, haya quienes hagan fincar en esa prolongación sus esperanzas de éxito. Nada hay más grave en política que los callejones sin salida. No ocurra que los hombres responsables de esa revolución se encuentren de pronto en un atolladero del que no resulta escape posible.

La tarea más importante del futuro es la de implantar hábitos civilizados de vida pública. Sabemos que vivimos en una crisis de creencias vitales en que las luchas son más duras y más implacables que en épocas de normalidad.

¿Entre qué fuerzas habrá de librarse esa lucha, que deseamos leal y levantada, aunque firme y sin compromisos? Creo que serán fundamentalmente tres: a) La izquierda liberal, que, en su aspecto político, congrega a los radicales unionistas los socialistas y los demócratas progresistas. b) El radicalismo intransigente, en cuanto orientado por el doctor Arturo Frandizi, ya que su vigorosa personalidad de dirigente absorbe, por así decir, el partido que a su alrededor se congrega. El «frondismo» representa, sin duda, el más vigoroso esfuerzo de remozamiento hecho desde un partido político tradicional; y c) Finalmente, las nuevas fuerzas que logren expresar e introducir con eficacia las hondas transformaciones ocurridas en el país, esas transformaciones que pudo y no supo reflejar el peronismo.

Desde hace un cuarto de siglo las fuerzas armadas desempeñan en nuestra pública un papel cuya importancia sería vano negar. El día en que unos cuantos centenares de cadetes salieron del Colegio Militar al mando del general Uriburu para poner fin al Gobierno, ya claudicante, de Hipólito Irigoyen se produjo algo más que un cambio de autoridades: un nuevo factor de poder ingresó en la política argentina. Frente a este hecho no caben las actitudes simplistas. Cuando las fuerzas armadas intervienen en la vida política después de un largo período de gobierno civil no suele ser por erupción violenta y quebrando instituciones en plena lozanía, sino en ejercicio de una misión de suplencia, porque estas instituciones han dejado de funcionar. Lejos, pues, de haber exhibido nuestras fuerzas armadas excesiva inclinación a tomar el Gobierno, han mostrado una gran resistencia hacia las aventuras políticas, y si les ha tocado, por tres veces, hacerse cargo del Estado, ello ha sido porque las condiciones de la vida pública en cada uno de esos tres momentos no les dejaba absolutamente otra alternativa.

Las fuerzas armadas no pueden, por tanto, entenderse de lo que ocurre en la vida civil y declarar su incompetencia jurisdiccional en la determinación de sus rumbos. Hay que buscar, pues, una fórmula mediante la cual las fuerzas armadas puedan seguir teniendo en la vida cívica el lugar que las circunstancias les otorgan, y al mismo tiempo coadyuven al fortalecimiento del Poder en vez de ser factor de su debilitamiento.

RECETARIO DE COCINA

ENTREMESES
SOPAS
HUEVOS
ARROZ
PESCADOS
VERDURAS
CARNES Y AVES
SALSAS
FRUTAS
POSTRES



Siga mi ejemplo, adquiera estos productos



PUDINES Royal

RIERA MARS S.A.

BARCELONA MADRID VALENCIA SEVILLA

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA
de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por
INDUSTRIAS RIERA MARS A. S. A.

Es mi franca opinión que para lograr acabadamente ese resultado no hay otra salida realista más que la elección de un alto jefe militar para la próxima Presidencia constitucional. Es, pues, indispensable que el titular de la legalidad sea a la vez el titular de la fuerza.

Gobernar no implica solamente tener en el bolsillo un repertorio de recetas concretas para resolver individual y claramente cada una de las cuestiones grandes y pequeñas que presenta la dirección de una comunidad. Gobernar es, antes que eso, tener una política, y sintetizaremos en los siguientes términos los rasgos de la política que preconizamos:

En materia religiosa y cultural afirmamos la línea católica en oposición a la línea laicista. En materia institucional afirmamos la necesidad de restaurar íntegramente un régimen republicano de amplio respeto al orden jurídico y de protección efectiva a las libertades individuales. En materia social afirmamos la necesidad de restituir el derecho a la sindicación y el deber de haber efectiva la presencia de las clases trabajadoras en la conducción del país. En materia económica reivindicamos la inalienabilidad del patrimonio nacional y el rechazo del capital extranjero en cuanto actúa al servicio de un propósito de dominación política.

Y afirmamos que esa política, en la que se recogen las aspiraciones de la gran transformación operada en el país a partir del año 1943, debe ser llevada a cabo bajo el signo de la tolerancia y la magnanimidad. Debe darse por definitivamente terminado el proceso político al régimen depuesto e iniciarse una nueva era en la vida argentina bajo el signo de la superación de los odios partidistas, de la consolidación de la unión nacional y de la eliminación de los rótulos infamantes que establecen en el país la categoría de los réprobos y la casta de los elegidos.

O.E.S.T.E

NO SERAN VIEJOS antes de tiempo



Las pequeñas monturas de las gafas antiguas, daban al rostro de los niños un aire de viejos prematuros y un complejo de timidez. Las gafas infantiles **AMOR**, con sus grandes cristales y su línea graciosa, liberan totalmente los ojos de los niños devolviéndoles su alegría. Son ligeras, robustas e indeformables, no dejan huella ni molestan. Con ellas, el niño, parece que no lleve gafas. Con cristales **FILTRAL**, se eliminan las radiaciones nocivas y descansa la vista.



Los defectos de visión son fáciles de remediar cuando se interviene a tiempo. La falta de atención y la fatiga mental, obedecen frecuentemente a trastornos de la vista. Acuda con su hijo al oculista, como mínimo una vez al año.



Monturas gafas **AMOR** Junior con aros:
Monel Ptas. 200.
Enchape oro 20/000 Ptas. 250.
Enchape oro 50/000 Ptas. 325.
Sin aros:
Enchape oro 50/000 Ptas. 300.

Usted quiere garantía; no engaño. Rechace las imitaciones, aunque lleven nombres parecidos. Exija la marca **AMOR** grabada en el interior del puente.

Amor

para los niños

MODELOS ESPECIALES

INDO

INDUSTRIAS DE OPTICA, S. A. Madrid • Barcelona • Sevilla • Valencia

**ADQUIERALAS EN LOS ESTABLECIMIENTOS
DE LOS OPTICOS DEPOSITARIOS OFICIALES**



En el centro, el instante en que los participantes llegan a Ciudad Real. En las otras dos, la última advertencia antes de emprender la marcha, y el paso de un caballista ante la mirada de un público infantil

ESPAÑA, VISTA A CABALLO

UNA CABALGADA DE 700 KILOMETROS

Veinte jinetes confirman en la meta la resistencia del caballo español

OS jinetes cordobeses, al aproximarse a su ciudad, sienten la exaltación de una antigua primicia hípica, y desde las alturas de La Carlina el cauce vivo y palpitante del Guadalquivir mueve el cansancio de sus caballos con el retozo de la llegada a casa.

Sultana de la gracia del Sur. Córdoba nos recibe, a varios kilómetros de distancia, con grupos de Amazonas que quieren acompañar a esos caballeros locos del raid Jerez-Madrid en una de sus más interesantes y bonitas etapas.

A unos once kilómetros de Córdoba, el capitán Thieri Magallán tiene que retirarse de la prueba por agotamiento de su caballo. «Eco».

La velocidad que siguen la mayoría de los jinetes en estos cuarenta y ocho kilómetros es superior a la de las anteriores etapas, llegando alguno de los caballistas a una media de veintidós kilómetros a la hora.

A la puerta del nuevo hotel

Córdoba Palace está la llegada en la que entra el primero el jinete cordobés don José Guerrero y García del Busto sobre el caballo «Pintor», que ha corrido en esta etapa a una extraordinaria velocidad. Cuando se reúnen los datos para la clasificación general ocupa también el primer puesto el caballo «Pintor».

El último en llegar a la meta es el norteamericano Oliver Stedman. Trae sumamente cansado a su caballo, «Caramelo», que cojea de una pata.

Por la noche, en la fiesta típica ofrecida por el Ayuntamiento cordobés en «El Zoco», es entregada la copa de esta tercera etapa a don José Guerrero y García del Busto como ganador de la etapa y de la clasificación general hasta este momento.

A las seis de la mañana da comienzo la cuarta etapa del raid, en la que, a través de Sierra Morena, tiene que recorrerse la distancia Córdoba-Pozoblanco. Hay que lamentar tres bajas: la del

norteamericano Mr. Oliver Stedman, cuyo caballo no puede seguir debido a su agotamiento físico; la del capitán don Edmundo Thiery y la del teniente don Luis Rivero Merry.

Mr. Oliver Stedman acude al lugar de salida para despedirse de sus compañeros de raid. Se muestra apesadumbrado a causa de no poder seguir la carrera hípica, pero dice que dentro de unos días continuará la ruta solo. Nos despedimos de este jinete voluntarioso, de fuerte complexión física, cara colorada y llena de pecas. Su blanco salacot ha sido como un huevo de Pascua que nos acompañó hasta ahora a una velocidad moderada.

EN LO ALTO DE LA SIERRA

En muchos jinetes hay un propósito explicable de tomar con cierta calma esta primera etapa serrana, pero los camperos que participan en el raid sienten la proximidad de su elemento, la

sierra, y parecen embestir de frente a las montañas próximas.

Se dice cantando que en lo alto de la sierra, Córdoba tiene un cortijo. No uno, sino varios; pero nosotros vamos en dirección a uno concreto—el de Las Navas—en plena serranía.

Un aire de escalada tiene ahora la fila de jinetes. Sierra Morena a caballo. Este raid parece ahora una «partida» por tierras montañosas de antigua bandolería.

Dos emisoras móviles de la Guardia Civil siguen el raid por la carretera. Una de ellas, en las proximidades del pueblo de Espiel, al cruzar un pequeño puente, choca contra el pretil y rueda con el guardabarros un poco chafado. Un par de guardias ligeramente confundidos son atendidos por nuestro equipo sanitario.

Con toda normalidad, los jinetes llegan al cortijo de Las Navas, donde su propietario, el médico cordobés don Antonio Peralbo, atiende a los huéspedes que le llegan a caballo, con la proverbial hospitalidad de esta tierra. Las cabalgaduras se refrescan en los arroyos serranos y pastan descansadamente en la hierba.

El aire fragante de la sierra sirve de tónico en esta parada del camino. Hay guardas de Hermandad con sombrero de ala ancha, bandolera de cuero y fusil. Las margaritas son tan abundantes, que forman matas floridas que dan a los chaparrales un aspecto de jardín. Por aquí estubo, en los años de la guerra, el frente serrano de Córdoba.

Los jinetes descansan a la sombra de las encinas y al aire fresco de Las Navas, a la espera de la hora próxima de la salida hacia el puerto del Calatraveño.

Estas montañas de pasado bandolerismo, son también de poesía pastoril, Tierra fragosa, que sirve para la muerte pasional y para la poesía de las pastoras.

Vemos muchachas cortijanas, de blanco delantal, y en los campos de margaritas hay pequeños gorriones negros de cola retorcida. Larvas de jamón serrano. Cerditos negros de piel áspera que gritan como condenados cuando los cogemos, con gritos que son como una protesta de que aún no ha llegado su San Martín.

POR TIERRA FRAGOSA

Hacia el puerto del Calatraveño se da la salida a los jinetes, que siguen los banderines de la cañada para no perder el camino pecuario; para no extraviarse en la carrera.

Las mozas serranas de blanco

delantal despiden a los jinetes. Quizá haya alguna que sea de Hinojosa del Duque, «la Hinojosa» de aquellas estrofas célebres del marques de Santillana.

«Faciendo la vía del Calatraveño,
A Santa María vencido del sueño,
por tierra fragosa perdí la carrera
do vi a la vaquera de la Hinojosa.»

Pasado el puerto, la cañada descende por unas fragosidades que se vuelven, cada vez, más suaves hacia el llano de Pozoblanco, población que nos espera engalanada. En ningún sitio del recorrido que llevamos hecho había salido la Banda Municipal a amenizar la llegada de los jinetes del raid. En Pozoblanco, todo el pueblo está en la carretera cuando el jinete cordobés don Manuel Díaz Hidalgo gana la etapa. Toca la Banda Municipal, mientras los caballistas levantan nubes de polvo en la carretera.

Alegria multitudinaria. Parece que a Pozoblanco ha llegado uno de esos grandes circos ecuestres que vagabundeaban por el mundo.

Pozoblanco, entre dos serranías, está rodeado de una tierra un poco adusta, o al menos así parece después de atravesar los paisajes de la sierra. Cerca de la meta hay grandes corrales y caballerizas, donde nuestro servicio veterinario procede al reposo de jinetes y caballos, así como a otras operaciones, como la de tomarle la temperatura a cada caballo. La aplicación del fonendoscopio a los caballos jadeantes también es espectáculo usual en los finales de etapa, pero en esta operación los veterinarios no pueden pedirle al animal que respire hondo o que diga treinta y tres.

SAL, VINAGRE Y ASIEN- TO EN LA LUMBRE

La Comisión receptora de Pozoblanco ha trabajado de firme, no solamente en organizar la cordialidad de la llegada, sino también para resolver el problema de los alojamientos. No hay más que un hotel o fonda en Pozoblanco, por lo que se ha tenido que recurrir por primera vez en el recorrido del raid al procedimiento de los alojamientos en las casas particulares. «Sal, vinagre y asiento en la lumbre.» Las familias han ofrecido gustosas sus hogares a los requerimientos del Alcalde de Pozoblanco, don Andrés Muñoz Calero.

Por la noche, hay una recepción

Caballos y caballeros, hacia el lugar de salida

en el Casino, con brindis y discursos, en cuyo acto es entregada una copa ofrecida por el Ayuntamiento al ganador de la cuarta etapa, que es el jinete cordobés don José Guerrero y García del Busto.

A las ocho de la mañana da comienzo la etapa del raid Pozoblanco-Almódovar del Campo, que es una de las más duras. Tenemos que atravesar grandes montañas de Sierra Morena, por el camino corto, que dejándolo a un lado a Despeñaperros—va desde Córdoba a Toledo, por encima de impresionantes barrancas y atravesando el real valle de Alcudia, para salir a Almódovar del Campo y a las llanuras de Ciudad Real. Este camino corto de cañada es muy peonoso, ya que corta en oblicuo las serratas silurianas de Sierra Morena.

Pronto volvemos a estar en la montaña, entre robles gigantes, encinas, alcornoques, fresnos y álamos. El olor del matorral, con flores silvestres, alegría la marcha difícil entre las peñas y saltos de agua. Paisaje de jabalíes y lobos, riscos de cabras monteses, entre los que cruza la cañada y por donde pasó también una vía romana. Es el camino natural que gatea por una agreste naturaleza. Por esta tierra morena se atrevieron a pasar los turbanes blancos de los ejércitos del Califato cordobés, en sus avances hacia Toledo, y por aquí cruzaron también muchas cargas de Historia de España a lomos de las acemilas.

Esas gargantas y quebras nos parece que resuenan con grandes ecos del pasado, gritos de lucha, alaridos de rabia y explosiones de pasión montaraz, que logran su mejor ambiente en las oquedades de estas gargantas temibles. Cruzamos parajes clásicos de Santa Hermandad; de galeotes encadenados; de bandoleros libres como los corzos de la sierra perseguidos difícilmente por grupos de migueletes.

UN 'SALUDO A LA PICA- RESCA

Todo lo que en estos puertos y montañas altísimas de Sierra Morena ha ocurrido, más que producto de una raza o de un temperamento, es el fruto natural del mismo terreno, aunque el iberismo haya sido el necesario ingrediente humano para que esta tierra fragosa no desmereciese y, en la hondonada, en vez de arcabuzos y tiros de fusil, resonaran alegres gritos de una especie de Tirol andaluz contra natura.

Ventas en ruinas al borde de la cañada—de la vía pecuaria antigua—indican las paradas necesarias de este camino lógico, que,



por Pedroche, Torrecampo, el impresionante puerto Mochuelo, la venta del Zarzoso, va hacia puer- to Veredas y a los ondulados cam- pos de Almodóvar.

Este es un interesante paraje cervantino casi inexplorado. Aquí está la fuente del Alornoque, donde ocurrió la aventura de los batanes. Está también en estas tierras, y apta aún para el servi- cio, aquella venta del Molinillo, tan bien descrita por un Cervan- tes que fué recaudador de impues- tos en esta comarca. En la venta del Molinillo es donde Rinconete conoce a Cortadillo, y vemos su patio sin detenernos, y nos parece exactamente igual al des.rito. En las mismas palabras de Cervantes esta venta del Molinillo está si- tuada al final del valle de Alcudía, según se va de Castilla a Andalu- cia. Un poco más arriba está la venta Tejada, que es la de Ma- rinilla. «La ilustre fregona».

La abundancia de ventas, por lo que se ve, corría parejas con la de mozas de servicio, ya que ha- bía ventero que mantenía muchas más que las que necesitaba para el servicio normal de los viajeros y las postas. Ventas de picaresca muchas de ellas que, entre bromas y juegos, eran algo más que ventas consentidas para alivio de caminantes.

Llegamos, sin más novedad que el cansancio, a la venta del Zar- zoso, que no está en la literatura cervantina, pero que, por su es- tratégica situación en el corazón de la sierra y en el camino obli- gado, también sería visitada algu- na vez por aquel manco cobrador de impuestos reales.

A los quijotes del raid, la venta del Zarzoso no les parece castillo, pero sienten la alegría de este descanso en pleno corazón de Si-erra Morena, con arroyos cantari- nes como el de los batanes, el de la aventura de su nombre.

Agreste y montaraz paisaje el de la venta del Zarzoso, y en tan difícil lugar, que a él han llegado antes los primeros caballos que los del equipo de cronometradores que dirige el comandante don Carlos Kirkpatrick. Una pareja de la Guardia Civil ha anotado, sirviéndose de relojes normales, los tiempos de llegada de los jin- etes.

CHIMENEA Y RINCON PARA BANDOLEROS Y CONCEJAS

En las viejas cuadras de la venta del Zarzoso son alojados los caballos, mientras los jinetes atienden a una comida frugal, que, con grandes dificultades, ha podido ser llevada hasta aquellos riscos. Esta venta tiene el viejo



El reparto de las bolsas con la comida; a la derecha, José Guerrero y García del Busto, ganador del raid, en un descanso

encanto de las cosas auténticas, especialmente en un rincón donde hay una de las típicas chimeneas en campana, corrientes en el país, rodeada de unos asientos gastados por siglos de concejas e historietas a la lumbre. En las paredes de la fachada hay mirillas, desde las que ver los peligros de estos lugares. Desde estas mirillas se hace fuego con las escopetas contra los lobos de la noche, aún ahora. En la venta del Zarzoso vive un hombre con un hijo mayor y una hija, y nos explican cómo tienen que asustar a los lobos con cohetes y disparos de escopeta.

El establecimiento es tan típico como el lugar en que está emplazado, y sus salas para los huéspedes han conocido, seguramente, personajes de todo tipo, desde frailes mendicantes, hasta bandoleros como José María el Tempranillo, el Vivillo y Pasos Largos.

Nuestro raid tiene ahora el completo aspecto de partida, y todos estamos un poco emocionados del espectáculo de esta venta del Zarzoso, en pleno corazón de Sierra Morena. El presidente del raid, don Emilio Iglesias Ameguiras, que está en todos los detalles, envía, por la emisora móvil de la Guardia Civil, un men-

Los vecinos aplauden el paso de los jinetes. El Jurado repone fuerzas antes de deliberar

saje de saludo al comisario de la Feria del Campo.

El cruce del puerto del Mochuelo es el comentario de la jornada entre los jinetes. Ha sido el episodio más duro de todo el recorrido hecho hasta ahora, y es muy probable que ni en los Montes de Toledo se encuentre nada seme- jante.

Esos héroes de la deportividad típica sabían que en todo el trayecto de esta etapa no iban a ver a sus asistentes cuidadores de los caballos y que a sus propios recursos y experiencias estaban en medio de una Naturaleza con mayúscula. Y salen victoriosos de la prueba. Los caballos están al abrigo de la venta del Zarzoso en este descanso breve y fugaz, en una especie de rellano de la gran escalera de Sierra Morena que estamos descendiendo.

«¡Los primeros números, preparados para salir!». Los jinetes colocan la montura al caballo, y cuando el comandante don Carlos Kirkpatrick da la señal cronométrica, el primer jinete se pone en marcha por la cañada.

LA ESCONDIDA PROVINCIA BALALITA

Hay grupos de gente en los caseríos próximos, y la cañada des- ciende entre encinas y prados, en un paisaje bucólico, hacia el real valle de Alcudía, que se muestra en todo su espléndido y feraz ver- dor.



Es la Balalita, una antigua provincia para los musulmanes, y que Alfonso VI conocía como «región montañosa que separa Córdoba de Toledo». Al valle de Alcudia le llamaron los musulmanes «Fahz al Beluts», que quiere decir algo así como llano de las encinas, y, como provincia peculiar, la Balalita se pobló con renegados y codiciosos de Córdoba, en luchas intestinas, y en ella vivieron, pastorilmente y en balada, muchos grupos rebeldes a todo gobierno de Córdoba o de Toledo.

Escondrijo feraz entre montañas. la antigua Balalita que ahora atravesamos, ha dado también sus filósofos del aprisco; sabios con olor a majada, y tan curtidos, por lo natural, que sabían hablar sencillamente y con el lenguaje más auténtico de pequeñas y grandes cosas.

Vemos grandes rebaños de ovejas en los pastos verdes. Rebaños a los que alborota el paso del raid y los contagia de carreras en todas direcciones, como si fuera a alancearlos un Quijote desmandado.

Bajo las pródigas encinas, que se alternan con robles corpulentos que no han conocido el hacha, pjaras de cerdos negros muestran una serenidad mayor que la de las ovejas, como si el grupo porcino fuera mucho menos flúido que el lanar y mucho menos susceptible al ruido de los cascos de caballos.

Zona especial e inconfundible esa de la antigua Balalita; comarca natural y con características propias, pese a que algunos se obstinan en incluirla en La Mancha. Es y no es manchega esa comarca verde y fertilísima, que quizá sea lo más manchego que tiene el paso de Don Quijote, que aquí lloró ausencias de Dulcinea.

El real valle de Alcudia; da ganas de lanzar discursos a caballo con fidelidad a aquella frase en la que Cervantes nos cuenta que «caballero andante hubo, en los pasados siglos, que así se paraba a hacer un sermón o plática en mitad de un campo real».

Es raro que ese campo de Alcudia, ese real y feraz valle, haya sido tierra de malandrines. Parece que cuando la Naturaleza es pródiga y generosa, el hombre tenga obligación de ser mejor. Fícaros y malandrines del valle de Alcudia, que ahora no existen, pero que fueron bien señalados en el «Quijote». A un lado hemos dejado, en el recorrido de hoy, el pueblo de Tiertefuera, de donde era aquel «señor doctor Pedro Rico de mal agüero, lugar que está como vamos de Caracuel a Almodóvar del Campo».

ALMODOVAR: EL RAMO EN LA FACHADA

Y allá vamos a Almodóvar por un paisaje de balada. Hacia la cervantina y «muy afable» Almodóvar del Campo, en un descenso en el que, poco a poco, el pastoreo se convierte en tierras de labor. La alegría de vencer pronto a la más difícil etapa del raid se apodera de los caballistas. El jinete número 31, don Francisco Postigo, que lleva dentro de sí toda la alegría de Linares, y al que llamamos familiarmente «Currito», se pone a cantar por marinetes.

Con el canto se ponen aún más

tieras las orejas del caballo «Navecilla», que monta el teniente de Caballería don Juan González Sánchez, un hombre pequeño, de tez morena, natural de Benalud de Sidonia (Cádiz). En el raid hípico celebrado el año pasado en Madrid triunfó el teniente González, sobre este caballo «Navecilla».

Veintitrés jinetes cabalgan por la cañada, que ahora atraviesa unos amplios y ondulados campos de trigo. Pasamos por el término de Brazatortas, y hay mucha gente junto a la vía pecuaria. Esos campos conocieron muy bien las cabalgadas de los caballeros de Calatrava.

El caballo del capitán González Guillén, «Podargo», tiene que pararse, aquejado por un fuerte cólico; pero asistido por los veterinarios, puede después continuar la carrera. Con dos horas de anticipación al horario previsto, y cuando aún se estaban acicalando las muchachas almodovenses, hacen su entrada los primeros jinetes, que son: don Manuel Díaz Hidalgo, don Rafael Acosta, con su chaquetilla blanca y el sombrero cordobés, y el capitán don Manuel Pérez Abascal. Pero el ganador de esta quinta etapa es el magnífico jinete cordobés don José Guerrero y García del Busto, sobre su caballo «Pintor».

Don José Guerrero y García del Busto es alto, espigado y lleva zajones. Tiene veinticinco años, y sobre su caballo «Pintor» ofrece un conjunto estilizado de estampa típica de caballismo andaluz, este jinete de Almodóvar del Río, que ahora, en Almodóvar del Campo, resultó victorioso en otra etapa.

En muchas casas de la población vemos unas grandes señales de pintura en forma de ramo. Son de distintos colores, y, a veces, abarcan toda la fachada. Nos dicen que se trata de una costumbre. Los mozos, cuando van a quintas, les dejan a sus novias una especie de gran recuerdo en la fachada de su casa. Cuantos más ramos de colores haya en una vivienda, más pretendientes tienen las mozas que en ella habitan.

La Banda Municipal da un concierto en la plaza, y los caballistas, como se hizo en Pozoblanco, son alojados en las casas particulares que se ofrecieron para ello.

«LA DEL ALBA SERIA...»

«La del alba sería»—digámoslo en frase cervantina—cuando se da la salida de Almodóvar del Campo hacia Ciudad Real. La cañada pasa entre grandes trigales verdes, y la cabalgada de los veintitrés jinetes que quedan en competición, ofrece ahora una estampa de sabor agrícola.

Vemos ahora al comandante don Jesús Luque recio sobre su caballo «Presumido». El comandante Luque es un gran deportista. Participó en la marcha realizada por el Arma de Caballería a Santiago de Compostela. Es un vasco de San Sebastián alto y fornido, que, en sus años de estudiante, fué campeón de Cataluña de boxeo universitario. Hizo la guerra española en el Arma de Caballería. Es componente del equipo nacional de rugby. Tomó parte en el «Rallye» a piragua Palma de Mallorca-Roma, organi-

zado por el S. E. U. Ha atravesado en piragua el estrecho de Gibraltar, y participó en la prueba piragüista que descendió por el curso del Tajo hasta Lisboa.

Al lado del comandante Luque galopa ahora, sobre su caballo «Quitín», el conde de San Fernando de la Unión, don Miguel Primo de Rivera y Cobo de Guzmán, teniente de alcalde del distrito de Buenavista. Don Miguel Primo de Rivera y Cobo de Guzmán es madrileño, abogado, buen jugador de polo, aficionado a la natación y a la lucha grecorromana. Su padre fué el teniente coronel de Caballería don Fernando Primo de Rivera, laureado en las cargas de Monte Arruit.

Sobre el caballo «Avión» vemos al coronel don Carlos Pombo, una de las más destacadas figuras de la Aviación española. Al coronel Pombo le ha ocurrido, por esos campos, una de las más graciosas anécdotas. Al pasar junto a una aldea, una mujer campesina, al ver al coronel Pombo, que no es de los más jóvenes participantes del raid, aunque sea uno de los que mejor humor mantienen durante toda la prueba, hizo un comentario en voz alta: «¡Lo que hay que hacer en la vida para ganarse el pan!».

Don Carlos Pombo nació en Sarría (Lugo), el 5 de julio de 1905. Tiene ahora cincuenta y un años. En 1922 ingresó en el Arma de Caballería. En 1926 ganó la Copa de Melilla en un concurso hípico celebrado en aquella plaza. Se pasó al Arma de Aviación en 1927, y ahora cuenta con 11.700 horas de vuelo. Ha efectuado, hasta ahora, 180 travesías atlánticas, y el pasado año le fué impuesta la Medalla Aérea.

Media hora antes del tiempo previsto comienzan a llegar los jinetes al parque Gasset, de Ciudad Real. Entran juntos el capitán González Guillén, sobre «Podargo», y don Manuel de la Jara Sánchez, sobre «Jardiner». Minutos más tarde entra don Francisco Portigo del Río, «Currito», el jinete cantor, seguido por el teniente González, con su caballo «Navecilla», y por don Miguel Primo de Rivera y el comandante don Jesús Luque Recio.

Esta es una etapa de regularidad, que no altera la clasificación general. Solamente se trata en ella de no «penalizar», lo que no le ocurre a ningún jinete.

UN BUEN LUGAR DE LA MANCHA

Un día de descanso en Ciudad Real. El único día de descanso en todo el raid, y luego, a emprender la sexta etapa, que es la de Ciudad Real-El Molinillo.

Comienza esta etapa con un caballo menos, el del capitán Guillén, «Podargo», que no puede continuar la carrera.

Los veintidós jinetes que quedan en la prueba recorren ahora una zona de monte bajo, ondulada y suave, con amplios encinares y pastos. Antes de llegar a la finca «La Toledana», propiedad del infante don Alfonso de Borbón, el joven rejoneador jerezano don Agustín García Mier hace una espectacular escapada sobre su caballo «Kikiriki».

Un breve descanso en «La Toledana», y otra vez en marcha, hacia «El Molinillo», única finca

que ha sido final de etapa en este raid.

La velocidad media es muy fuerte en esta etapa, y uno de los jinetes de Alcalá de los Gazules (Cádiz) tiene que abandonar la prueba por agotamiento de su cabalgadura.

«El Molinillo» es como un pueblo en pequeño, ya que esta finca cuenta con todos los servicios necesarios a una comunidad de cincuenta familias, además de alojamiento para varias decenas de jinetes.

Don José y doña Ana de Boscá, propietarios de «El Molinillo», atienden espléndidamente a los componentes del raid a caballo Jerez-Madrid.

Los edificios residenciales de «El Molinillo» forman como una plaza con álamos blancos, en el centro de la cual hay una gran fuente ruidosa. Allí, la iglesia y las escuelas; más arriba, la Cooperativa de consumo; al otro lado, el edificio postal, la emisora de radio, y cerca de la montaña, la bella y original piscina de agua de roca en una pequeña arboleda.

Esta comunidad humana que es «El Molinillo» tiene un aire de modernidad y eficiencia, además de un sentido social, con el que las familias que en ella viven se sienten vinculadas a los beneficios de la vivienda y la producción, así como a los de la cultura en las escuelas de niños y niñas que han sido creadas en la finca.

La etapa «El Molinillo-Toledo» es también de velocidad. Toman la salida veintidós jinetes peñas arriba de los montes de Toledo.

Otra vez al aire de la sierra, la cabalgata emprende un paso veloz. Parece que cuanto más difícil es el camino, mayor es el empeño que ponen los caballistas en vencerlo.

El jinete toledano don Tomás del Cojo Moreno, tostado por el sol, pone gran esfuerzo en «bonificar» en esta etapa que termina en la Ciudad Imperial.

Grandes encinares en un paisaje de monte. Pasamos por el término municipal de Peña Aguilera, con sus lugares propicios al águila caudal, y por el pueblo de Cuerva, que está todo a la espera.

Una «serpiente» de veintidós jinetes atraviesa las montañas. Sombreros de ala ancha de don Manuel Díaz Hidalgo, de don Manuel de la Jara Sánchez y de don Rafael Acosta Caballero.

En la cabalgata vemos al teniente coronel don Cirilo Ramiro Carranza, alto, bronceado y con una energía un poco nerviosa, sobre el caballo «Coquetón», de la ganadería de Gamero Cívico. El teniente coronel don Cirilo Ramiro Carranza ha sido, durante muchos años, profesor de equitación de la Academia de Artillería, en Segovia. Actualmente está al servicio del Alto Estado Mayor.

LA EMOCION DE LA LLEGADA

El jinete jerezano don Manuel García Fernández Palacios, sobre «Divertido», gana más puntos en esta última etapa de velocidad. Es natural de Jerez de la Frontera y tiene veintinueve años. Su padre es el ganadero de reses bra-



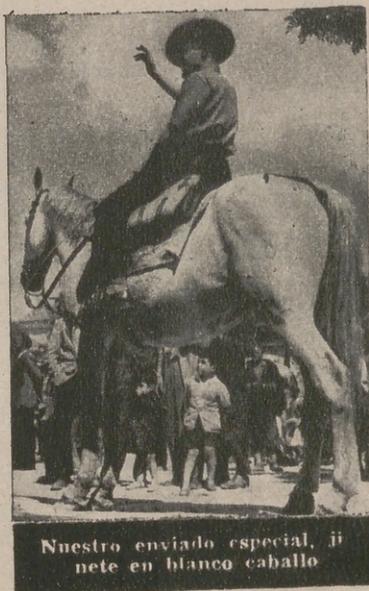
vas don José García Barroso. Ha participado en competiciones hípicas en Sevilla, Jerez, Cádiz, Sanlúcar de Barrameda y Puerto de Santa María, en carreras lisas y de obstáculos

Otro jinete que destaca mucho en esta etapa es don Manuel Díaz Hidalgo, de treinta y un años de edad y natural de Guadalcazar (Córdoba).

En cuanto a don Manuel de la Jara Sánchez, uno de los jinetes de más de cincuenta años, continúa espoleando a «Jardinero». En el pueblo gaditano de Alcalá de los Gazules, este caballista guarda vacas bravas acogidas en su dehesa, pero es también molinero, puñadero y agricultor. «He venido al raid a descansar», dice riendo. Tiene siete hijos y dos nietos y... «ahí me tienen ustedes, metido en esta comparsa».

Una parada en el pueblo de Pulgar, en los montes de Toledo, y cuando va a reanudarse la marcha, los veterinarios avisan al teniente González en el sentido de que el magnífico caballo «Navecilla», que ha dado emoción al raid con sus enormes galopadas, no puede continuar la prueba, debido a un agotamiento general. «Navecilla» se tambalea al andar y, pese a que varios jinetes insisten en que se le autorice la salida a ver si se «calienta», el Jurado, con el asesoramiento de los veterinarios, vuelve a examinar al caballo desautorizando el que continúa la carrera.

Quedan veinte jinetes, que en-



Nuestro enviado especial, jinete en blanco caballo

Entrada en la pista de exhibiciones de la Feria del Campo, de Madrid, del ganador

tran en Zocodover a la hora prevista.

Valiosos premios locales y provinciales en Toledo, y a Madrid en la última etapa del raid, que es de regularidad. Los jinetes que están bien clasificados quieren ahora preservar a sus caballos de toda incidencia final; pero hay otros que, animados por la proximidad de la meta final, espolean a sus cabalgaduras.

Una parada en Grifón y otra vez en marcha. Magnífica estampa la de «Pintor», que lleva el aire del triunfo absoluto. Tiene seis años y es anglohispanoárabe. Nació en febrero de 1950 en «El Coto». El padre fue «Ecijano», anglohispano, y la madre, «Gallarda», anglohispanoárabe. Pertenece a la ganadería Guerrero-Palacios, de Guadalcazar (Córdoba). Su jinete, don José Guerrero y García del Busto, es la primera vez que toma parte en una prueba hílica importante y ha ganado en el raid la mayor parte de los trofeos de etapa, así como el primer puesto en la clasificación general.

En la ruta de Madrid vemos a otros caballistas esforzados. Al capitán don Manuel Pérez Abascal, a los hermanos Moyano, a don Alejandro Maldonado, a don Félix Esteban, al capitán don Ignacio Pintó, a don Juan José Fernández Durán y al joven teniente don Alfonso Varón, que ha sido uno de los mejores jinetes en cuanto a regularidad de marcha. Por Humanes de Madrid, por Fuenlabrada, donde todo el pueblo está en la calle, esta aventura de locos pasa de largo por Leganés.

En un altozano. ¡Madrid a la vista! «Pero ¿es posible?», pregunta uno de los caballistas. Se respira hondo, como cruzados a la vista de San Juan de Arce, como peregrinos de Santiago que ven desde lejos las torres del Aposol.

Alrededor de setecientos kilómetros de galopada con olor a tomillo, a majada, a vides, a sierra y a cristal de río.

Por la ruta de la manzanilla y por la ruta del buen vino de La Mancha, veinte jinetes llegan a la gran demostración de ese prodigio biológico que es el caballo español.

F. COSTA TORRO
(Enviado especial)
(Fotografías de Cortina.)

EL MEDICO Y LA MEDICINA DE AYER Y DE HOY

CADA VEZ SE ALARGA MAS LA VIDA HUMANA

EL DOCTOR SANCHEZ CUENCA HABLA PARA TODOS

EL doctor no se ha hecho esperar. A la una y media en punto llega hasta esta sala de visitas acogedora y simpática, donde por la tarde le esperan los enfermos. Una gruesa alfombra, como un inmenso tapiz sobre el suelo; velador de caoba en el centro, un juego de tresillos verdes y amarillos, cuadros de pintura moderna en las paredes, un barquito de sal sobre un juguetero y, esparcidas sobre las mesas, revistas y periódicos, que harán a los enfermos de la consulta más gratas las horas de turno. El doctor Sánchez-Cuenca viste un traje verde oscuro, pañuelo blanco en el bolsillo alto de la americana, corbata marrón y camisa blanca. No es alto ni bajo; en su rostro, una constante expresión de bondad y de simpatía, que, junto a su ciencia y su saber de especialista, será, sin duda, la mejor carta credencial para su numerosa clientela. Poco menos de un mes falta para que el doctor Sánchez-Cuenca cumpla sus sesenta años. Y ésta es mi primera sorpresa. Porque, para mí, el doctor no pasaría de los cincuenta.

Un poco al margen de su fecunda actividad científica, aparte de las horas que el doctor consume en sus trabajos de profunda investigación médica sobre especialidades de asma y de alergia, y al margen también de sus libros científicos, don Baldomero Sánchez-Cuenca acaba de publicar una obra que yo llamaría de divulgación para los profanos. Un libro escrito con sencillez, con visión acertada y objetiva, sin apasionamientos ni nostalgias; un libro de Medicina o, mejor, sobre Medicina; pero sin tecnicismos, sin afanes de erudición, claro y ameno, hecho por un médico con experiencias de muchos años. El último libro del doctor Sánchez-Cuenca se llama «El médico y la Medicina de ayer y de hoy».

La obra es un conjunto de en-

sayos escritos con la habilidad del historiador, la agilidad mental del filósofo y la maestría del narrador, dirigidos a esclarecer los principales aspectos sociales de la vida médica y a analizar las importantes modificaciones impresas a la patología humana con las últimas conquistas de la terapéutica. Los ensayos quedan constatados con la narración de casos y episodios personales del autor como protagonista en su larga vida, dedicada, desde hace muchos años, a la Medicina, a la clínica, al laboratorio, al hospital, a sus horas de interminables consultas con los enfermos.

—En todos estos ensayos he procurado que resalte con acusado relieve que el ejercicio de la Medicina es una actividad noble, elevada y llena de inmensas dificultades que perdurarán seguramente hasta el día en que se llegue a los diagnósticos electrónicos y por la detección de elementos «marcados» o con radiactividad prestada, época probablemente no lejana, aunque espero y deseo que tampoco esté

tan próxima que me coja aún con el fonendoscopio en la mano.

DOS HALLAZGOS DE LA MEDICINA ESPA- ÑOLA

Alcalá la Real es un pueblo de Jaén que hoy viene a tener unos 25.000 habitantes. Es un pueblo de construcción casi medieval, con su iglesia catedralicia sobre un terraplén elevado que en otro tiempo llegó a ser abadía real. A su kilómetro de la provincia de Granada, Alcalá se llamaba antes con un nombre que recuerda tiempos de Reconquista: Berzalde. Los Reyes Católicos, al bautizarla, le dieron una llave por escudo y la leyenda de «La muy noble e muy leal ciudad». Aquí, en julio de 1896, nace el que hoy es eminente especialista en alergia y asma. En Alcalá la Real su padre es el veterinario del pueblo.

—Antes de ser veterinario, muchos años antes, mi padre había sido herrador. Nació en Fralles



otro pueblecito de Jaén, donde mi abuelo era zapatero remendón. Mi padre me contaba que desde pequeño recorría diariamente ocho kilómetros para ir a la escuela de Alcalá. Cuando fue mayor se colocó de herrador, y cuando terminó el servicio militar se colocó de mozo en una farmacia de Córdoba. En la farmacia de don Rafael Blanco. Allí, a los veinticinco años, y valiéndose como única ayuda económica de su sueldo de manebro, comenzó primero los estudios de bachillerato y más tarde ingresó en la Facultad de Veterinaria de Córdoba. A su edad, y teniendo que trabajar para costearse sus estudios, mi padre fue para todos un ejemplo de buen estudiante: matriculas de honor en toda la carrera. En el último año es pensionado por la Facultad, y con aquella pensión pudo pagar su título. Después marchó a Alcalá, a la calle de los Alamos, y dedicó toda su vida a aquella profesión, que él tanto quería, y a preocuparse por dar estudios y carrera a sus siete hijos.

En Alcalá comienza Baldomero Sánchez-Cuenca sus primeros estudios, que sigue en el colegio de San Antonio de Padua de Sevilla, donde un pariente de su padre, canónigo arcipreste de la catedral, le ayuda en los años de bachillerato. El preparatorio y primero de Medicina los hace en Granada. Son los años del famoso histólogo García Solá y del profesor Oloriz en la cátedra de Anatomía. En 1916 viene a Madrid. En San Carlos, Ramón y Cajal explica la Anatomía Patológica; el profesor Hernando, la Terapéutica.

—Don Ramón era un hombre serio, de palabras escuetas, sencillo en su explicación, que llevaba hasta la cátedra aquella austeridad que siempre le distinguía. Algunos decían que sus clases eran aburridas; yo las encontraba magníficas.

Al año siguiente, Sánchez-Cuenca ingresa como interno en el Hospital General y trabaja a las órdenes del famoso clínico don Jacobo López Elizagaray, y junto al doctor Mouriz en su laboratorio. Cuando la guerra de Africa, al estudiante le faltan sólo dos años para terminar la carrera y marcha como voluntario a Tetuán, a Xauen, interviniendo en el Cuerpo de Sanidad Militar en las operaciones de su bandera. Cuando se terminan los estudios en la Universidad, el joven médico se une con su compañero de curso y de internado Jiménez Díaz, acompañándole a Sevilla como ayudante de las clases de práctica en la cátedra y más tarde su profesor auxiliar en Madrid. En 1924, el Gobierno le concede una pensión y marcha a Viena para hacer algunos trabajos junto al profesor Eppinger. Tres años después marcha a Alemania para perfeccionar estudios sobre metabolismo hidrocarbonado, de hígado y fisiopatología circulatoria. El profesor Lesser, en el hospital alemán de Mannheim, le guía en sus trabajos acerca del mecanismo de acción de la insulina. Cuando vuelve a España, Sánchez-Cuenca se dedica casi



Rodeado de su esposa y de sus diez hijos, el doctor Sánchez-Cuenca es feliz



El doctor Sánchez-Cuenca, en su biblioteca

por entero a la investigación, y sus estudios darán pronto un fruto deseado: es en el año 1929 cuando, por primera vez en España, y por vez segunda en el mundo, se hace el sondaje del corazón derecho a través de una vena del brazo. Sólo el doctor alemán Forsmann se había aventurado al médico español. En el mismo año, y ahora Sánchez-Cuenca, será el primero en el mundo, analiza los gases de la sangre procedentes de la aurícula derecha. Sus largas horas de estudios, de meditación, de laboratorio, de clínica, han dado co-

mo resultado esos dos descubrimientos que honrarán para siempre a la historia de la Medicina española.

Hacia 1930 la ocupación investigadora se dirige con predilección al estudio de los fenómenos alérgicos y asmáticos. El doctor Jiménez Díaz y Sánchez-Cuenca serán quienes formen, formulen y estructuren la alergia como ciencia en España.

La Real Academia de Medicina premia la tesis doctoral del doctor Sánchez-Cuenca. Una tesis que constituirá después su primer libro: «Las polinosis en la Península Ibérica». Y a raíz de esta publicación comienzan sus libros científicos, hijos de la investigación y de la experiencia: «Anafilaxia y alergia», «Asma», «Alergología clínica». El mundo comienza a reconocer la autoridad del sabio alergólogo español y su nombre figurará en la Sociedad de Alergología mejicana, brasileña, portuguesa, argentina, peruana, chilena; en la American Academy of Allergy, y en la vicepresidencia de la International Association of Asthmology. Recientemente los países sudamericanos reclamaron la presencia del profesor y médico español, y sus conferencias sobre temas de su especialidad se celebraron en las cátedras de Río de Janeiro, Sao Paulo, Montevideo, Buenos Aires, La Plata, Santiago de Chile, Valparaíso, Lima, Santo Domingo, La Habana...

—Doctor, ¿qué es la alergia?

—Viene a ser un estado morboso del individuo, en virtud del cual hace daño a un organismo una serie numerosa de cosas que al resto de las personas son completamente inocentes.

LO QUE VA DE AYER A HOY

El ejercicio profesional, el enfermo y el médico, aspectos económicos de la profesión, la responsabilidad del médico, las con-

sultas, el médico y su mujer, el cáncer, la alergia, las especialidades, la lucha contra el dolor, la invención artificial, la prolongación de la vida humana; éstos son algunos de los capítulos de «El médico y la Medicina de ayer y de hoy». Capítulos en los que tanto se puede alabar la intención y el contenido como la gracia y la amenidad del episodio y de la anécdota. A lo largo de las páginas de esta obra el lector se tiene que dar cuenta de dos cosas fundamentales: del gigantesco avance que en nuestro tiempo ha realizado la Medicina y del esfuerzo de los hombres que lograron estos avances de lo que el médico representaba en un tiempo en que la Medicina como ciencia estaba en sus balbucesos y de lo que hoy la figura del médico simboliza y representa.

—¿Qué habrá perdido la Medicina cuando acabe el fonendoscopio y empiecen los diagnósticos electrónicos?

—Entonces la Medicina habrá perdido y habrá ganado. Perderá un gran interés desde el punto de vista intelectual. Entonces lo admirable no será el hombre sino la máquina que haga posible estos diagnósticos. Y habrá ganado precisión y exactitud en beneficio del enfermo.

—¿Cree usted que en nuestra época ha decaído la personalidad social y la influencia del médico?

—En cierto modo, sí. El médico ha perdido influencia sobre el enfermo y el enfermo ha dejado de beneficiarse de la actitud más profundamente humana del galeno de antes. La personalidad del médico de principios de siglo estaba nimbada por una aureola de responsabilidad que imponía desde el primer momento. Entonces los médicos ignoraban muchísimas cosas de las que hoy saben hasta los alumnos más atrasados de la carrera; pero tenían siempre a flor de labios una respuesta dogmática y de apariencia más o menos lógica para justificar algunos momentos de su actuación, que los profanos no encontraban razonables ni justificados. Los clínicos tenían que mostrar gran habilidad y mucha memoria para evitar contradicciones. Entonces no había análisis, sino sólo el juicio y el «ojo clínico» del galeno. Lo más delicado era el pronóstico, el «adivinar» la enfermedad con sólo «mirar» al enfermo, si acertaba o no en los días de vida que el médico de cabecera «le echó»; el diagnóstico, aunque fallase, y solía fallar con frecuencia, era lo de menos. Antes como ahora, el prestigio del médico se edificaba sobre su acierto. Para el médico como para la fama del buen navegante, lo importante estaba en saber manejar bien «el arte de navegar». Esto es, saber administrar bien sus escasos conocimientos en medio de un ambiente en el que todo se esperaba de algo misterioso que emanaba de la figura del médico. Y él tenía que desenvolverse escamoteando a los demás su ignorancia de tantos problemas que la gente suponía eran de él perfectamente conocidos.

LOS ENFERMOS Y SUS CLASES

—Yo entiendo que los conocimientos médicos deben ser difundidos entre el público para que éste le ayude al médico de un modo inteligente en la asistencia al enfermo. Pero considero completamente absurdo y perturbador el dar cuenta en los periódicos de noticias sensacionales acerca de descubrimientos no bien constatados ni resueltos definitivamente, creando un clima de anhelo en las familias en cuyo seno hay enfermos de afecciones graves e incurables. Esta discusión extemporánea e inoportuna no conduce con frecuencia más que a gastos inútiles y a desesperar más a los que ya lo están por el curso desdichado de enfermedades que aún no están en las manos del médico resolver. Pero las líneas generales de la atención y cuidado de los enfermos y los medios para recibir incidencias graves con recursos elementales, así como toda clase de consejos higiénicos, me parece de perlas el que, con un motivo u otro, ocupen un espacio adecuado en las columnas de los periódicos.

Hay muchas clases de enfermos. Quizá más que enfermedades haya. Enfermos pesimistas, temerosos, recelosos, optimistas, enfermos que necesitan de la espectacularidad y aparato escénico de la consulta, instalaciones lujosas e impresionantes, mucho ruido en los instrumentos y que haya muchos, aunque no sirvan para nada; enfermos vanidosos hasta en su enfermedad, a quienes gustaría que el médico, al pronosticar, diese a su mal un nombre rimbombante y exótico. Y aún hay otra categoría de enfermos.

—Los que necesitan planes complicados, con recetas costosas y que sea preciso traer del extranjero los medicamentos recetados. Es evidente que para algunos enfermos es más eficaz la medicina comprada en Tánger o traída, tras de una complicada gestión, por un amigo de Nueva York o de Méjico, que la del mismo nombre adquirida sin dificultad a la vuelta de la esquina. Todos sabemos que la eficacia de la sulfamida decayó mucho cuando, en lugar de adquirirlas en un bar clandestinamente, podían encontrarse en cualquier farmacia. Esto ocurre en todas las partes del mundo. Yo recuerdo haber visto en una farmacia de Francfort que una cliente alemana se dejaba convencer por el dependiente para que comprase un preparado de calcio de determinada marca suiza en vez del alemán que había pedido. ¡Y esto ocurría en Alemania! Pero también hay el enfermo sencillo, modesto, sumamente obediente y dócil. Otros, que aseguran haberse enterado perfectamente de las instrucciones y que hay que desconfiar de ellos hasta cuando se le dan por escrito. Recuerdo de un asmático del hospital de San Carlos al que le entregamos una vacuna bronquial envasada en diez ampollas de un centímetro cúbico con instrucciones para que se inyectara un día y otro no, em-

pezando por 0.1 c. c. y aumentara cada vez esa cantidad hasta llegar a un centímetro cúbico; la vacuna debía durarse tres semanas. Pero se presentó a los seis días «por más vacunas» porque se le había terminado en cuatro días. Me dijo que lo había hecho exactamente como iba en el papel: primer día, una ampolla; segundo, dos ampollas; tercer día, tres ampollas, y cuarto día, cuatro ampollas. Cuando le pregunté si le había dado mucha calentura, el asmático me respondió: «¿Señor: de reventar!»

Otra clase de enfermos es el defraudado, el que no ve concordar la opinión del médico con la suya propia:

—Esto ocurre con frecuencia en los alérgicos. Después de estudiar yo minuciosamente a un asmático de un pueblo castellano le dije que su enfermedad era causada por su sensibilización a las plumas. Me di cuenta de la desconfianza con que acogió mis palabras. De la consulta marchó con un amigo a un teatro de revistas, en el que ocupó una butaca inmediata al escenario, y durante uno de los números, en el que salían numerosas coristas, mi enfermo sufrió un ataque de asma que le obligó a abandonar el teatro. Ya fuera llamó la atención a su amigo sobre el despropósito de mi dictamen, puesto que el ataque le había sobrevenido en un sitio donde no había gallinas y, entre risas, el amigo le hizo recordar que las coristas habían salido «vestidas de plumas». Falle que el enfermo no había observado seguramente porque no eran las plumas lo que más le interesaban de las coristas. Para el enfermo una cosa muy importante en el médico es que éste impresione el ánimo del paciente. Lo más interesante es la impronta que el médico hace en el espíritu del enfermo; ésta es la mejor vía de una terapéutica bien discurrida y dispuesta. Tenía razón un famoso especialista del aparato digestivo cuando decía a sus alumnos: «Yo receto el mismo bicarbonato que usades, pero el mío cura más.»

El último capítulo de «El médico y la Medicina de ayer y de hoy» se titula «La prolongación de la vida humana».

—Es de esperar que con los progresos que a diario va teniendo la Medicina, la vida humana se alargue más en el tiempo. Quizá la longevidad se desarrolle a expensas de la comodidad y de la libertad. Será una vida menos cómoda porque el hombre será esclavo de muchas preocupaciones y se verá obligado a sacrificar su individualidad en aras de una sociedad que se preocupará casi exclusivamente de ella misma. El hombre tendrá que preocuparse de su cuerpo, pero al dictado.

El doctor Sánchez-Cuenca va a empezar sus consultas del día. Son las cuatro en punto de la tarde. Hasta las nueve de la noche la única compañía del doctor son los enfermos que acuden a su consulta.

Ernesto SALCEDO
(Fotografías de Mora.)

UNA FORMULA TRAGICA:

UN AVION, UNA BOMBA, UNA CIUDAD

LA BOMBA DE HIDROGENO EN LA ISLA DE NAMU

Al fin, tras de sucesivas suspensiones, debidas a las circunstancias meteorológicas, la bomba de hidrógeno, preparada por los americanos, ha sido experimentada. Una noticia urgente, llegada a todas las Redacciones de periódicos del mundo, anunció la novedad. A las seis menos diez de la mañana del pasado lunes día 21 de mayo la bomba fué lanzada apenas a cuatro kilómetros del «atholl» de Bikini. Los informadores añaden seguidamente detalles impresionantes, y aun terroríficos, de la explosión. Pero séanos permitido previamente un poco de geografía. Es necesario.

Los Estados Unidos, que nacieron tardamente en la Historia como país soberano, llegaron por ello retrasados al reparto del mundo. Otras potencias más viejas se les habían anticipado. Sin embargo, los americanos conviniéron que era preciso situarse pronto, y aunque las gentes allí gustan estimular la libertad de los pueblos, la verdad es que quedó pronto bajo la esfera de influencia, y aun de la autoridad de la nueva y poderosa gran República. Alaska, adquirida de barato en el mercado internacional en su día; Puerto Rico —aparte Cuba—, que perdimos, los españoles en pugna desigual, las Islas Vírgenes, en el Caribe, también que vendieron los holandeses, y, en fin, en el Gran Océano, sobre el ámbito inmenso de sus aguas, las Palaos, las Carolinas y las Marianas, que habían sido cedidas por España a Alemania y arrebatadas a éstas por el Japón y que pasaron luego a manos de los americanos. No lejos de estas islas, el archipiélago de las Marshall debe de merecer aquí nuestro principal interés. Está constituido éste

por una diversidad de «atholls», esto es, de formaciones coralinas obedientes al modelo general; una corona de madreporas, encabezando alguna cresta sumergida, y en el centro de aquélla un lago interior. Este archipiélago de las Marshall está constituido por dos amplios arcos. En el Atlas apenas si se divisa ello en ese conglomerado de puntitos diminutos que representan aquellas islas. Y es, en efecto, que las del mencionado archipiélago son minúsculas. El arco de Ratak—bellamente denominado la isla de la Aurora (esto es, de naciente)—está integrado nada menos que por quince grupos de islotes coralinos, como los brevemente descritos antes, y el otro arco, llamado de Ralik—por oposición, la isla del Oeste—, está compuesto por dieciocho archipiélagos de esta clase. En total, este verdadero enjambre de isletas no suma, sin embargo, más que 182 kilómetros cuadrados, esto es, la tercera parte de la superficie del término municipal de Madrid, siendo su población probable de unos 12.000 ó 14.000 indígenas. Estas gentes han vivido, queremos creer, dichosas—al menos hasta ahora—porque, sin duda, la civilización ha llevado allí a última hora mucho más que el progreso: la escoba. Algunos geógrafos apuntan incluso que el clima allí es tan benigno que la mayoría de los nativos carecen de vivienda, y sólo algunos disponen de chozas muy ligeras. La descripción del archipiélago aún nos proporciona un dato curioso: entre las islas principales del grupo occidental, la de Jalnit tiene tan sólo 16 kilómetros cuadrados y está rodeada de 95 minúsculos islotes. Otra isla importante —relativamente importante porque no tiene más que 27 ki-

lómetros cuadrados de extensión— es la de Eniwetok, rodeada a su vez de otras islas más pequeñas aún, en número de 38, entre las cuales está la de Bikini. He aquí los dos nombres—Bikini y Eniwetok—que nos interesa conservar en la memoria de este relato. Dos «atholls» de este archipiélago de las Marshall, situado astronómicamente, poco más o menos, a la latitud de dos grados Norte y a la longitud de 170 grados Este de Greenwich. Esto es, prácticamente sobre el meridiano opuesto al nuestro. Si al lector le parece un poco enfarragosa semejante situación le diremos que, a la postre, las islas Marshall se hallan un poco por encima del ecuador, unos ciento y pico de kilómetros al norte de éste y aproximadamente también cerca de la raya convencional que señalan los mapas de Oceanía para marcar la diferencia de fechas. Un país, en fin, paradisíaco, cuya principal riqueza natural es la copra; en el que nunca hace frío; la vegetación se brinda exuberante, el mar es placido y todo mueve a la calma y a la soledad. Sólo que este cuadro bucólico parece ya cambiado. Tal ha sido el empeño decidido, desde hace cinco años, del Pentágono, Eniwetok, como Bikini, ha sido elegido, en efecto, campo experimental de las nuevas armas termonucleares. Exactamente como han hecho los ingleses con Australia, en donde acaban de experimentar también, en Monte Bello, una explosión atómica, y como han hecho los rusos en los alrededores de Irkutsk en otras ocasiones.

A 65 KILOMETROS DEL «PUNTO CERO»

Esta vez en las aguas de Bikini la cosa pasó así: En la ma-

nana del mencionado día 21 volaba en los alrededores de Eniwetok una extraña y singular formación aérea. En cabeza iba un portentoso «B-52», un gigantesco bombardero estratégico, al que convoyaban, próximamente dos grandes aparatos también —un «B-47» y un «B-57»—, y al que seguían un avión de transporte «B-65» y dos rapidísimas cazas «B-84» y «F-101». A la hora exactamente señalada el avión de cabeza lanzó la bomba de hidrógeno preparada al efecto. Antes el aparato había pasado sobre el blanco ocasional señalado para reconocerlo. En el momento de lanzar su carga el avión volaba a 15.000 metros de altura—casi dos veces la altitud del Everest—, a una velocidad de 950 kilómetros por hora. La bomba se graduó convenientemente para que estallara a 3.000 metros sobre la superficie del Océano. El avión que la lanzó dió rápidamente una media vuelta para alejarse alrededor de 25 kilómetros del lugar desde donde la bomba se arrojara. Ninguna referencia oficial se ha dado—y es natural—de esta prueba ni sobre la clase del ingenio experimentado. Los periodistas que asistieron a la experiencia explicaron, desde el buque «Mount McKinley», que a los dos minutos y cuarenta y tres segundos de la explosión percibieron la detonación, cuando el barco se encontraba a 55 kilómetros del islote de Narum, que había sido elegido como blanco. Fuera del cortejo citado, otros 34 aviones participaron en la prueba, entre ellos un caza supersónico y un «B 36» equipado convenientemente con aparatos de medición. Los informadores—que estuvieron de espaldas y con las gafas puestas—mientras se producía la explosión—relatan luego que contemplaron el fantástico y terrorífico espectáculo de las agujas rojas que se elevaban hasta 12.000 ó 14.000 metros de altura, hasta que la «bola de fuego» fué adquiriendo, hacia el centro, color roja y, finalmente, azulada cada vez más oscuro. A los quince minutos de producirse la explosión la nube, en forma de seta, se elevó hasta 27.000 metros sobre el mar, esto, salió de la troposfera, que a la postre tiene sólo 11.000 metros de altitud, para penetrar otros 16.000 metros en el dominio de la fría y vacía estratosfera. La onda explosiva—lo que han llamado las informaciones «ola de choque» (?)—sacudió suavemente a los reporteros, situados a 65 kilómetros del «punto cero», a los dos minutos y cincuenta y tres segundos justamente de la explosión. La seta aparecía, ya entonces, de un color intenso púrpuro.

Ningún comentario más. Sino uno, sí, muy expresivo, que merece el relato: la bomba experimentada en esta ocasión debía tener un poder destructor equivalente a unos diez millones de toneladas de trilita. ¿Para qué decir más?

EN CADA GUERRA, UNA NUEVA MARCA

La historia de los armamentos es también la historia de la

guerra y hasta cierto punto en tanto del mismo modo la Historia de esta pobre Humanidad que aprendió a matarse desde que vino al mundo, y que inició el combate empleando las armas más rudimentarias, desde el palo a la piedra. En las pinturas rupestres de nuestro Levante los arqueros aparecen reproducidos, en efecto, librando pequeños combates en los albores de la civilización. Luego el progreso de las armas marcharía rápido, con el hierro, con la sucesión de ingenios, que llevarían al empleo mismo de la pólvora, que a la larga revolucionaría plenamente el arte de la guerra. Pero ya las batallas antiguas eran, desde luego, sangrientas. Faltan datos de muchas, y probablemente, con frecuencia, los que existen son exagerados o, al revés, ocultan la realidad de las bajas. Con frecuencia, en los días de Roma, las batallas, que llegaban hasta los «triarrios», se encarnizaban. En los tiempos bárbaros las víctimas se incrementaban después del combate mismo al pasar a cuchillo a los vencidos. Las epidemias, por otra parte, han venido haciendo más estragos entre los Ejércitos que las armas mismas hasta época muy reciente. La batalla de los Campos Cataláunicos se dice hizo correr materialmente la sangre de los hombres. En la de las Navas de Tolosa hubo, según los escritores cristianos, cien mil moros muertos. La lucha, sin embargo, se debía de ser cruda y las bajas habrían de aumentar con el empleo de las armas de fuego. Pero las cosas fueron a este respecto muy lentamente. Aunque en España se utilizó antes que en ningún otro lugar el cañón, se ha dado en decir que en Crecy, en 1346, los ingleses emplearon «artillería rodada» por primera vez en la Historia. Sin embargo, sus efectos no debieron ser materialmente grandes, aunque lo fueran, ciertamente, desde el punto de vista moral. En los días de Napoleón la artillería no alcanzaba más de 500 ó 600 metros; su velocidad de fuego era lentísima y las balas eran macizas. Por entonces la fusilería no era capaz de disparar más de dos o tres veces antes de llegar al choque. Fué luego el fusil rayado el que causaría, en Crimea, a mediados del siglo pasado, pérdidas sin cuento. En Austerlitz los aliados habían sufrido 20.000 bajas. Pero en Magenta y Solferino, en la guerra de Italia, en 1859, la carnicería fué tal que surgió entonces la inspiración de que se creara la Cruz Roja. En Sadowa las armas rayadas causaron 60.000 bajas a ambos bandos. En la guerra francoprusiana de 1870 la victoria, se dijo, fué del fusil «Dreyse» alemán frente al «Chassepot» francés. En Mukden, en la campaña ruso-japonesa de principios de siglo, hubo en total 130.000 bajas, repartidas casi por igual entre ambos contendientes. La primera guerra mundial fué ya, sobre todo, singularmente sangrienta. El progreso de la artillería era tal que los campos de batalla se convirtieron en «paisajes lunares», como en Verdún. Las tropas tuvieron que enterrarse en vida, en profundas

zanjas y en abrigos cubiertos. Fué aquella, se ha dicho, una «guerra de trincheras», sobre todo. La aviación, los carros, la ametralladora, el mortero de infantería y la granada de mano sembraban la muerte por todo. Aquella guerra—cuatro años de intenso batallar—le costó a la Humanidad «15 millones de vidas». Muchas más que las que causara en el mundo la terrible epidemia de gripe de 1918. Solamente Francia perdió en aquella guerra 1.400.000 hombres, tuvo 3.000.000 de heridos y 740.000 mutilados. ¡Tal fué la hecatombe!

Sólo que la segunda guerra mundial significaría aún una nueva marca trágica. Millones y millones de hombres cayeron en los frentes y, sobre todo, en la retaguardia, aplastados por los bombardeos en masa de la aviación. Solamente Rusia tuvo en esta última contienda más bajas que todos los beligerantes juntos en la primera. Los bombardeos con explosivos de las grandes urbes causaron terribles mortandades. En Hamburgo hubo más de 60.000 bajas. Pero la gran hecatombe de la guerra última fué consecuencia, sobre todo, del empleo de una nueva arma: la bomba atómica. Cuando la guerra terminaba la Aviación americana, concentrada sobre el Japón, con la experiencia previamente adquirida y con los progresos enormes logrados, causaron en Tokio un estrago horrendo. Pero todo se desbordó al entrar en acción las nuevas bombas atómicas. En Hiroshima—que fué la primera víctima—una sola bomba de esta clase causó de 70.000 a 80.000 muertos y desaparecidos y arruinó 65.000 edificios, afectando las destrucciones a un área de 12 kilómetros cuadrados. La segunda bomba—y última de las empleadas en la guerra pasada—, la de Nagasaki, afectó en sus destrucciones a un área de cinco kilómetros cuadrados; causó de 35.000 a 40.000 bajas definitivas y arruinó 20.000 edificios. Según datos, sin embargo, de los propios japoneses, ambas bombas causaron 260.000 muertos, 163.000 heridos y desaparecidos, y dejaron en ruinas 63.400 edificios. He aquí el resultado escalofriante del lanzamiento de las dos únicas bombas atómicas verificadas en la guerra última, sobre el Japón. Sin embargo...

LA BOMBA DE HIROSHIMA ES YA UN ARMA RUDIMENTARIA

Aquella bomba primera de Hiroshima resulta ser ahora algo así como un arma rudimentaria. Pertenece, en efecto, pese a lo reciente de la fecha, a lo que se llamará posiblemente un día prehistoria de las armas y de la guerra atómica. La bomba de Hiroshima representaba un potencial equivalente al de 20.000 bombas de aviación de las llamadas «destruyecidades», de una tonelada de trilita cada una. Aclaramos antes esta denominación. A principios de este siglo los químicos militares descubrieron un formidable y nuevo explosivo: el *trinitrotolueno*. Fue ésta una gran conquista de la



Instante de la explosión de la bomba de hidrógeno lanzada sobre la isla de Narum

industria belica. Se había trabajado para obtener un explosivo fuerte y potente, pero al mismo tiempo estable. En la tarea de encontrarlos, los obtenidos sucesivamente mostraban gran inseguridad por su poca estabilidad. En la Marina, sobre todo, se sucedieron los incidentes graves. En Tolón hubo voladuras a bordo de los navíos franceses. Y en la Habana volaba un día aciago el acorazado yanqui «Maine» como consecuencia de una explosión interna y fortuita, originándose nada menos que una guerra el incidente. Pero a principios del siglo actual, como decimos, la técnica militar había conseguido el objetivo; el *trinitrotolueno* había logrado la solución buscada y con él se cargarían en lo sucesivo los proyectiles. Cada país, naturalmente, adaptó al nuevo explosivo, verificando en su fabricación las modificaciones precisas. Francia obtuvo así la *tolita*, y en España el insignie general Aranaz, gloria de nuestra milicia y del Área de Artillería, a la que perteneciera, obtuvo la *trilita*. He aquí un nombre, este último, que, sobre ser técnico, es español y fácil. Mucho más fácil que esa otra denominación de *trinitrotolueno*, que se alude repetir acudiendo a su sigla específica: «T. N. T.»

La bomba de Hiroshima, repetimos, tenía un potencial aniquilador equivalente a 20 000 toneladas de *trilita*. Algo, sin duda, colosal, no sólo sin precedentes en la historia militar, sino que incluso, insospechado para los propios profesionales de la guerra. Una bomba, en fin, solamente de esta clase equivalía, pues, a la acción de miles y miles de aparatos, lanzando cada uno bombas colosales, como las que se emplearon en los bombardeos de la última contienda contra las ciudades. Aquello, sin duda, era un horror... ¡pero no debería, desgraciadamente, ser el último!

Porque cuando la guerra terminó, tras de los bombardeos citados de las dos ciudades mártires niponas, a este contundente y trágico final siguió una tarea incansante de investigación y estudios para intentar ya no incrementar estos estragos. Los investigadores alemanes, que habían intentado lograr semejantes armas, fueron repartidos en

de los vencedores. Los rusos laboraron, como siempre, con actividad y secreto. Los ingleses iniciaron sus tareas también, aunque decían que sólo con ánimo pacífico. Ya hemos visto que del mismo modo han terminado construyendo armas atómicas. Pero, sobre todo, fué en los Estados Unidos en donde la cuestión se llevó más a fondo y con más empeño. Surgen rápidamente así en América las primeras ciudades atómicas en Los Alamos, Oak Ridge y Hawford. Se trata de poblaciones singulares que suman en total cerca de 160 000 habitantes, todos afeitados en el trabajo, sometidos a una disciplina rigurosa y aislados del mundo. Los frutos de esta laboriosidad y la abundancia de recursos y de técnica allí acumulados, se vieron pronto. El 24 de septiembre de 1949, apenas cuatro años después de que, tras los bombardeos de Hiroshima y de Nagasaki, Truman amenazara al «emperador japonés con una «lluvia de ruina», los rusos experimentaron su primera arma atómica. Truman pidió entonces la intervención de las Naciones Unidas. Vichinski propone un pacto de paz que no resulta posible. Pero América no se deja ganar la mano. Cinco meses más tarde de la explosión soviética, exactamente el 1 de febrero de 1950, Truman mismo ordena se construya la bomba de hidrógeno como medio de mantener la seguridad y el equilibrio mundial. El Congreso aprueba la petición. Y los técnicos inician los trabajos. El 17 de noviembre de 1952 se experimenta en Eniwetok la primera bomba de hidrógeno construida en el mundo. Casi un año después Malenkov asegura que Rusia tiene también la bomba de hidrógeno y muchas cosas más. Y, en efecto, la experimenta en Siberia, con gran alarma de los occidentales y del mundo, poco seguro de la prudencia soviética. En la primavera de 1954, por último, los yanquis experimentan a su vez, en su gran polígono del Pacífico, una bomba de hidrógeno cuyo potencial pareció ser de unos doce o quince millones quizá de toneladas de *trilita*. Esto es, 600 ó 700 veces más potente que la de Hiroshima. La cifra colosal de un millón de toneladas se denomina *megaton*. La bomba

en cuestión tenía un potencial de 12 ó 15 *megatones*, en consecuencia. Es decir, algo superior a la recientemente experimentada el día 21 de mayo último en Eniwetok, que tenía «sólo» diez *megatones*. Pero, sin duda, esta última bomba, aunque menos potente, por más pequeña, parece ser de una fabricación avanzada.

EL CIRCULO DE LA MUERTE PODRA TENER DE 18 A 20 KILOMETROS DE RADIO

Pero, ¿qué es una bomba de hidrógeno? ¿Qué clase de arma es ésta? ¿Cómo se compone y cómo actúa, en fin, para causar tamaño estrago? Sin entrar en tecnicismos, que no son de este lugar, ni se precisan, puede decirse que la bomba «H» es, en realidad, una bomba «A» perfeccionada. La bomba «A», esto es, la atómica, parece, en efecto, componerse de unas aletas directoras; de una batería que actúa sobre la cápsula explosiva; de un altímetro ameroide, que determina la explosión; de dos cargas de uranio o de plutonio, al menos de nueve kilogramos cada una, encerradas en dos hemisferios de plomo, la superior de las cuales golpea a la inferior en el momento de la explosión. La bomba «H», en resumen, parece comprender lo que podríamos llamar un detonador constituido, realmente, por una bomba «A» que actúa sobre una capa de uranio 238. Se trata de la más formidable arma aniquiladora construida hasta la fecha al menos. ¡Porque mañana!...

Pero, en fin, ya es más que suficiente con lo conseguido. Estas armas actúan eficazmente por la acción de su honda explosiva, por el calor y por la radiactividad que desprenden. La bomba de Hiroshima se calcula que levantó un kilogramo de polvo radiactivo. La que lanzaron los rusos sobre el Baikal, debió levantar, al menos, 250 kilogramos. En las experiencias americanas posteriores los efectos de la radiactividad, se recordará, se acusaron muy lejos. Llegó incluso muy atenuada nuestra París. Al Japón, desde luego. La isla de Tori, cerca de Okinawa, al sur del archipiélago nipón, provocó la caída de la llamada «lluvia caliente», con una radiación

tividad equivalente a 60 o 90 veces la normal de la lluvia.

Esta vez, en la experiencia del día 21. la onda explosiva se ha manifestado a 65 kilómetros del punto cero, bien que el fenómeno no fuera naturalmente muy intenso. Esta onda explosiva debería equivaler a dicha distancia —aproximadamente la que separa a Guadalajara de Madrid—, a la intensidad de un huracán de 130 kilómetros de velocidad por hora.

Los efectos, en fin de las nuevas bombas se van haciendo sucesivamente sentir cada vez más lejos. El área de destrucción de la primera bomba atómica, la de Hiroshima equivalía a la de un círculo de 1.800 metros de radio; posteriormente este círculo duplicó la longitud de aquel. La bomba de hidrógeno americana lanzada en 1954 logró un área de destrucción equivalente a un círculo de cinco a seis kilómetros de radio.

Mañana —un mañana que se supone próximo—, en fin, este círculo de la muerte podrá tener de 18 a 20 kilómetros de radio, esto es, representar un área de 1.000 a 1.200 kilómetros cuadrados, casi tanto como la provincia de Guipúzcoa, por ejemplo.

Y no se trata sólo, naturalmente, de construir «armas-tipo» o de ensayo. Se trata de experimentar algunas; pero, sobre todo, de almacenar las más. Así, de este modo, en la diabólica Santa Bárbara de los Estados modernos y poderosos, se acumulan en diversos arsenales secretos y muy bien custodiadas armas de estas clases. Puede haber de estas armas atómicas y termonucleares. En efecto, a juicio de ciertos informadores británicos, por ejemplo, 30.000 proyectiles en los Estados Unidos, en espera de ser empleados y probablemente materiales suficientes para sin más, producir un rapidísimo incremento en la fabricación y poder almacenar en seguida casi doble número de las bombas incicadas.

Por su parte, los rusos deben de poseer unas 10.000 bombas de esta clase, aparte de materiales para fabricar bastantes más. Inglaterra debe disponer de 2.500 a 3.500. Y, en fin, Francia, que también abogaba excluyentemente por los «átomos para la paz», se dispone a construir bombas atómicas para la guerra por su cuenta. Nunca como ahora pudo decirse con mayor rigor que el mundo está realmente sobre un volcán. Mañana, en efecto, si valora ese inmenso polvorín, ¿qué sería de la humanidad entera? Con el cúmulo de bombas atómicas y termonucleares acumulado hay para volar todas las principales ciudades del mundo, no sólo ya las enormes aglomeraciones de más de un millón de habitantes, sino además de las «ciudades-tipo» de gran población, superiores a los 100.000 habitantes, todas las demás localidades de la tierra de cierta importancia con un censo muy inferior a esa cifra. El mundo, en fin, sería así un volcán; un volcán terrible, que en breve y fugaz erupción catastrófica terminaría por aniquilar definitivamente todo vestigio de civilización en el mundo.

UNA FORMULA TRAGICA: «UN AVION, UNA BOMBA, UNA CIUDAD»

¿Qué cabe hacer contra lo bomba atómica o la de hidrógeno? Poco, muy poco, Inglaterra, preocupada por semejante porvenir —pues sabe sería blanco predilecto de Rusia, en caso de un conflicto— está transformando en unidades especiales, para atender a las ciudades bombardeadas por tales ingenios, algunas de sus tropas de infantería. La defensa pasiva, en fin, es el gran agobio de la organización militar de los países actuales. Si la cuestión era ya ardua en los tiempos de las bombas explosivas de una a cinco toneladas, que convertían a las ciudades en verdaderos infiernos, en la hora trágica del bombardeo, ¿que no sabe decir del peligro atómico? Los americanos han creado una triple barrera radar, en el norte de su país, y parcialmente en la costa atlántica para localizar a los agresores. Una inmensa cortina de radar de cinco mil kilómetros de desarrollo monta la N. A. T. O., sin reparar en gastos, desde Turquía al norte de Noruega. Pero lo importante es la réplica, aunque para ello sea preciso la localización de los agresores. Para la defensa anti-aérea, en efecto, los americanos han envuelto a sus trece más importantes urbes de una red compacta de cohetes «Nike». ¿Bastará ello para malograr un ataque? He aquí la cuestión. En los propios Estados Unidos la discusión se ha abierto, un poco acaloradamente incluso entre los institutos armados. El mismo Día de las Fuerzas Armadas, la polémica se ha mantenido viva. De un lado, la Aviación se supone la clave de la guerra, merced a las posibilidades que le da el arma atómica. La Marina discute esto y hace prevalecer su trascendental papel, en orden a los transportes y al dominio del mar. El Ejército se queja amargamente de sentirse preterido, cuando piensa que será en la tierra, sobre la superficie del suelo, donde se dirimirá, en última instancia, la guerra futura, como se decidió siempre la guerra a la postre. La polémica ha sido tan vivaz que el general del Estado Mayor americano Taylor ha debido de explicar a la opinión pública yanqui «que no hay motín alguno en el Ejército». Pero la disputa en torno del «Nike» sigue abierta. Es verdad, que la potente Aviación americana vela las veinticuatro horas del día ante la posibilidad de un ataque imprevisto. Pero, con todo, ninguna aviación de mundo, ni la yanqui siquiera podría garantizar hoy que ante una masa de aviones atacantes no pudiera existir la posibilidad de que uno solo, al menos, dejara de alcanzar el blanco. Y esto sería suficiente. Ya sabemos la fórmula trágica de cierto técnico: «Un avión, una bomba, una ciudad.» Semejante frase encierra una brutal realidad en su entraña misma. ¿Valdrá o no valdrá el «Nike», en fin, para asegurar la inmunidad de las ciudades mañana? Según los técnicos del Ejército de tierra e incluso del de el mar, no. El «Nike», el cohete dirigido que han construido los americanos en serie, sin duda, es un arma bue-

na, o por mejor decir, fué un arma excelente. Hoy, dicen estos técnicos, que se encuentra debordada. Resultan caros tales cohetes y, sobre todo, su eficacia ha sido superada por otras armas teledirigidas, como por ejemplo el «Talos», que logra interceptar ahora oportunamente el ingenio atacante. Eisenhower, en fin, ha decidido designar un «dictador de las armas teledirigidas» para que falle, en conciencia, el problema. La cuestión, por tanto, dista mucho de quedar resuelta. Es, desde luego, muy improbable que en la guerra futura pueda existir un medio radical, una superarma que impida o haga imposible radicalmente los bombardeos de las grandes ciudades. Si algún día —aun parece lejano— esto puede ser logrado, contra los mayores aviones de bombardeo estratégico, todavía quedaría por resolver el problema más árduo; hacer eficaces los grandes cohetes, que pueden portar ellos también una cabeza atómica y, por tanto, llegar al mismo resultado por otro medio.

UN SOLO PROYECTIL DE UN CANON ATOMICO DE 280 PUEDE PONER FUERA DE COMBATE A UN REGIMIENTO

Aunque pudiera resultar —y ello no hay duda que sería lo mejor— que el arma atómica quedara inédita en la guerra de mañana! Podría esto ocurrir, sin duda. Y hasta es muy posible que, en el fondo, lo deseen y quieran así las potencias, todas, del mundo. Las que carecen de semejante arma, desde luego. Las que la poseen —hasta ahora Norteamérica, la Gran Bretaña y Rusia—, porque saben los estragos que podrían sufrir en represalia, si ellas mismas emplearan semejantes y terribles armamentos. Intentos para poner fin a este peligro ciertamente no han faltado. Es de suponer que no faltarán tampoco en lo sucesivo. Por otra parte, el temor a semejante represalia no podrá ocasionar, en el porvenir, una abstención en el uso de tales proyectiles exactamente como ocurrió en la guerra pasada con los gases tóxicos? He aquí lo que pudiera ser posible y, desde luego, es deseable. No hay, ciertamente, ninguna garantía de que tal cosa pueda ocurrir y ello explica precisamente la carrera de armamentos en este sentido, pero sin paradoja este progreso mismo pudiera llevar a la meditación e imponer la prudencia a los beligerantes de mañana.

En todo caso las armas atómicas es seguro que no dejarán de emplearse en su día. No ciertamente sobre las grandes ciudades, usando grandes bombas de hidrógeno —como la experimentada ahora— y continuando la serie trágica de los bombardeos que se iniciaron en el Japón, al final de la última conflagración. Los proyectiles atómicos que parece indudable se emplearán mañana, serán los del campo táctico; los de la batalla, los que lancen los cañones atómicos y los cohetes de alcance relativamente limitado. La batalla de mañana, acaba de decirnos Montgomery será ató-

Otra fase de la explosión de la bomba «H»



mica. Y, en efecto, todos los países adaptan sus Ejércitos a este orden de combate. Se aligeran las tropas, se las proporciona menor potencia de fuego clásico—menos artillería, menos armas automáticas—y, en cambio, se las dota de ingenios atómicos de más vehículos blindados y de mejor protección, en una palabra. Estamos, en efecto, en el trance de desmantelar las Grandes Unidades del tipo División, reduciendo sus servicios y, sobre todo, limitando sus efectivos. Tal es el caso de la División americana de 18.000 hombres, un verdadero Cuerpo de Ejército, que ahora parece excesivamente pesada. Los franceses han experimentado en el ejercicio «Eclair», en Alemania, últimamente, una nueva unidad que designan con las iniciales «D. M. R.»—División Mecanizada Rápida—con el mismo pensamiento de constituir unidades ligeras, ágiles, bien mecanizadas y blindadas. Por su parte, los ingleses aumentan los carros de su infantería y disminuyen, en cambio, la densidad mecánica de sus grandes divisiones blindadas. Proceso paralelo tiene lugar en Rusia, lo que explicará el camino iniciado allá de disminuir el número de los soldados en filas. Moscú prefiere tener menos hombres en los cuarteles y más en las fábricas. Eso es todo el secreto de la desmovilización parcial anunciada, con propósitos aparentes de paz y coexistentes. ¡Una mentira más!

Los Ejércitos, en fin, equipados con armas atómicas y dispuestos orgánicamente para combatir, con estas armas, es natural que, en caso de guerra, las empleen. Habrían perdido notablemente su eficacia si no lo hicieran. Y ello implicaría una grave responsabilidad, en un momento sumamente crítico para que nadie, probablemente, se decidiera a hacer otra cosa. Así la guerra atómica limitada al Ejército y al empleo de proyectiles relativamente reducidos, de campo de batalla, resultaría algo menos peligrosa y menos grave. Las armas atómicas serían, en fin, en este caso, el cañón americano. Ya distribuido en Europa, entre las fuerzas yanquis, de calibre 280, capaz de lanzar proyectiles atómicos o no a 32 kilómetros de

distancia y los ingeniosos cohetes de uso táctico, que pueden efectuarlo a distancias variables comprendidas entre la citada del cañón y trescientos o quinientos kilómetros. En la actualidad, el cañón de 280 está en vía de sustitución. Los armamentos, en efecto, están constantemente evolucionando. El nuevo cañón atómico yanqui parece tendrá un calibre menor, exactamente de 203 milímetros. Entre los nuevos proyectiles teledirigidos el «Redstone» bate blancos ahora a 500 kilómetros, pero se tiene la esperanza de que esta cifra pueda ser cuadruplicada y quien sabe incluso si quintuplicada en el futuro.

La batalla, en fin, así concebida, como una lucha atómica no excluirá, bien entendido, los armamentos clásicos, las armas de fuego, la aviación, naturalmente, y los carros. Todos, al revés, coadyuvarán a la victoria y al éxito, y formarán, al efecto, un coro infernal del que llevará, por así decirlo, la batuta del arma atómica. Esta batalla, en fin, así imaginada, empleará en vez de Regimientos, organización que data de los tiempos de nuestra guerra de la Sucesión, «comandos» ligeros, del tipo batallón, provistos incluso de artillería. Esta batalla será aparentemente un caos. No habrá, como en las clásicas del más puro modelo napoleónico, una sola acción, sino que tal batalla deberá suponerse como un cúmulo de pequeños combates, sucesivos y simultáneos, en los que los ataques a objetivos localizados sean muy virulentos, utilizando el fuego, las tropas motorizadas y aun transportadas por aviones y helicópteros y las armas atómicas, pero combates, en fin, muy breves, casi relámpagos, porque las concentraciones sólo podrán ser instantáneas. Semejante singular batalla se librará sobre una extensión extraordinaria. Una División normal, en la guerra última, cubría, por ejemplo, un frente de 6 a 10 kilómetros y una profundidad de 5 a 6. Esto es, una superficie de unos 50 kilómetros cuadrados en las condiciones óptimas de su empleo. La División atómica de mañana podrá cubrir extensiones triples, con menos efectivos, para no ofrecer densi-

dades apreciables al arma enemiga. De este modo la densidad de combatientes, por metro de frente, sigue disminuyendo de día en día. Antaño, en la antigüedad, la densidad era de 50 y hasta de 60 hombres por metro de frente en algunas ocasiones. En la edad moderna, las primeras armas de fuego redujeron esa densidad a menos de la mitad. Luego los armamentos más eficaces impulsieron los grandes «guerrillones de tiradores», con densidades mucho más reducidas. Posteriormente, los efectos de las armas de tiro rápido, repetidoras, de las ametralladoras y de los morteros, rebajaron esta densidad a 2 y hasta 1.5 en las últimas contiendas. En la de mañana bastará probablemente un término medio de un soldado por cada dos metros; esto es apenas la densidad «hombre metro», de 0.5.

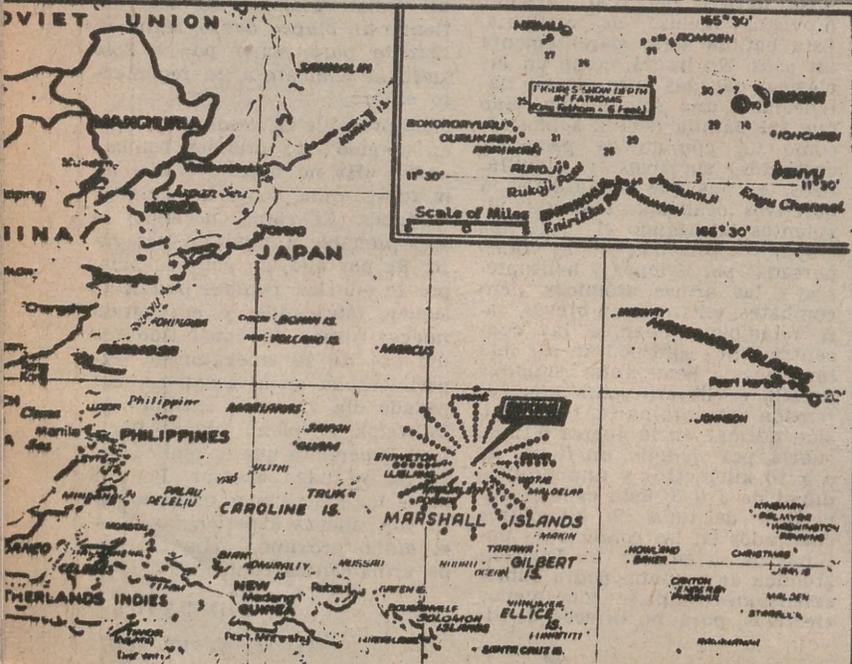
Tal podrá ser, dicho rápida y sencillamente, la batalla atómica de mañana. Porque, en efecto, lo más probable será que estos armamentos tengan su aplicación, bien que en proporciones reducidas, en el campo táctico. Sin embargo, un sólo proyectil de un cañón atómico de 280, batiendo un blanco denso, sería suficiente para poner por sí solo fuera de combate a un regimiento entero.

Lo probable es, desde luego, que en cambio las grandes bombas «A» o «H» no tengan acción en la retaguardia, sobre las grandes ciudades. Es como, decimos, lo más probable. Aunque no lo seguro. Es por ello, en consecuencia, por lo que las grandes potencias siguen fabricando y ensayando nuevas armas de aquel tipo como esa de 10 «megatones», experimentada en el amanecer del pasado día 21 en el «atholl» de Eniwetok, en pleno Océano Pacífico. Esperemos que la réplica rusa no se haga esperar. Por su parte los americanos preparan, a su vez, nuevas experiencias para el otoño próximo... ¡La carrera de armamentos continúa...!

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 140



UNA FORMULA TRUQUE
UN AVION, UNA BOMBA
UNA CIUDAD

A 65 KILOMETROS
DEL "PUNTO CERO"

LA BOMBA DE HIDROGENO
EN LA ISLA DE NAGASAKI

Tres fotografías: una de la primera explosión de la bomba «H»; la otra ha superado con mucho a la anterior. Traje para protegerse de los efectos radiactivos, y plano de la localización de la isla de Nagasaki.